



**UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA
DE MÉXICO**

POSGRADO EN ANTROPOLOGÍA

FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS

INSTITUTO DE INVESTIGACIONES ANTROPOLÓGICAS

VERACRUZ, LUGAR DE ENCUENTROS Y DESENCUENTROS

UN ANÁLISIS DE LAS RELACIONES INTERÉTNICAS ENTRE POBLACIÓN INDÍGENA

MIGRANTE Y LA SOCIEDAD PORTEÑA.

T E S I S

QUE PARA OPTAR POR EL GRADO DE

MAESTRO EN ANTROPOLOGÍA

P R E S E N T A

FEDERICO GERARDO ZÚÑIGA BRAVO

TUTOR DE TESIS

DRA. CRISTINA OEHMICHEN BAZÁN



Universidad Nacional
Autónoma de México

Dirección General de Bibliotecas de la UNAM

Biblioteca Central



UNAM – Dirección General de Bibliotecas
Tesis Digitales
Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS ©
PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

AGRADECIMIENTOS.

Esta investigación, no hubiera sido posible sin el apoyo de numerosas personas que me acompañaron durante todo el proceso de elaboración de este trabajo, y a quienes quiero agradecer infinitamente por su valiosa colaboración ya fuese en la distancia o sobre el terreno.

En primer lugar, quiero expresarle mi más sincero y profundo agradecimiento a la Dra. Cristina Oehmichen Bazán del Instituto de Investigaciones Antropológicas de la UNAM, por tomarse la molestia en dirigir esta tesis, compartir conmigo sus vastos conocimientos sobre la temática trabajada, por aceptarme como su tutorado y confiar en mí en la culminación de este trabajo. A ella, mil gracias.

También quiero agradecer especialmente a la Dra. Marta Patricia Ponce Jiménez y al Dr. Mariano Báez Landa del CIESAS-Golfo, muy queridos amigos y maestros que me orientaron por los caminos de la antropología durante mis años de licenciatura, y en la sugerencia del tema abordado en este trabajo. Paty y Mariano, muchas gracias por su amistad, por sus enseñanzas, y por prestarme su espacio en el puerto para las estancias de trabajo de campo.

A Juan Carvajal, mi respeto y admiración por ser un luchador social comprometido con los grupos sociales menos favorecidos y más discriminados de la sociedad veracruzana. A él, le agradezco su guía y su apoyo en Veracruz, y por presentarme con quien posteriormente sería uno de mis más valiosos colaboradores e informantes en el trabajo de campo. Muchas gracias Juan por tu apoyo desinteresado.

Le agradezco mucho a Juan Shilón, quien a pesar de sus múltiples ocupaciones, se dio el tiempo para acompañarme y proporcionarme toda la información necesaria, además de llevarme a los espacios donde habitaban sus compañeros, y fungir como traductor frente a ellos.

A don Andrés de la OINACH A.C, le doy mis más sinceras gracias por abrirme las puertas de su casa y platicar conmigo sobre sus experiencias de vida, además de compartirme parte de lo que ha estado llevando a cabo en beneficio de la población toztzil asentada en Veracruz y la de los Altos de Chiapas.

Agradezco a mis lectores por sus oportunas observaciones y sugerencias, las cuales enriquecieron este trabajo, y por otorgarme su aprobación para la obtención del grado. A la Dra. Marta Judith Sánchez del Instituto de Investigaciones Sociales de la UNAM, a la Maestra Ana María Salazar Peralta, al Dr. Hernán Salas Quintanal y al Dr.

Andrés Medina Hernández, todos ellos del Instituto de Investigaciones Antropológicas de la UNAM.

Quiero agradecer también al Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología (CONACYT), por la beca otorgada ya que sin su apoyo, no habría sido posible la realización de este trabajo de tesis, así como la conclusión de la maestría durante el tiempo que ésta duró.

Finalmente, agradezco a todos aquellos que fueron participes de esta investigación de forma directa o indirecta ya que sin ellos, este trabajo no hubiese quedado concluido.

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN.....	1
<hr/>	
CAP 1: MARCO TEÓRICO.....	13
1.1. La migración. Aspectos generales.....	15
1.2. Los migrantes indígenas en las ciudades mexicanas.....	20
1.3. Las relaciones interétnicas en contextos urbanos.....	26
1.4. Las prácticas de segregación y exclusión en las relaciones interétnicas.....	33
CAP 2: VERACRUZ, CIUDAD DE MIGRANTES.....	39
2.1. La historia de un puerto.....	40
2.2. El siglo XIX.....	43
2.3. El siglo XX.....	45
2.4. Veracruz como entidad de atracción y como ciudad.....	51
2.5. La presencia indígena.....	55
2.6. La inmigración a Veracruz.....	62
2.7. ¿Cuándo y cómo llegaron?.....	68
2.8. Formas de vida y prácticas económicas.....	74
CAP 3: LA MIRADA DE LA POBLACIÓN URBANA SOBRE LA PRESENCIA INDÍGENA.....	83
3.1. Lo que se dice y lo que se hace en torno a la imagen del “indio”.....	84
3.2. “Tu ayuda les perjudica”.....	96
3.3. El contacto entre indígenas y no indígenas.....	105
CONCLUSIONES.....	114
BIBLIOGRAFÍA.....	121

Antecedentes y justificación del problema de investigación.

Hablar sobre la ciudad y puerto de Veracruz es hacer referencia en un primer instante a imágenes proyectadas en mi memoria por textos del escritor José Emilio Pacheco, tales como *La reina del carnaval* (1963) y *El principio del placer* (1973), las cuales me invitan a evocar con cierto dejo de nostalgia a un Veracruz de mediados del siglo pasado con aspectos que la definen e identifican todavía en el presente a pesar de las transformaciones que ha venido experimentado como toda metrópoli en crecimiento.

Dichos aspectos se encuentran, por ejemplo, en el tranvía que circulaba por la ciudad, persistente en lo que hasta el día de hoy se constituye como “el tranvía del recuerdo”, monumento histórico y testigo fiel a lo que fue considerado como una parte importante de la ciudad para transportar a la población hacia diversos puntos de ésta; al café de *La Parroquia* situado en ese entonces sobre la calle Independencia, en el cual se degustaba y se continúa degustando un café “lechero” característico del lugar con todos sus personajes habituales; en el parque *Zamora*, con sus exhibiciones de danzón al aire libre para deleite de sus asistentes y espectadores, aunque ahora se llevan a cabo en el zócalo de la ciudad. Tampoco podía faltar su “carnaval”, festividad bullanguera y lúdica que invita a exacerbar las pasiones del cuerpo bajo el calor tropical que lo impregna e incita al festejo y del cual el cuento *La reina del carnaval*, antes citado, ilustra bien a lo que me refiero. Cabe mencionar también, el exotismo simulado en sus calles y su gente, semejante al de las ciudades caribeñas como la de la Habana, con las cuales podría estar emparentada por éstas y otras características de tipo cultural, arquitectónicas y medioambientales.

Referirse a esta ciudad-puerto desde esta óptica, es hacer alusión a ella de forma idílica, simbólica y significativa por la manera en como es concebida dentro del imaginario colectivo e individual de sus habitantes, así como de todo aquel que la visita o está de paso por ella. Sin embargo, también es posible hacerlo de otras formas menos

idealizadas, pero sí más cercanas a la realidad que vive que en estos acelerados y cambiantes tiempos de “modernidad líquida”¹ (Bauman, 2002).

Más allá de estas meras impresiones literarias o evocaciones nostálgicas de sus tradiciones y costumbres locales, Veracruz se ha situado a lo largo de su existencia como espectadora y protagonista de diversos acontecimientos históricos y sociales que le han otorgado una particularidad especial en su conformación actual como uno de los puertos marítimos más importantes de México.

Como mera introducción, se puede decir que por su posición geográfica, este es el puerto comercial más importante de nuestro país gracias a su carácter internacional, ya que además de fungir como aduana, conecta a los mercados mexicanos con los de Estado Unidos, América Central, Europa, África y el Sudeste asiático,² puerto que ha sido, un espacio para múltiples tránsitos de gente, mercancías, imágenes y palabras (Flores Martos, 2004:45).

Este puerto abastece un mercado compuesto por 61 millones de consumidores potenciales en el país. El incremento sucesivo de la carga se ha logrado gracias a la integración de la comunidad portuaria y al incremento de la inversión pública y privada para el fortalecimiento de su infraestructura y servicios. Esto le permite efectuar un constante movimiento y circulación de mercancías que entran y salen del país, siendo ejemplificado por los siguientes datos; durante el año 2005, tan sólo se movilizaron 14 millones 25 mil 267 toneladas de mercancías, de las cuales 11 millones 52 mil 385 toneladas corresponden a la carga de importación mientras que 2 millones 827 mil refieren a las exportaciones y 145 mil 210 toneladas al movimiento de cabotaje, logrando así un aumento en los movimientos de carga contenerizada³, carga suelta y vehículos automotores. Este incremento es derivado de los nuevos negocios que se han llevado a cabo en el puerto, sin dejar de lado, por supuesto, el capital humano que lo hace posible, el cual, tan sólo en el año 2000, era alrededor de 180,317 personas distribuidas en diversas ramas de actividad. Entre ellas destacan los servicios portuarios, aduanales y astilleros, el comercio, la industria básica del hierro y el acero, en

¹ Bauman al utilizar esta metáfora entre lo sólido y lo líquido de la modernidad, refiere a que ésta, actualmente transita en un estado líquido, donde lo sólido se diluye, igual sucede con los vínculos entre las decisiones individuales y las acciones colectivas. Es el momento de la desregulación, de la flexibilización, de la liberación de todos los mercados. No hay pautas estables ni predeterminadas en esta versión privatizada de la modernidad. Lo público ya no existe como sólido: el peso de la construcción de pautas y la responsabilidad del fracaso caen totalmente sobre los hombros del individuo.

² Véase García Díaz, 1996 y Rodríguez Herrero, 1996).

³ La carga contenerizada, se refiere a los materiales o productos perecederos e impercederos que son almacenados en grandes contenedores para su transportación.

conjunción con otras actividades económicas como la pesca, la ganadería y el turismo. Este último rubro ha venido teniendo mayor importancia en años recientes gracias a los grandes proyectos de infraestructura hotelera.

Los inversionistas de capital extranjero y nacional tienen el propósito de perfilar a la ciudad de Veracruz no sólo como el puerto marítimo más importante en nuestro país, sino también como un atractivo con gran potencial para el turismo extranjero y nacional que planea visitarlo o para quien pretenda emprender negocios.

Por otro lado, la ciudad y puerto de Veracruz contiene una serie de problemáticas, algunas de ellas de carácter sociocultural tales como: el incremento del pluralismo cultural no sólo por la presencia ya tradicional de la población afrodescendiente y amestizada característica de la región o por la presencia de inmigrantes de origen europeo, asiático y sus descendientes, sino también por la llegada de inmigrantes indígenas procedentes del propio estado así como de otras entidades federativas.

Estos factores, son dignos de ser tomados en cuenta para ser investigados, entre ellos las relaciones de contacto, desde el punto de vista de la antropología social.

En buena medida, este interés por hacer de la ciudad de Veracruz un objeto de estudio pertinente para el análisis de las relaciones interétnicas, tiene que ver con los fenómenos socioculturales que en ella emergen, pero que han sido poco valorados hasta hoy. En su caso, esto puede deberse a que Veracruz se halla fuera de mapa de la antropología mexicana, y sus antecedentes en nuestra disciplina son prácticamente inexistentes. De ahí que no exista monografía antropológica alguna sobre la cultura urbana de Veracruz. Los trabajos publicados están muy centrados en la descripción y explicación histórica, preocupada por los orígenes e influencia de alguno de los temas y motivos que la propia sociedad veracruzana sanciona como propios e importantes, y sobre todo constitutivos de su identidad veracruzana (Flores Martos, 2004:37).

De ahí que, como ya mencioné anteriormente, no exista un registro más detallado de lo que acontece en ella más allá de una imagen idílica, literaria, costumbrista o folklórica.

Así, los antropólogos sociales no consideran a Veracruz y a su cultura urbana como un objeto, apenas como un campo de estudio e investigación de su disciplina (Ibíd.:37) salvo en temáticas que abordan el folclor como el son jarocho, el danzón, el carnaval⁴ y la “negritud” en Veracruz, es decir, la notable herencia e influencia de las

⁴ Respecto del carnaval de Veracruz se puede consultar el excelente trabajo etnográfico de Guido Münch Galindo, *Una semblanza del carnaval de Veracruz*, IIA-UNAM, México, 2005.

culturas africanas y afrocaribeñas en la identidad y la cultura del veracruzano, especialmente de quien se asume como “jarocho”. En consecuencia, el campo de investigación se ha visto limitado únicamente a estos temas. Las motivaciones para analizar otros fenómenos socioculturales, se han centrado en otras latitudes de la geografía veracruzana sacando provecho de la diversidad étnica y cultural con la que cuenta, pero dejando de lado las relaciones interétnicas en contextos urbanos cosmopolitas como es el caso de la ciudad de Veracruz.

Tal ha sido el propósito de abordar la problemática de las relaciones interétnicas y su estudio, enmarcadas en los estudios sobre migración hacia la ciudad de Veracruz, y su espacio multiétnico cuya movilidad social es tan diversa como los cambios de un caleidoscopio afirma Goussen (Münch, 2005:11).

Pretendo con esto en dar continuidad a los estudios de antropología urbana que han sido enfocados principalmente en la Ciudad de México. Entre ellos destacan los trabajos de Arizpe (1975,1978) y Oehmichen (2005), ya que particularmente éstos se han centrado en analizar la situación de los migrantes mazahuas, mientras que Romer (2003) ha trabajado con mixes y mixtecos. También podemos mencionar el trabajo de Martínez Casas (1998) con los otomíes en Guadalajara y el de Servin y González (2003) con los rarámuris en la ciudad de Chihuahua, para referir tan sólo a los más destacados y los más recientes, pero que de cierta forma han venido a ampliar y a dar cuenta de la condición de los indígenas en contextos urbanos.

Lo anterior me llevó a considerar pertinente abordar el tema de los migrantes indígenas y sus relaciones con la sociedad porteña, ya que hasta ahora se había omitido lo que se está reproduciendo de forma similar y a gran escala en la ciudad de Veracruz, además como menciona Sánchez (2007), porque los indígenas han contribuido a la pluriculturalidad de las ciudades y las localidades donde se han establecido, tanto en México como en Estados Unidos (Sánchez, 2007: 355).

Cabe señalar también que Veracruz, al igual que otras grandes urbes del país (Distrito Federal, Tijuana, Guadalajara, Acapulco, Cancún, etc.), se configura por ciertas características que presentan, entre ellas:

- Un continuo y desmedido crecimiento demográfico con falta de planificación urbana adecuada (para Veracruz, está el caso del crecimiento de la zona conurbada con Boca del Río)⁵.

⁵ Debo señalar que al referirme a la ciudad de Veracruz, también lo hago en alusión a la zona conurbada de Boca del Río, también conocida como zona metropolitana de Veracruz, ya que actualmente, a pesar de

- Una actividad industrial en expansión.
- Crecimiento desmedido del comercio formal e informal ante las escasas oportunidades de empleo.
- Crecimiento del sector turístico y de servicios.
- La conformación de cinturones de miseria a sus alrededores.
- Aumento en la demanda de servicios públicos por parte de la población con más bajos recursos.
- En ciertos casos, al contar con atractivos turísticos que les ayudan a sostener su economía, esto hace que el turismo sobresalga como una de las actividades económicas más importantes, lo que las vuelve aún más complejas.

Otro de los rasgos que Veracruz comparte con estas ciudades se debe a la atracción constante de flujos migratorios. En este caso de migrantes provenientes de distintos puntos del país, en especial de indígenas que proceden del mismo estado como de otras entidades como Puebla, Oaxaca, Guerrero y Chiapas, por citar algunos.

Los migrantes generan el contacto y establecen relaciones con la sociedad local.

En algunos casos, los migrantes ven a la ciudad de Veracruz como sitio de paso en su intento por llegar hacia los Estados Unidos. Otros se establecen de manera permanente debido a la cuestión turística, que constituye una opción de fuente de trabajo por la cual algunos migrantes optan por quedarse, tal y como está sucediendo en Veracruz, en donde el número de indígenas que se dedican al comercio informal es cada vez mayor, situándose en diferentes puntos de la ciudad donde se concentra el turismo, como el malecón, el acuario, el café *La parroquia*, los portales del zócalo y las avenidas principales de la ciudad por mencionar sólo algunos espacios.

La pluralidad cultural de Veracruz.

El estado de Veracruz es actualmente una entidad expulsora de migrantes, a la vez que conserva al mismo tiempo, su carácter de polo de atracción en algunas de sus regiones.

La entidad se convirtió en expulsora de migrantes desde mediados de la década de 1990, a partir del fuerte impacto que causó la caída de los precios internacionales del

ser dos municipios diferentes, constituyen una sola ciudad, dividida en algunos puntos tan sólo por unas cuantas calles, lo que implica, que al cruzarlas uno se encuentra ya en el otro municipio.

café, que llevó a diversas regiones de la entidad a vivir en una situación de crisis. (Báez Landa, 1993; Oehmichen y Hernández, 1994; y Oehmichen 1999).

Según cifras oficiales, en pocos años la entidad se ha convertido en la segunda expulsora de población, sólo superada por el Distrito Federal (INEGI, 2000). A partir de 1996, por ejemplo, se observa el inicio de una intensa migración originada en el centro de Veracruz hacia Chicago, Illinois (Rosas, 2006), mientras que otros migrantes participan de la migración interestatal, propiciada por el auge de la industria maquiladora. Tal es el caso de migrantes de la región sur de Veracruz, que laboran en la industria maquiladora de Ciudad Juárez (Hjort Boisen, 2007).

En este contexto, la ciudad y puerto de Veracruz se ha mantenido como espacio de recepción de migrantes, tanto del estado del mismo nombre, como de otras entidades federativas, y aun de los procedentes del extranjero. Históricamente Veracruz se ha constituido como un espacio de convergencia de inmigrantes portadores de diferentes culturas. Desde la segunda mitad del siglo XIX y, sobre todo, durante el porfiriato, Veracruz se convirtió en centro de atracción importante de inmigrantes internacionales: españoles, cubanos, sirios-libaneses, franceses, alemanes, entre otros, que llegaron a poblarlo. Unos como agricultores, otros para emprender negocios comerciales, y algunos más como mano de obra calificada. Años más tarde, en pleno siglo XX, Veracruz continuó siendo una frontera y puerto de entrada de una gran cantidad de mercancías provenientes de Norteamérica y de Europa, así como punto de embarque y de salida de la producción agrícola, ganadera y manufacturera del país.

Aunque en la actualidad este número de inmigrantes extranjeros ha disminuido según los datos oficiales, el pluralismo cultural característico de la ciudad se ha mantenido como una constante, dado el incremento de la población indígena que ha inmigrado, así como la permanencia de “colonias” de los descendientes de los inmigrantes, principalmente españoles, sirio-libaneses y cubanos establecidos desde hace ya un siglo.

Según la información censal, hacia 1990 eran cinco las entidades federativas de las cuales han procedido los inmigrantes que llegan al estado de Veracruz: Distrito Federal, Oaxaca, Puebla, Estado de México y Tamaulipas. Diez años más tarde, estas cinco entidades se mantienen en los primeros lugares aunque el orden varía en el caso de los estados de Oaxaca y México, los cuales intercambian lugares (Chávez, Rosas y Zamudio Grave, 2005).

Respecto a la población inmigrante hacia la entidad veracruzana, cabe destacar la presencia de población hablante de lengua indígena (HLI). El Censo General de Población y Vivienda del 2000, señala que el total de inmigrantes HLI de 5 años y más, representaba el 8.3% de la población total de esta entidad. El mayor flujo de inmigrantes hacia el estado de Veracruz provino mayoritariamente de tres entidades colindantes con el estado a lo largo del límite occidental: Oaxaca, Puebla e Hidalgo.

El Censo también reporta que de cada 100 HLI que no nacieron en el estado, 59.0% eran originarios de Oaxaca, 19.7% de Puebla y 8.5% de Hidalgo; el resto provenía de entidades que también limitan con Veracruz como Chiapas (4.7%), Distrito Federal (1.7%), San Luis Potosí (1.5%) y Yucatán (1.1%).

Según el II Conteo de Población y Vivienda de 2005 en donde específicamente, para el municipio de Veracruz, el número de inmigrantes fue de 457,377 personas provenientes de diferentes entidades federativas. De ellos, la población HLI de 5 años y más fue de 4,599 individuos. Esto representa el 1 % de la población total inmigrante que respondió haber tenido su lugar de residencia cinco años antes. Para el municipio de Boca del Río que forma parte de la zona conurbada de la ciudad de Veracruz, el Conteo señala la presencia de 135,804 inmigrantes procedentes de diversos estados de la república, de los cuales 1381 son HLI lo que representa aproximadamente el 1% de la población inmigrante hacia este municipio.

De ellos, entre los dos municipios, los hablantes de náhuatl y totonaco constituyen los grupos etnolingüísticos más importantes, seguidos por los hablantes de huasteco, popoluca y zoque, entre otros destacando éstos por ser los que provienen del mismo estado. Si bien el censo no registra población extranjera, es recomendable señalar la existencia de fronteras étnicas entre los descendientes de los inmigrantes europeos y sirio-libaneses, con el resto de la sociedad local como pude constatar en mi trabajo etnográfico.

En síntesis, la ciudad y puerto de Veracruz es un espacio en el que convergen inmigrantes indígenas y no indígenas de diversas procedencias. De allí mi interés por estudiar las relaciones interétnicas a partir de un estudio de caso: la presencia de inmigrantes tzotziles en la ciudad.

La pregunta inicial que me planteé para explicar al fenómeno de la migración, derivó en lo siguiente:

¿Qué factores nos permiten explicar la presencia de migrantes indígenas – para este caso tzotziles- en la ciudad de Veracruz?, y ¿Cómo es su interacción con la sociedad receptora?

De las preguntas anteriores se deriva como objetivo de esta investigación, el de conocer y caracterizar las relaciones que se establecen entre indígenas tzotziles de reciente migración con la población no indígena de la ciudad de Veracruz. Los objetivos particulares que se derivan son los siguientes:

- a) Identificar las estrategias de convivencia e interacción de los migrantes, sin dejar de lado el contexto en el que se desarrollan.
- b) Registrar y conocer las acciones de reconocimiento de la condición indígena entre los migrantes y la sociedad receptora.
- c) Ubicar cuáles son las actividades que desempeñan dichos migrantes dentro de la realidad local.
- d) Conocer que tipo de conflictos y competencias se dan entre los migrantes y la sociedad receptora por los espacios de trabajo, vivienda y los servicios en la ciudad.

La hipótesis que guió esta investigación consistió en que las relaciones que se derivan de los grupos étnicos y culturales que confluyen dentro de un determinado contexto, no son completamente armónicas y estables sino de carácter subordinado y de poder, existiendo lo que es denominado por Cardoso de Oliveira (1978) como una “fricción interétnica”⁶. Por lo tanto, el encuentro étnico a lo largo de varios siglos nos ha podido reportar que el puerto de Veracruz, es y ha sido punto de destino y de paso de diversos grupos humanos, lo que ha propiciado a que éste se convierta en un centro de profundos procesos de encuentros y desencuentros, lo que entraña relaciones de cooperación y de conflicto.

A su vez, el planteamiento de otras posturas hipotéticas a corroborar se relaciona con que los migrantes indígenas implementan diversas estrategias con base en sus intereses individuales y de grupo, ya sea incorporando elementos identitarios de la

⁶Cardoso de Oliveira describe este concepto como la situación de contacto entre dos poblaciones con diferentes patrimonios culturales e inmersas en un sistema interétnico.

sociedad receptora con la que pueden entrar en franca competencia por los espacios de trabajo, o en todo caso eliminar elementos propios de su identidad étnica y cultural para enfrentar el reto de articularse con el nuevo contexto y obtener ciertos beneficios que les permitan acceder a mejores condiciones laborales en el espacio urbano.

Por otro lado, las prácticas sociales de la población porteña hacia la presencia indígenas detentan una connotación de discriminación y racismo al igual que en otras partes del país ya que “las relaciones de poder hacia los pueblos indios adoptan formas específicas según la conformación histórica regional y la diversidad socioétnica, que es una realidad ineludible para comprender la naturaleza de los conflictos, del racismo y la resistencia de los pueblos” (Castellanos, 2001:65), lo cual sigue manteniendo a los indígenas dentro de las ciudades como minorías.

Por lo tanto, esto me llevó a preguntarme otras cuestiones, como ¿Qué tipo de relaciones son las que hay entre los migrantes indígenas y la sociedad mayoritariamente no indígena?, ¿Qué características presentan dichas relaciones entre indígenas y no indígenas en la ciudad de Veracruz?

Tras explicitar y plantear mis preguntas de investigación así como mis hipótesis en la construcción de la fundamentación teórica para este estudio, decidí partir del concepto de “relaciones interétnicas” para el desarrollo de mi análisis. Después de revisar a autores como Cardoso de Oliveira (1978, 1992), Bartolomé (1997, 2006), De la Fuente (1965), Navarrete (2006) y otros, dicho concepto lo defino como:

El contacto y la interacción social entre dos o más grupos culturales de matriz diferente, dentro de un determinado contexto espacio-temporal con características socio-históricas, políticas y económicas específicas.

Retomando el por qué la pertinencia de realizar esta investigación en la ciudad y puerto de Veracruz, se debe en buena medida a que algunos trabajos etnográficos que han tenido como escenario dicho lugar, señalan que un estado con una riqueza cultural, estética y festiva tan importante, y más aún con la presencia e influencia de las culturas indígenas, el tratar de estudiar como antropólogo una ciudad como Veracruz, bastante grande y en crecimiento, con una imperceptible presencia indígena en su ritmo cotidiano (salvo algunas excepciones como el mercado y en las colonias y asentamientos no regularizados en la periferia) parece tener un sinsentido o ser un esfuerzo en vano considerando lo anterior (Flores Martos, 2004: 40).

La supuesta e “imperceptible presencia indígena”, nos muestra los vacíos que son indispensables cubrir en ciertos ámbitos de los estudios antropológicos avocados al análisis de las relaciones interétnicas, en este caso, en el contexto urbano veracruzano. Así, lo que he pretendido enfatizar como enfoque del problema y que precisamente ha justificado este trabajo, ha sido el intentar emprender una etnografía diferente sobre el fenómeno de las relaciones interétnicas que se establecen en el puerto de Veracruz entre indígenas y no indígenas con el propósito de conocer la perspectiva emic de los actores sociales involucrados en dicho fenómeno, y tratando a su vez de generar una discusión en torno a la condición de los pueblos indígenas como migrantes a las ciudades, situación que no es nueva, pero que se sigue extendiendo a muy diversos puntos de nuestro país y también fuera de él como un reflejo de la realidad mexicana contemporánea, resultado de la mala implementación de políticas económicas y sociales por parte del Estado, que se manifiesta por ejemplo, en que hoy en día cualquier viajero, visitante o habitante local, al igual que en otras épocas, es testigo de verdaderos ejércitos de vendedores de artesanías típicas, dulces y cigarros, y un sinnúmero de mercancías todas expedidas por hombres, mujeres y niños indígenas de diversos grupos etnolingüísticos como tzotziles, nahuas, totonacas, etc.

Por otro lado, como antecedente que he venido refiriendo, y también como parte de la justificación de esta investigación, se debe tomar en cuenta que la población local de la ciudad de Veracruz se ha conformado a través del tiempo y de la historia no sólo por grupos indígenas, afrodescendientes, mestizos y criollos, sino también por migraciones extranjeras recientes, por ejemplo, como la española, la cubana, la china, la sirio-libanesa, la judía, la francesa y la alemana, que para mediados del siglo XIX y principios del XX, se instalaron en forma definitiva en el puerto, dando paso a su integración dentro de la sociedad, la economía y la política local.

Metodología y técnicas de investigación.

Para esta investigación me he apoyado fundamentalmente en la metodología etnográfica como herramienta indispensable para el desarrollo del trabajo de campo y la obtención de la información, ya que, siguiendo a Geertz (1987), (quien define a la etnografía como descripción densa -la cual consiste en desentrañar las estructuras de significación y en determinar su alcance-) los elementos que componen tanto a los procesos migratorios, como a las relaciones interétnicas -el económico, social y

político- están insertos en tramas de significación socialmente establecidos que determinan las conductas de los actores sociales al interior de las relaciones entre quienes son partícipes de éstas.

Por lo cual he tratado de poner mayor énfasis en la perspectiva de los actores sociales, ya que son ellos quienes de manera reflexiva o no, utilizan sus experiencias y conocimientos para observar, interpretar, producir y reproducir las acciones y estructuras sociales de las cuales forman parte (Báez Landa: 1993:19), pretendiendo con esto explorar las interpretaciones y percepciones de quienes están inmersos al interior de las relaciones interétnicas que se establecen entre unos y otros.

Ya que

es con sus propias representaciones del mundo social que los diferentes actores tratan de imponer su particular visión del mundo a través de relaciones de fuerza que se encuentran presentes en las conciencias de los individuos, con la forma de categorías de percepción de esas relaciones, siendo la vida cotidiana, plano eminentemente cultural y humano en el que se resuelven los aspectos económicos, sociales y políticos a los que se enfrentan los individuos viviendo en sociedad. De esta forma, los individuos o grupos emplean estrategias adaptativas para enfrentar lo nuevo, lo desconocido, lo problemático (Ibíd.:19-20).

Esta investigación se basó en el trabajo etnográfico, lo que entrañó llevar una apreciación, reconocimiento y descripción a través de la observación participante de la ciudad y la selección de diversos espacios donde confluyen los migrantes indígenas y la sociedad local y en donde a su vez, se gestan las relaciones interétnicas.

Se realizaron entrevistas abiertas o semiestructuradas durante el tiempo que duró el trabajo de campo con los actores involucrados en el fenómeno.

Se transcribieron testimonios con base en las entrevistas a profundidad aplicadas para contrastar la diversidad de opiniones en torno a las relaciones, así como la observación de las prácticas sociales (de interacción social, intercambio económico, etc.).

Estructura de la tesis.

El primer capítulo de la tesis contiene el marco teórico y conceptual con el cual sostengo la investigación. También doy cuenta de los antecedentes sobre los estudios de la migración indígena en las ciudades que se debe no sólo a motivos económicos - aunque estos suelen ser la principal causa señalada en los estudios sobre migración-,

sino también a otros factores como las expectativas de vida, la violencia en los lugares de origen, etc., que promueven tanto una migración externa, principalmente hacia los Estados Unidos, como interna hacia diversos puntos de la República Mexicana, recalcando el caso de la ciudad de Veracruz con la presencia de indígenas tzotziles de reciente migración.

El segundo capítulo versa sobre Veracruz como entidad de atracción en donde realizo un breve esbozo sobre la conformación de Veracruz como una “ciudad de migrantes” a través de su historia, además de señalar la presencia indígena como un componente esencial de las migraciones que han arribado al puerto y como parte del trabajo etnográfico, el cual figura como uno de los componentes principales del corpus de esta investigación, en donde hago una descripción del entorno cultural y los espacios en la ciudad donde habitan y laboran dichos migrantes, y a su vez donde se gesta la interacción con la sociedad local y se producen las relaciones de contacto.

En el tercer capítulo, se sitúa el análisis de la cultura y las prácticas que hay en torno a la presencia indígena en el puerto, a través de las entrevistas y testimonios de los actores participantes en el proceso de investigación.

Como conclusión, finalizo con una reflexión sobre las condiciones que presentan los migrantes tzotziles en la ciudad de Veracruz, y que apunta una vez más hacia la discusión sobre la presencia indígena en las ciudades, como un tema a incorporar dentro de las políticas públicas locales y estatales que contemplen sus demandas y necesidades.

Con el propósito de ampliar las referencias en torno al estudio de las relaciones interétnicas, particularmente inmersas en contextos migratorios, la aportación que pretendo hacer es con la intención de abundar sobre un tema que ha tenido mínimas consideraciones dentro de una sociedad como la nuestra, que continuamente subraya su carácter de multicultural, pluriétnica y de respeto y tolerancia hacia la diversidad (por lo menos es lo que detenta en su discurso, aunque en la práctica la situación es otra).

CAPÍTULO I

MARCO TEÓRICO.

El ser humano como ente histórico se mueve, migra, por naturaleza, su errancia es inevitable, es así que a lo largo de la historia humana se ha pretendido dar cuenta de sus desplazamientos desde diversas coyunturas y enfoques teóricos.

El caminar de los pueblos no es cosa de hoy, pues ya sea de grado o por la fuerza las personas emigran en busca de algo, un sueño, un modo de vida imaginado, un clima favorable a la vida, una oportunidad ante la pobreza para obtener el sustento familiar, un reto material o intelectual e incluso por la guerra y la violencia las cuales, también resultan ser causas que motivan a los hombres a migrar o a desplazarse.

Avocarse a la tarea de definir el concepto de migración, implica hacer una revisión exhaustiva de las diversas posturas disciplinarias en las cuales ha sido analizada y, con esto, englobarlas a todas para ofrecer una definición que sea lo más completa posible desde un enfoque multidisciplinario. Sin embargo, frente a la complejidad de semejante empresa, he tratado de elaborar un concepto propio a partir de la revisión de algunos autores.

Podemos comenzar con la propuesta de Elizaga y Macisco (1975:8) para quienes la migración “*constituye un cambio de lugar de domicilio, o cambio de la residencia “usual”, la reanudación de la vida en un lugar nuevo o distinto*”⁷. Lara Flores y Carton (2005:61), definen al migrante -basándose principalmente en sus investigaciones y continuas temporadas de campo con jornaleros agrícolas que laboran en las regiones hortícolas de algunos estados del norte y noroeste del país- “*como aquella persona que para buscar trabajo, se ve obligada a dejar su hogar de manera temporal o definitiva*”.

Quizás estas definiciones parecieran ser incompletas debido a que los autores limitan su construcción exclusivamente al cambio de residencia o al ámbito laboral, sin embargo, su valor e importancia radica en que son las primeras referencias teóricas que me permiten introducirme al tema de manera que pueda ampliar el concepto a partir de mi propia construcción teórica. Es preciso, por lo tanto señalar que existen otros factores, incluso de carácter sociocultural y político, que pueden ampliar el termino sin reducirlo únicamente al aspecto económico o residencial. No obstante, esto nos permite introducirnos para argumentar que en el campo de las ciencias sociales, y en particular

⁷ Las cursivas son mías.

para el caso de la antropología social, los temas de la migración y de las relaciones interétnicas se conforman como problemas de investigación y objetos de estudio importantes para analizar y tratar de comprender las transformaciones de las sociedades contemporáneas, en las cuales se encuentran presentes inevitablemente ambos fenómenos debido a la reconfiguración o reacomodo de las sociedades modernas en el contexto de la globalización, y por ende, a las consecuencias que ésta trae consigo. Ya lo han argumentado infinidad de autores como Bauman (2004:23):

La globalización es el término que comúnmente se utiliza para dar cuenta de esa extraña experiencia del “mundo que se agota”. Debido a que la globalización implica el movimiento de la velocidad hacia sus límites y la reducción de la distancia hasta hacer de ella un factor cada vez más despreciable en el cálculo de los cursos de acción, la globalización se diferencia por completo de todas las expansiones territoriales del pasado. En la era de la globalización, la movilidad y su velocidad se convirtieron en los nuevos factores de la estratificación (global).

Así dentro de este contexto global, hoy en día el fenómeno migratorio es un reflejo de nuestra realidad actual que avanza a pasos agigantados, lo cual nos obliga a voltear la mirada hacia él con el fin de dar cuentas o explicaciones de su rápida expansión a mediados del siglo XX y comienzos de este siglo XXI, expansión que transgrede las fronteras externas de los Estados-nación pero también las internas a consecuencia de diversos factores tanto económicos, políticos y socioculturales que provocan la movilidad de las poblaciones. En particular, efectos derivados de la globalización han ejercido una creciente influencia en las corrientes migratorias tanto internas como internacionales en términos cuantitativos y cualitativos. Tal y como apunta Asakura (2005:15), en este sentido es necesario hacer énfasis en el hecho de que la migración es una respuesta a la situación económica, social y cultural.

También Bartolomé (2006:297) señala que sea cuales sean las motivaciones migratorias que en América Latina suelen dividirse entre las necesidades económicas y los exilios políticos voluntarios o forzados, todos los migrantes se ven obligados a redefinir la vida dentro de marcos ajenos a su experiencia previa y a su proceso de socialización inicial.

Aunque también, es importante considerar los contextos específicos e históricos para ampliar nuestro conocimiento sobre lo que caracteriza a las migraciones actuales, ya que en los inicios del siglo XXI, el fenómeno de la migración ha cobrado nuevas y mayores dimensiones para ser analizado, dado que las regiones ya no pueden entenderse en términos de la nación, sino de la configuración de las regiones mundiales.

1.1. La migración. Aspectos generales.

Es con Manuel Gamio (1930), en el ámbito nacional que se inaugura tan sólo una de las primeras y posibles vías para explorar el tema de la migración, avocándose a la tarea de indagar sobre la emigración mexicana hacia los Estados Unidos, lo que da como resultado el libro *La inmigración mexicana en Estados Unidos*, el cual es uno de los primeros estudios académicos que versan sobre dicha temática en nuestro país.

Incluso cuando se piensa en la migración mexicana a Estados Unidos, se tiende a pensar inmediatamente en datos numéricos. Pero es evidente que las cifras no agotan un fenómeno tan impresionante, ilustrativo y elocuente. Es preciso avanzar por otras vías para tratar de hacer inteligible el drama social, y una de ellas es la historia de la migración, no para rastrear algún origen cierto, sino para hallar pautas, constantes y variables en el desenvolvimiento del fenómeno hasta nuestro días. Justamente el trabajo de Gamio ilustra perfectamente lo anterior.

Pero, en la actualidad, Levitt y Glick Schiller (2004) consideran por ejemplo, que en el caso de los estudios académicos sobre la migración en Estados Unidos éstos se encuentran marcados por su crítica al paradigma asimilacionista no lineal de la investigación clásica del fenómeno migratorio, mientras que otros estudios se han centrado en los tipos de redes que se extienden entre las comunidades de origen y los migrantes (Levitt y Glick Schiller, 2004: 63).

Mientras, otros trabajos se han centrado en los tipos de redes que se extienden entre las comunidades de origen y los migrantes (Ibíd.:63). Algunos más han procurado determinar las condiciones bajo las cuales los migrantes sostienen vínculos e identidades que los ligan con el lugar de origen, así como el grado en el cual son comunes las prácticas transnacionales en la población emigrante en su conjunto. Esta es por mencionar tan sólo una de las “tradiciones” que versan en las investigaciones de la migración transnacional en los Estados Unidos.

Por otro lado, Carton (2007) refiere que para comprender la migración, es necesario entender los componentes del mercado de trabajo pues, salvo en ciertas excepciones, la mayoría de las migraciones son laborales.⁸ La migración laboral se ha incorporado de diferentes maneras como parte del proceso de la globalización. Por un lado, el capital global impulsa la migración y reconfigura sus patrones, direcciones y

⁸ Esta cita fue tomada de la clase impartida por el Dr. Hubert Carton de Grammont, investigador del IIS-UNAM, el día 27 de septiembre de 2007 dentro de la materia *Migración y mercado de trabajo rural*.

formas. La migración a su vez constituye un importante factor en la realización de transformaciones sociales fundamentales en las áreas de origen, como de destino. De tal modo que la migración es una parte integral de los procesos de globalización y transformación social, así como fuerza primordial en sí misma que reconfigura a las comunidades y a las sociedades (Castles y Delgado, 2007:10). Por esto, es importante ubicar estos mercados dentro del esquema de la globalización como fenómeno mundial o global sobre el cual se han dado diversas imágenes y definiciones y en el que todas coinciden: nos conducen a pensar la globalización como un proceso de naturaleza transnacional que abarca al mundo entero. Este proceso es general (para todo el planeta), permanente (estable en el tiempo), intenso (se desarrolla rápidamente en el espacio), complejo (es económico, social, cultural y político), abstracto (inmaterial y desterritorializado) y heterogéneo (profundiza el desarrollo desigual entre el Norte y el Sur y la brecha entre ricos y pobres).

De ahí que partiendo de la visión neoliberal de la globalización, el mercado global ha sido concebido como espacio exclusivo para el desenvolvimiento de las empresas transnacionales (los únicos actores globales). Aunque dicho enfoque encuentra obstáculos y problemas serios cuando el proceso de globalización presenta desarrollos no sólo de naturaleza económica (producción, comercio y finanzas) sino también social, cultural, política y ecológica.

En consecuencia, Rocha (2000:2-3), sostiene que los problemas globales como crisis financieras, conflictos comerciales, migración de trabajadores, guerras internacionales y regionales, éxodo de pueblos, pobreza regional, deterioro del medio ambiente, crecimiento demográfico desmedido, narcotráfico, etc., son descubiertos en toda su magnitud, por lo que cada uno significa y porque se presentan sin control y regulación adecuados al interior de este contexto globalizante.

Debido a esto, con la globalización los flujos migratorios no sólo se han incrementado sino que se han transformado profundamente. La clásica migración rural-urbana que acompañó el crecimiento industrial de todos los países y generó grandes ciudades, hoy en día ha dejado de ser el patrón principal de desplazamientos poblacionales para dar lugar a movimientos con distintos destinos, características y composiciones. Así cobran relevancia las migraciones nacionales e internacionales de población rural o urbana que se dirige hacia otras regiones - en este caso agrícolas- más desarrolladas o hacia ciudades intermedias, transformando la geografía humana tanto de los países que expulsan como de los que reciben esa población.

Del mismo modo en que el origen y el destino de las migraciones han cambiado la composición social en términos de edad, sexo, grupo social, escolaridad, etcétera, de los migrantes, también se ha modificado dado que un principio dichas migraciones se constituían principalmente por hombres. Mujeres y hombres de todas las edades y en cualquier etapa de su ciclo vital, al igual que niños y población indígena de origen campesino o rural, se incorporan a diversos flujos de migración (Carton, 2007:1). Es por eso, que habría que preguntarse también ¿Por qué las mujeres o los hombres migran?, ¿Cuáles son las causas que generan la salida de sus lugares de origen?, ¿Qué tiene que ver este flujo poblacional con las condiciones de género en las que está inserta cada persona puesto que la experiencia migratoria no ha de influir de la misma manera en hombres y mujeres? (esta cuestión es motivo para otro análisis, que por ahora no se contempla en este trabajo, pero es meritorio mencionar).

En este sentido, citando de nuevo a Asakura, ésta señala que el modo de inserción en la corriente migratoria, la estructura y dinámica familiar, el estado civil, etcétera, está diferenciado por género y afecta significativamente las formas en las que cada sujeto va integrándose en la sociedad receptora y reincorporándose en la sociedad de origen. De esta forma, la estructura de género también condiciona la migración y al mismo tiempo está condicionada por ésta (Asakura, 2005:30).

A la vez, los circuitos migratorios también se diversifican y el patrón de migración definitiva puede dar lugar a movilizaciones temporales de duración indeterminada que generan comunidades binacionales, también llamadas “transnacionales”.

Estas llamadas “comunidades transnacionales” están compuestas por un creciente número de personas que viven una doble vida: hablan dos idiomas, tienen hogares en ambos países y su vida discurre en un contacto continuo y habitual a través de las fronteras nacionales, por lo que el concepto de “transnacionalismo”, en la definición de Portes *et al* (2003:18-19), se delimita a: “*ocupaciones y actividades que requieren de contactos sociales habituales y sostenidos a través de las fronteras nacionales para su ejecución.*”⁹ Ya que el transnacionalismo involucra a los individuos, sus redes sociales, sus comunidades y estructuras institucionales más amplias como gobiernos locales y nacionales.

Para Levitt y Glick Schiller, es crucial también reformular el concepto de *sociedad* debido a que los migrantes se encuentran situados dentro de campos sociales en múltiples grados y en múltiples lugares, que abarcan a aquellos que se trasladan y a

⁹ Las cursivas son mías.

quienes se quedan. En consecuencia, deben revisarse las suposiciones básicas acerca de las instituciones sociales como la familia, la ciudadanía y el Estado-nación (Levitt y Glick Schiller, 2004:61). Ambas autoras sostienen que un aspecto que necesita ser teorizado y explorado es el de la *simultaneidad*, el cual definen como: “llevar una vida que incorpora las instituciones, las actividades y rutinas diarias que se sitúan tanto en el país de destino como transnacionalmente.” (Ibíd.:61). Argumentan que esto se debe a que la incorporación de los migrantes a una nueva tierra y las conexiones transnacionales con un terruño o con redes dispersas de familiares, compatriotas o personas con las que se comparte una identidad religiosa o étnica, pueden darse al mismo tiempo y reforzarse entre sí.

Podría decirse, que esto es algo en lo que el concepto de *transnacionalismo* de Portes, *et al.* coincide con relación a lo que Levitt y Glick Schiller refieren de su concepto de *simultaneidad*, dado que ambos conceptos involucran actores sociales, instituciones, relaciones sociales y económicas, y territorios al interior y al exterior, aunque pienso que no necesariamente tienen que limitarse estos conceptos al ámbito transnacional, bien pueden ser útiles también en estudios de migración interna como el que he abordado.

Lo anterior se puede relacionar aunque no sea en un contexto transnacional sino translocal para el caso de los migrantes tzotziles en el puerto de Veracruz, que son sujetos de este estudio, en el sentido de que esta situación de insertarse a un nuevo lugar no necesariamente los obliga a romper vínculos con sus comunidades de origen ya sea que migren hacia Veracruz o a otros puntos del país o fuera de éste, dado que aún en el nuevo ámbito se siguen perpetuando lazos de parentesco y de paisanaje a través de elementos como la identidad étnica, el lenguaje, redes sociales de familiares y amigos procedentes de la misma comunidad y determinadas prácticas culturales como una forma de llevar más allá su lugar de origen, su comunidad.

También frente a estos cambios, estas nuevas migraciones han de comprenderse en el marco de los procesos de globalización como ya mencionamos, la reestructuración económica, la emergencia de empresas globales y la flexibilización de los mercados de trabajo. Así mismo, como fenómenos que resultan de procesos locales que permiten el desarrollo de intermediarios sociales en mercados de trabajo particulares (Carton, 2007:1).

Los flujos actuales de migración responden tanto a los procesos cada vez más violentos de pauperización de la población rural y urbana, como a la emergencia de nuevos mercados de trabajo flexibles, con demandas específicas de mano de obra.

Es en esta medida en que el acceso a los mercados de trabajo, rurales o urbanos, se da por medio de procesos migratorios, la relación entre la oferta y la demanda de trabajo se da a través de intermediarios sociales o de complejas redes basadas en el parentesco, el paisanaje y la amistad (Carton, 2007:1). En el caso de la intermediación social pueden ser individuos los que sirven de vínculos para conectar la oferta y la demanda, o verdaderas mafias dedicadas al tráfico ilegal de personas en situación de indefensión. En cuanto a las redes sociales, si bien movilizan la solidaridad entre individuos, familias y grupos, no están exentas de conflictos y tensiones. En consecuencia:

los efectos de la migración sobre las familias, los grupos y las comunidades de origen y destino son de muy diversas índoles. Las formas novedosas como se constituyen actualmente los grupos domésticos migrantes dan cuenta de que éstos han adquirido una gran flexibilidad con el fin de facilitar los desplazamientos y garantizar su reproducción como grupo social. Para reflejar esta capacidad de adaptación de los hogares a las necesidades de las migraciones se habla ahora de “configuraciones familiares” (Ibíd.:2).

En cuanto a la organización social de los migrantes, los grupos domésticos, comunidades, asociaciones o *clubes* se convierten en puentes que aseguran la relación entre los que migran y los que no migran, así como entre los lugares de origen y destino son la base de las llamadas comunidades transnacionales.

De esta forma, la migración como fenómeno complejo (que involucra individuos categorizados por género, edad, clase y raza, relaciones sociales, instituciones como el Estado y la familia, el territorio del que salen y al que llegan, las actividades económicas (laborales), políticas y socioculturales que realizan), deriva en este trabajo como un componente el cual, se inserta dentro de un contexto social que trasciende más allá del territorio del Estado-nación, es decir, la migración que he abordado en esta investigación se ubica en la ciudad.

Por ende, considero importante mencionar en esta investigación el contexto urbano, dado que la migración de carácter temporal que realizan los indígenas tzotziles, se dirige específicamente hacia la ciudad y puerto de Veracruz, pues según Hannerz (1986), la contribución especial de la parte urbana al conjunto de la antropología

consiste en el conocimiento de una gama de fenómenos sociales y culturales que en otros sitios se encuentran con menor frecuencia o nunca y que han de observarse teniendo en cuenta el ambiente de la variación humana en general (Hannerz,1986:15).

En este sentido, estudiar las relaciones interétnicas entre indígenas tzotziles y la sociedad porteña de Veracruz dentro del marco de los procesos migratorios, debe hacerse no sólo dentro de esta perspectiva, sino también desde el enfoque de la antropología urbana. Para lo cual seleccioné precisamente a Veracruz, ya que es por un lado una ciudad que guarda muchos valores tradicionales y, por otro, es una urbe globalizada en términos de que en su proyección hacia el exterior se hace figurar como una ciudad turística de alcance mundial.

1.2. Los migrantes indígenas en las ciudades mexicanas.

Prosiguiendo un poco con la contribución de la antropología urbana y su objeto de estudio (la ciudad y los fenómenos que en ella se generan), relacionado con el fenómeno de la migración, podríamos ubicar estas aportaciones en un primer término con el modelo propuesto por Redfield (1941), quien introduce el concepto de *continuum folk-urbano* para referirse a las sociedades de carácter tradicional y a las sociedades modernas con el propósito de analizar los cambios socioculturales en el tránsito del campo a la ciudad.

Sin embargo, no sólo la antropología se avocó a los estudios de la migración rural-urbana: la sociología también contribuyó en parte. Como sostienen Martínez Casas y De la Peña (2004), sobre la literatura producida durante el siglo pasado por ambas disciplinas con relación a este fenómeno, en un primer momento, los modelos prevalecientes examinaban las formas de adaptación y cambio cultural (o aculturación) de quienes llegaban a la ciudad, y planteaban una esencial discontinuidad entre la vida tradicional de las localidades de origen y la vida moderna del mundo urbano (algunos estudios africanistas de la décadas de 1950 y 1960, sin embargo, cuestionaron este modelo dualista y prefirieron postular la existencia de un solo campo de relaciones sociales que unía a la ciudad y al campo) (Martínez Casas y De la Peña, 2004:91-92).

Por otro lado, se puede decir que aunque la migración rural-urbana a gran escala es el resultado de una transformación económica estructural (las condiciones necesarias), sin embargo, la selectividad se da en función de la pertenencia de distintas clases sociales, grupos étnicos y unidades familiares (Verduzco, 1982:22).

Rodríguez (1992:156) también señala sobre la preponderancia de la migración en el crecimiento urbano dado que ésta ocurre principalmente durante las primeras fases de la urbanización rápida.¹⁰ El hecho de que las personas se desplacen en las grandes ciudades y en general permanezcan en ellas, sugiere que la economía urbana tiene cierta capacidad para absorber el número creciente de la población económicamente activa.

Quizás en la situación de los indígenas migrantes, esto no ocurra así, debido a que no precisamente sucede que éstos se puedan insertar en la economía formal sino todo lo contrario. Es en el comercio informal o ambulante que dichos migrantes han encontrado un medio de subsistencia que les ha permitido establecerse en la ciudad y que incluso sigue atrayendo a más, a pesar de la inconformidad de los comerciantes establecidos y de las autoridades municipales, lo que ha generado una serie de conflictos que comúnmente culminan en el rechazo de éstos por el hecho de que permanezcan en la ciudad.

Según el Consejo Nacional de Población (CONAPO, 2002), la mayoría de los migrantes indígenas proviene de áreas rurales con alta marginación y atraso, que no ofrecen las condiciones adecuadas de una vida digna. En este sentido, se puede afirmar que la migración de la población indígena del país deriva generalmente de la situación de pobreza extrema y de las condiciones de vida sumamente precarias en las que se encuentran sus comunidades.

Para el caso de México dentro de este escenario, el estudio de los procesos migratorios ha sido una temática importante para las ciencias sociales durante varias décadas, pero que actualmente ha cobrado mayor atención también por parte de otras disciplinas, debido al creciente movimiento de individuos que, en su mayoría, se ven obligados a migrar por causas económicas con el propósito de mejorar sus condiciones de vida. Dichos estudios, también han descrito diferentes momentos de los movimientos poblacionales internos e internacionales que corresponden a diferentes coyunturas históricas del país y del entorno internacional (Hjort Boisen, 2007:1).

Al recalcar lo que acontece en nuestro país, se puede sostener que los flujos poblacionales han vivido varias etapas en la historia moderna de México. Por ejemplo, a mediados del siglo XX predominaban los movimientos de migración rural-urbana, vinculados al proceso de industrialización y de urbanización del país. En 1942, el

¹⁰ Esto se puede constatar en el caso de la ciudad de Veracruz, por la forma en la que se ha adherido al municipio de Boca del Río constituyéndose éste ya en zona conurbada a causa del acelerado crecimiento urbano.

Programa Bracero dio forma legal a un flujo migratorio que se había iniciado décadas atrás, dirigido principalmente a los campos de cultivo en los Estados Unidos.

El modelo de desarrollo hacia adentro, las políticas agrarias y de industrialización del país, el movimiento social, una cultura campesina con tradición indígena, así como la vecindad con Estados Unidos, entre otros elementos, explican la especificidad de un patrón migratorio propio de la tradicional relación campo-ciudad que funcionó por más de seis décadas, de la Revolución de 1910 hasta la implementación de las políticas neoliberales.

En ese modelo de migración prevalecieron los flujos desde el campo de hombres solos y mestizos que, una vez consolidada su estancia, se instalaban definitivamente en la ciudad con su familia.

Como resultado, la migración indígena también estuvo ligada al proceso de industrialización seguido por México a partir de los años cuarenta del siglo pasado y a la rápida transformación de una economía agrícola hacia una urbana industrial. Este cambio provocó un descenso de las actividades agrícolas en las regiones indígenas, privilegiando el noroeste de México hacia donde se canalizaron importantes inversiones de capital para el apoyo de la agricultura comercial (transporte, crédito, semillas mejoradas, fertilizantes, tractores). Esa región se convirtió en polo de tracción de mano de obra indígena, sobre todo a partir de 1980. Antes de esa fecha sólo algunos grupos tenían la tradición migratoria relacionada con cuestiones religiosas como los mayas de Yucatán que se dirigían hacia sus sitios sagrados en la península de Yucatán; los zapotecos y mixtecos de Oaxaca, dedicados al comercio en la región del istmo de Tehuantepec, práctica que forma parte de su tradición y experiencia cotidianas; los purépechas de Michoacán, que a partir de 1940 comenzaron a emigrar como braceros hacia los Estados Unidos dentro del programa que ya mencionamos, y que como consecuencia ocasionó que la migración, que un principio se caracterizó por el desplazamiento de hombres solos, con el tiempo se fue reforzando con la integración de hermanos, hijos y parientes hasta convertirse en una migración en “masa”, con la incorporación de la mujer en dicho proceso como mano de obra para servicio doméstico y el comercio informal, como ocurre con las mujeres mazahuas en la ciudad de México, según demostró Arizpe (1975).

Continuando con esta autora, su estudio versó sobre los procesos de migración interna, para lo cual buscó formas de relacionar un nivel de análisis histórico-estructural con el nivel de los estudios de caso. Por esto, resulta importante tomar en

consideración su opinión en donde señala, que es al antropólogo a quien le corresponde analizar la relación que existe entre el nivel del informante (microestructural) y el fenómeno a nivel macroestructural.

Con este propósito, Arizpe elaboró un modelo abstracto (Arizpe, 1975:16) que demuestra una relación estructural de tres niveles. El primer nivel se refiere a la información a nivel del informante con respecto a sus motivaciones a migrar. Corresponde al ámbito personal y familiar, a la producción y reproducción de la unidad doméstica (Arizpe, 1980:9-11). Así, es posible referirse a experiencias próximas a la vida familiar y que expresa a veces lo contingente o accidental. Estas circunstancias, sin embargo, dependen de un segundo nivel,¹¹ que consiste en el contexto local inmediato que son las condiciones económicas, políticas y culturales que han afectado a la comunidad. En este nivel, el individuo cuenta como miembro del grupo o estrato social en determinada comunidad o región. Un tercer nivel de análisis se refiere al nivel regional que refleja características históricas y la estructura política y económica nacional, que determinan el contexto local, de tal modo que “*si no toca directamente al individuo migrante, en última instancia establece las condiciones básicas que lo afectan*” (Arizpe, 1975:16).

Sin embargo, estas modalidades de migración convivieron con una variedad de circuitos migratorios estacionales dirigidos hacia las cosechas de diferentes cultivos dentro de las propias fronteras nacionales. En las últimas dos décadas, en el contexto de la migración interna, la migración rural-urbana ha cedido el paso a la migración urbana-urbana, mientras que la migración internacional se ha extendido desde los estados del norte de la República y otros estados tradicionales de expulsión como Oaxaca, hasta los estados del sureste. Así como se ha diversificado los lugares de recepción y el perfil socioeconómico del migrante.

Por otro lado, dentro de las fronteras nacionales, los flujos migratorios han experimentado transformaciones vinculadas a los cambiantes entornos económicos e industriales, aunque en el caso de los indígenas, los desplazamientos que usualmente realizan se constituyen como migraciones temporales debido a que están ligadas al ciclo agrícola y se da en dos momentos: el primero después de la cosecha, dependiendo la

¹¹ Este nivel, encaja perfectamente con los tres niveles que Cardoso de Oliveira establece en su análisis del sistema interétnico para estudiar la situación de contacto entre grupos étnicos diferentes: los niveles económico, político y social que menciono más adelante.

región indígena, es decir, cuando concluyen las ceremonias religiosas vinculadas a la agricultura; el segundo, al concluir la siembra.

Para Oehmichen (2005), la migración es el resultado de un conjunto de factores objetivos y subjetivos que actúan tanto en la expulsión como en la atracción de la fuerza laboral campesina, por lo cual considera que la migración rural-urbana es el resultado de la articulación de un conjunto de valores objetivos y subjetivos, tanto de carácter rural como urbano, que expulsan o atraen, respectivamente a la fuerza laboral campesina (Oehmichen, 2005: 109).

Dichos factores justamente describen el conjunto de motivos que determinan la salida de los migrantes tzotziles de sus comunidades de origen. Respecto a los factores objetivos de expulsión encontraríamos: falta de insumos para trabajar la tierra, pocas o nulas fuentes de empleo para subsistir en sus comunidades, pobreza alimentaria, carencia de servicios públicos como drenaje, agua, energía eléctrica, educación y de salud, además de la violencia y los conflictos religiosos (que mencionaré en el segundo capítulo), etc., mientras que los factores subjetivos de atracción se constituyen por la posibilidad de emplearse por lo menos dentro del comercio informal (en la venta de artesanías, dulces y cigarros o como boleros), tener el acceso a ciertos servicios con los que no cuentan en sus localidades y habitar viviendas que, aunque son rentadas, se encuentran en mejores condiciones.

Estos factores subjetivos, se enmarcan en las comparaciones que los migrantes establecen respecto a lo que pueden poseer en la ciudad y la posibilidad de vivir en mejores condiciones, a diferencia de continuar viviendo en su comunidad donde las carencias de todo tipo son la constante. La ciudad resulta ser un gran atractivo donde es posible obtener económicamente lo que en la comunidad sería imposible siquiera pensar.

En datos del Instituto Nacional Indigenista (2000), la migración indígena hacia las ciudades ha cobrado particular relevancia, no sólo por el cada vez más importante volumen de población que se ha involucrado en este proceso, sino también por el efecto económico, político y sociodemográfico que ha ocasionado tanto en los sitios de expulsión como en los de atracción.

Este fenómeno ha evolucionado en relación estrecha con el incremento de un significativo número de ciudades medianas y pequeñas en las que el ritmo de crecimiento ha sido notablemente superior al de las más grandes. Derivado de esto, se ha detectado que la población indígena que migra a la mayoría de las ciudades, lo hace a

las que son centros de atracción para todos los mexicanos como la Ciudad de México, Guadalajara y Tijuana que son las que concentran la mayoría de la población indígena migrante.

Además de que en México la cuestión indígena ha ido creciendo como asunto urbano que transforma de manera profunda a los pueblos indígenas y a las ciudades del país, pues obliga a incorporar la diversidad étnica y cultural como nuevo elemento de diseño de políticas públicas de desarrollo social y gestión urbana (Yanes, 2002:64).

Ya que en las últimas décadas se han vivido en la república mexicana complejos procesos de migración, reasentamiento y relocalización indígena que arrojan como uno de sus saldos principales una presencia indígena significativa en al menos 112 ciudades grandes, pequeñas y medianas del país (Rubio *et al.*:2000:28).

De esta forma, recalcando lo que está aconteciendo en la ciudad de Veracruz al igual que en otros sitios, se da la aparición de nuevos tipos de migración urbana en las ciudades turísticas de las costas, en los centros mercantiles de las regiones indígenas y en las ciudades de la frontera norte cuyas ricas zonas agrícolas atraen a las poblaciones indígenas de los estados del sur. No obstante, aún no se ha estudiado sistemáticamente la situación actual de las poblaciones indígenas en las ciudades. Tan sólo en datos del Censo del 2000, los estados del país con centros urbanos que experimentan migración indígena fuerte muestran un aumento sustancial, en estos casos se encuentran: Chiapas de 720,000 a 910,000; Quintana Roo de 130,000 a 170,000 y Veracruz de 580,000 a 620,000.¹²

Incluso es necesario precisar que dentro de estos procesos de emigrar del campo a la ciudad se visualizan determinados elementos que los componen, como son las oportunidades de trabajo, la vivienda, condiciones de vida, choque cultural y conflicto de valores, tan sólo por referir unos cuantos, pero que también resultan indispensables de ser identificados como parte de las estrategias de adaptación de estos grupos al nuevo contexto, los cuales les permiten conservar características propias de su cultura sin efectuar una ruptura total con su identidad ya que los vínculos comunales basados en la identidad étnica pueden ser un importante recurso para la adaptación de los migrantes rurales a nuevas formas de vida y nuevas relaciones, existiendo así modos culturales en particular con los cuales los migrantes indígenas se adaptan a las condiciones urbanas que dan forma a sus estilos de vida y que les permiten establecer nuevas relaciones.¹³

¹² www.ciesas.edu.mx (Proyectos especiales: Perfil indígena en México)

¹³ *Ibíd.*

Frente a estos procesos, parece haber un porcentaje de población que sigue identificándose a sí misma como miembros de un grupo indígena específico, percibiendo que su grupo étnico ha adaptado elementos culturales tradicionales al nuevo escenario urbano sin perder su identidad. Esto puede deberse a que los estilos de vida comunales tradicionales del campo rural se están adaptando y evolucionando para satisfacer las necesidades de la vida urbana, lo que ha tenido como resultado la conformación de nuevas organizaciones indígenas, por lo cual es necesario entender los modelos de adaptación indígena urbana a las ciudades, abarcando tanto los problemas como las oportunidades.

Volviendo con Martínez Casas y De la Peña, éstos afirman que la propia delimitación simbólica del ámbito comunitario se redefine exitosamente gracias a la capacidad de innovación sin ruptura que muchas veces manifiestan los que viviendo fuera del espacio local se niegan a renunciar a la pertenencia afectiva (Martínez Casas y De la Peña, 2004:93), lo cual permite seguir manteniendo cierta unidad con la comunidad de origen.

La migración indígena no sólo es un fenómeno social que desencadena cambios en sus formas de asentamiento, en su economía o en su identidad dentro del medio urbano, sino que también propicia relaciones interculturales entre los indígenas y no indígenas.

Al tratar de describir sucintamente las referencias en torno al estudio de la migración, particularmente desde la perspectiva de la antropología urbana (rural-urbano, campo-ciudad), no debemos pasar por alto que en nuestro caso el fenómeno de la migración figura como un elemento de análisis que se circunscribe dentro de otro objetivo a estudiar: las relaciones de contacto entre indígenas y no indígenas.

1.3. Las relaciones interétnicas en contextos urbanos.

En el trabajo que he desarrollado, las relaciones interétnicas figuran como uno de los objetivos principales al interior de mi análisis con el propósito de caracterizar la interacción entre la sociedad local de Veracruz con los indígenas tzotziles de reciente migración con el fin de identificar las fricciones y conflictos que se generan en los espacios públicos donde comúnmente interaccionan, lo que expone a los segundos a prácticas racistas de discriminación y exclusión por la imagen que proyectan los primeros.

Con el fin de no ser repetitivo en las alusiones a los estudios que se han realizado en torno a las relaciones interétnicas, he tratado de apoyarme teóricamente en los más actuales sin omitir, por supuesto, a quienes han sentado las bases para establecer un “corpus teórico” que fundamenta de manera sólida las investigaciones sobre las relaciones de contacto¹⁴. Para esto pueden consultarse los trabajos de Gamio (1992), quien en “Forjando patria”, consideraba que el problema del indígena en México, se basaba fundamentalmente en las diferencias étnicas partiendo de la idea de que el gran problema de la nación se debía a que no existía homogeneidad en la población, sino múltiples patrias que obstaculizaban el avance del país. También está el trabajo de Redfield realizado en Yucatán y que mencionamos anteriormente donde analiza las diferencias entre los distintos estratos sociales y trata de entenderlos dentro de su propia dinámica, con lo cual lo que pretende es crear una hipótesis histórica sobre el desarrollo de las relaciones interétnicas desde el momento de la Conquista hasta nuestros días, partiendo de la vestimenta, algo que considera como signo fundamental para la distinción entre indios y no indios. En la obra de De la Fuente (1965), por ejemplo, su trabajo “Definición, pase y desaparición del indio en México” en donde aborda aspectos como la definición del indio desde un enfoque cultural y no racial, aunque la raza biológica y sociológica “aún desempeña un papel, en varios casos importante, en las actitudes y relaciones de indios y no indios” (De la Fuente, 1965: 68-73).

También se avoca al tema sobre las relaciones interétnicas en un texto intitulado “Ethnic and Communal Relations”, en el cual menciona la forma en la que deberían llevarse a cabo los estudios sobre relaciones interétnicas en México, haciendo un énfasis en torno a la polémica sobre si existe diferenciación racial en México, a lo que contesta que, a excepción de los negros (por sus características fenotípicas), los otros grupos no son definidos racialmente. La raza utilizada por los actores en conflicto hace alusión a una raza de construcción sociológica.

En otro de sus trabajos “Relaciones Étnicas en Mesoamérica” incorpora el concepto de clase social (De la Fuente, 1965:183-217). Explica que los indígenas no reconocen las clases sociales sino que son sociedades de status o prestigio a diferencia de los ladinos y mestizos que si la reconocen. Otro aspecto que sobresale en este texto y que no había sido tomado en cuenta con anterioridad, es el factor económico (el cual

¹⁴ Entre estos, se encuentra Roberto Cardoso de Oliveira (1978), de quien fundamentalmente me apoyo con su concepto de “fricción interétnica y quien es considerado uno de los más importantes antropólogos que se avocó al estudio de las relaciones de contacto entre indios y no indios.

posteriormente para mediados de la década de los setentas, será uno de los factores que más se trabajen en dentro de la antropología mexicana desde una perspectiva marxista), sobre el que adopta una postura indigenista argumentando que la opresión que viven los pueblos indios se debe a su cultura, pues está no les ha posibilitado desarrollar habilidades modernas (la integración de los indios a la modernidad), lo que hace que los ladinos no puedan emplear a los indios más que para cierta clase de situaciones en que sus servicios se pueden utilizar y por lo tanto se mantienen en una condición de subordinación.¹⁵

Por otro lado, De la Fuente establece una tipología de las relaciones interétnicas en Mesoamérica, que no dista mucho de la situación actual. Para él hay dos tipos de relaciones entre ladinos o mestizos e indígenas: las conflictivas y las tolerantes. Cuando existe una situación de conflicto, éste se debe a una competencia económica, principalmente debido a la tierra, la política y la religión (esta situación, en el caso de los migrantes tzotziles, se resalta en el aspecto económico, ya que los conflictos con la sociedad local, se dan principalmente con las autoridades municipales y con los comerciantes informales y establecidos del malecón, que los consideran una competencia desleal y que les quita fuentes de empleo).

En cuanto a las áreas de conflicto, De la Fuente (1952:93-94) plantea una tipología provisional que serviría como modelo y patrón para entender el origen de las causas del conflicto, que generalmente es de orden agrario. Profundizando en él, se pueden aclarar estos procesos conflictivos.

Estas son tan sólo unas breves referencias respecto a lo que se ha hecho sobre las relaciones interétnicas en el escenario mexicano. No obstante, como afirma Oehmichen, las relaciones interétnicas en las ciudades mexicanas han sido hasta hoy poco estudiadas (Oehmichen, 2005:22).

Entre las contribuciones más importantes sobre dicha temática destacan los artículos de Pérez Ruiz (1993), quien analiza el caso de los mazahuas en Ciudad Juárez, Chihuahua; Lestage (1998 y 1999), que analiza las relaciones que mantienen los migrantes mixtecos, zapotecos y triquis en el espacio binacional entre México y Estados Unidos y los procesos de identidad social que se presentan en uno y otro lado de la frontera; Romer (2003), que advierte sobre la discriminación étnica en la ciudad de

¹⁵ Castellanos (2003), por ejemplo, refiere que en el mercado de trabajo urbano los indígenas desempeñan los trabajos menos calificados y peor remunerados, por lo que dichas prácticas discriminatorias se sustentan en un discurso que permanentemente los hostiga y denigra, facilitando el sometimiento y las tensiones laborales.

México; Igreja (2000), donde estudia las relaciones que tienen los indígenas radicados en la capital mexicana con las instituciones de administración y procuración de justicia; y, Martínez Casas (1998), que lo hace en torno a las relaciones de los otomíes con la sociedad tapatía. Frente a estos trabajos, mi propósito sería la de contribuir en ampliar los estudios en torno a dichas temáticas con lo que acontece en la ciudad y puerto de Veracruz.

Así por ejemplo, Navarrete (2006) propone que en la actualidad el principal elemento que unifica a los muy diversos grupos de mestizos es la diferencia que sienten con los indígenas (Navarrete, 2006:15). Este tipo de diferencias son posibles de identificar a través de las “categorías étnicas”, es decir, las formas que son aplicadas desde afuera para clasificar a los que pertenecen a grupos diferentes del que pertenece uno, o para agrupar distintos grupos étnicos en un grupo más amplio. En este caso, podría decirse que para la situación de los indígenas que viven en ámbitos urbanos, independientemente de que unos y otros pertenezcan a muy variados grupos étnicos, la realidad es que todos son englobados en la categoría de “indios”, categoría que es impuesta por otro grupo al que podría definirse como “mestizos”.¹⁶

Precisamente, para analizar dichas diferencias establecidas por la categoría de “indios” que se impone a los “otros”, a quienes constituyen la “alteridad”, resulta viable hacerlo por medio del concepto de relaciones interétnicas partiendo de ciertas especificidades. Parfraseando a Navarrete, podríamos decir que las relaciones interétnicas son siempre relaciones de poder, es decir, son relaciones de dominación política, de control social y de explotación económica. Lo que las distingue de otro tipo de relaciones reside en los sujetos a los que define, es decir, los grupos y categorías étnicos. Las relaciones interétnicas se basan en una distinción cultural e identitaria entre las personas o grupos que participan en ellas (Navarrete, 2006:31).

Por otra parte, Cardoso de Oliveira (1992), expresa que las relaciones interétnicas sólo se pueden comprender de una manera fructífera si se les inserta en un sistema social de carácter interétnico que las condiciona, determinando su propia estructura y desarrollo; además de que ese sistema interétnico, constituido por procesos de articulación étnica, no puede dejar de referirse a procesos de articulación social de otro tipo, como los que relacionan a otros sectores de la sociedad global, ya sean los

¹⁶ Aunque lo ideal es denominarlos como “no indígenas”, esto con el fin de no imponer categorías a priori y de carácter etic para así privilegiar y dar prioridad a la perspectiva emic con la finalidad de abundar en la percepciones que tienen los actores sociales involucrados en dichas relaciones.

interregionales, los interclase o aun aquellos que vinculan a los sectores rural y urbano (Cardoso de Oliveira, 1992:61).

Bartolomé (2006), destaca la importancia de éstas en el ámbito de los procesos interculturales contemporáneos, tema cuya actualidad no excluye que la antropología tenga una tradición al respecto que requiere ser rescatada. Ya que el desafío para una antropología contemporánea de las relaciones interétnicas, de los flujos y los cruces interculturales -como propone Bartolomé- radica entonces en aproximarse al presente en similares términos analíticos, tratando de descubrir las conexiones más que las distancias entre sistemas culturales y enfatizar las dinámicas más que las permanencias (Bartolomé, 2006-29-33).

Para el análisis de dichas relaciones, Cardoso de Oliveira (1978), por ejemplo, sostiene en estudiar de modo consistente las relaciones de contacto como elementos que pertenecen a un “sistema interétnico”, el cual está conformado por las relaciones entre dos pueblos dialécticamente unificados a través de intereses diametralmente opuestos ya que las relaciones entre esos pueblos significan más que una mera cooperación, competencia y conflicto entre sociedades en conjunto.

Ampliando la referencia en torno al sistema interétnico, Bartolomé nos dice que los sistemas interétnicos que se han desarrollado históricamente en América Latina, se han comportado objetivamente como estructuras de explotación económica, pero también como generadores de una reiterada exclusión social y política, que acompañaba a la violencia material y simbólica ejercida sobre las sociedades nativas (Bartolomé, 2006: 32).

Mientras que, Cardoso de Oliveira, manifiesta que de la misma manera en la que la sociedad nacional de un sistema social susceptible de ser analizado a través de su estructura de clases, una situación de contacto gracias al sistema de relaciones que les es inherente puede analizarse mediante lo que denomina como “fricción interétnica” lo que sería el equivalente lógico (más no ontológico) de lo que los sociólogos llaman “lucha de clases” (Cardoso, 1978:46). Es por esto que el análisis de las relaciones entre las minorías étnicas y los Estados-nación en las sociedades multiculturales, es decir, el estudio de los procesos interétnicos o interculturales, se constituye entonces como uno de los campos centrales de una antropología política contemporánea que se orienta tanto hacia las sociedades nativas como al ámbito del cual la misma antropología forma parte (Bartolomé, 2006: 32).

Sin embargo, también dentro del análisis de las relaciones entre grupos étnicos o culturalmente distintos, éste nos remite obligadamente a las nociones elaboradas por Barth (1976) en torno al concepto de grupo étnico en primera instancia, al cual considera como un tipo de organización que lleva nuestra atención hacia las relaciones sociales y sus representaciones. Considerando su definición: “los grupos étnicos son categorías de adscripción e identificación que son utilizadas por los actores mismos que tienen por tanto las características de organizar interacción entre los individuos”.

De esta forma, dependiendo del contexto de interacción, las relaciones interétnicas pueden ser de cooperación o entrar en franca competencia y confrontación. Así el contacto cotidiano entre indígenas y no indígenas puede hacer incluso que las confrontaciones interétnicas sean más agudas, aunque también más difusas, esto es parte de lo que me interesó analizar.

También Bonfil (1986), apunta que en sistemas estratificados la función organizadora del grupo étnico también ha sido empleada como herramienta conceptual para comprender modalidades de estratificación social cuando ésta sigue las líneas de la diferenciación étnica (Bonfil, 1986:15). No obstante, es preciso referir, que en el establecimiento de relaciones entre diversos grupos se gesta un proceso de aculturación, el cual es considerado como un proceso de cambio que emerge del contacto entre grupos que participan de culturas diferentes y que es caracterizado como refiere Aguirre Beltrán (1991), por el desarrollo continuo de un conflicto de fuerzas entre formas de vida de sentido opuesto que tienden a su total identificación, y se manifiestan, objetivamente en su existencia a niveles variados de contradicción. A este proceso aculturativo lo nombra como “préstamo cultural”.

Aunque Cardoso difiere en este punto con Aguirre Beltrán, creo necesario referirme a él pues de alguna manera los grupos étnicos, al estar insertos en un contexto que no es propiamente el suyo, implementan estrategias con las cuales se adaptan a éste de acuerdo a sus fines o intereses, tomando elementos prestados en este caso, de la cultura local del puerto, de los otros grupos con los que interactúan y de la suya propia para hacer frente a determinadas situaciones, sin que deje de haber ciertas fricciones de carácter económico, político o social.

Ante este hecho, existe lo que es denominado por Bonfil como “control cultural” (Bonfil, 1986: 22), en donde el conjunto de niveles, mecanismos, formas e instancias de decisión sobre los elementos culturales en una sociedad dada constituye el sistema global de relaciones. Además, en situaciones de contacto interétnico, particularmente

cuando las relaciones entre los grupos son asimétricas, de dominación/sujeción, la cultura etnográfica (esto es, el inventario total de los elementos culturales presentes en la vida del grupo) incluirá tanto elementos propios como ajenos.

Continuando con Cardoso de Oliveira en el análisis de las relaciones interétnicas, éste apunta que es posible distinguir niveles de operación del sistema interétnico y de los cuales distingue tres como determinantes de este: el nivel económico seguido del social y político. Cada uno de esos niveles expresará aspectos parciales de la situación de contacto, pero únicamente su consideración conjunta permitirá un diagnóstico de la situación y un pronóstico de su desenvolvimiento, en el que se habrá de valer para su descripción y comprensión de la noción de fricción interétnica.

Para esta investigación, resultó importante tomar en cuenta estos tres factores como parte del análisis etnográfico debido, en primer lugar, a las motivaciones económicas que impulsan a los indígenas a emigrar de sus comunidades de origen en busca de mejores condiciones de vida hacia diversos puntos de la república mexicana (en este caso en el Puerto de Veracruz), como en los Estados Unidos, mientras que en los otros dos niveles, estos aspectos se visualizan respecto al lugar que estos grupos ocupan en la nueva estructura social a la que intentan articularse, quedando en una situación de subordinación e inferioridad frente a la clase dominante no indígena, a la vez que en el establecimiento de relaciones entre estos grupos impera una connotación de poder sustentada en los diferentes intereses que promueve cada uno con el propósito de beneficiar a sus integrantes.

Particularmente en la situación de los migrantes indígenas, como señala Romer, el proceso de cambios que implica la migración para quienes migran, tanto en lo que se refiere a la conservación de su relación con el lugar de origen como al ritmo de asimilación a la sociedad urbana, no se da únicamente en función de su capacidad de conservar su espacio de relaciones; ambos procesos tienen lugar en circunstancias específicas de relaciones interétnicas asimétricas, propias de la sociedad mexicana (Romer, 2003:47).

Desde hace décadas la migración interna hacia las ciudades y regiones de una agricultura de exportación y desarrollo turísticos, la migración hacia Estados Unidos y Canadá, se han convertido en la estrategia fundamental para su reproducción, con un impacto contradictorio en las comunidades rurales pues por un lado, produce una huida de la población joven y potencial y económicamente activa y, por el otro, constituye unos ingresos esenciales para los familiares que permanecen y para el desarrollo de la

infraestructura comunitaria. Las experiencias de los migrantes están marcadas por la explotación y la exclusión, incidiendo en los procesos de reproducción material y cultural de sus familias y comunidades (Castellanos *et al.*, 2007:292-293).

Por ejemplo, Bartolomé menciona respecto de los procesos migratorios interestatales que se trata de fenómenos cuya dimensión y continuidad no permiten entenderlos como situaciones coyunturales sino como procesos estructurales, que progresivamente han variado o transformado los contextos sociales estatales, además de que en ellos se registra la etnización de los migrantes, considerados como radicalmente diferentes a la población receptora (Bartolomé, 2006: 296).

Esto coincide con lo que Oehmichen (2003) refiere respecto a que los indígenas viven en la ciudad un segundo proceso de etnización, debido a que a diferencia de otros inmigrantes que llegan a la capital, los indígenas tienden con más frecuencia a ocultar los indicios de identificación étnica con el propósito de evitar, en lo posible, la discriminación por parte de los no indios (Oehmichen, 2003:323). Así, en diferentes contextos pero con la misma lógica –refiere Bartolomé– los migrantes interestatales tienden a ser etnizados, aunque ello se ha entendido como una categoría clasificatoria externa, al ser considerados como miembros de grupos organizacionales y culturales diferentes, a pesar de que puedan ser ciudadanos de formaciones estatales no muy diversas a la receptora.

Resulta importante también tomar en consideración las prácticas de segregación, exclusión y racismo contenidas en las prácticas sociales de los porteños las cuales, delinear las relaciones interétnicas, pues es importante advertir que en el análisis de los discursos y de dichas prácticas hacia los indígenas, es necesario incorporar también los espacios en los que se estructura la vida cotidiana y se reproducen éstas, con el propósito de identificar el sentido del racismo y sus formas a través de la observación de la interacción de los indígenas migrantes con la sociedad porteña.

1.4. Las prácticas de segregación y exclusión en las relaciones interétnicas.

Como señala Castellanos (2001), el rechazo hacia el indio persiste en el tiempo. Los contenidos de los discursos y las prácticas son variados, pero su opresión es una constante en la historia. La imagen y las relaciones con el indio se constituyen en el largo periodo de la dominación colonial a partir de perspectivas filosóficas que

sustentan su inferioridad biológica y cultural y derivan en políticas de asimilación, segregación e incluso exterminio (Castellanos, 2001:166).

Históricamente las relaciones interétnicas tanto en México como en la mayoría de los países de América Latina han estado marcadas por mecanismos de exclusión y subordinación, que a su vez se encuentran enmarcados por un discurso racista que va dirigido particularmente hacia sujetos de diversos orígenes étnicos y nacionales, movilizandolos actores de diversas clases y estratos sociales y tradiciones culturales.

Todo sistema clasificatorio étnico tiende a enfatizar las diferencias a la vez que propone minusvalorar las semejanzas, ya que la misma posibilidad de existencia del sistema deriva de ese énfasis (Bartolomé, 1997: 52).

Según la *Encuesta Nacional sobre Discriminación en México* realizada en 2005, señala que a primera impresión, el mexicano promedio no da un trato discriminatorio hacia la población indígena, y de hecho parece existir un trato de consideración hacia este grupo. Sin embargo, todavía permea una cultura de discriminación en el mexicano promedio. Tan sólo en datos de la encuesta, el 43% de las personas opina que los indígenas tendrán siempre una limitación social por sus características raciales; mientras que un 34.1% considera que lo único que tienen que hacer los indígenas para salir de la pobreza es no comportarse como indígenas. Incluso 40% de los mexicanos está dispuesto a organizarse con otras personas para solicitar que no permitan a un grupo de indígenas establecerse cerca de su comunidad.

En contraste, un 90.8% de los indígenas (es decir nueve de cada diez), consideran que en México existe discriminación por su condición lo que les impide y dificulta obtener trabajo, tener acceso a la educación, mejorar sus condiciones de vida y que no se les respeten sus derechos.¹⁷ Estas cifras son las que nos obligan a tomar en consideración la cuestión del racismo como un elemento que debe ser incluido en el análisis de las relaciones interétnicas dependiendo del contexto en que se sitúen.

Como sostiene Van Dijk (2007), con variaciones y fluctuaciones en varios países, y con cada vez más formas de resistencia, el sistema del racismo y la desigualdad socioeconómica persiste hasta hoy, incluso en países donde la población es mayoritariamente indígena (Van Dijk, 2007:22).

Para la situación de México, donde una parte la diversidad sociocultural esta compuesta por variados grupos étnicos y mestizos, otro porcentaje lo constituyen las inmigraciones de múltiples orígenes nacionales, culturales y sociales, éstas se han

¹⁷ *Encuesta Nacional sobre Discriminación en México*, 2005.

vuelto una población integrante de la sociedad mexicana que interviene en la dinámica de las relaciones socioétnicas (Castellanos *et al.*, 2007:292-293).

Tal es el caso de la ciudad y puerto de Veracruz, en donde existe un entramado de relaciones que no hace posible dicotomizar indígenas/no indígenas. Están aquellos descendientes de inmigrantes europeos, asiáticos y caribeños que continúan distinguiéndose sobre bases étnicas. Claro es el ejemplo de los españoles y sirio-libaneses que forman parte de la de las clases posicionadas en el poder local, y dentro de ámbitos como el de la sociedad, la política y la economía en el puerto, lo que los distingue notoriamente de otros grupos o clases sociales.

Como apunta Castellanos *et al.* (2007), entre los diversos grupos de inmigrantes el discurso puede ser etnocéntrico y racista, ya que ciertas relaciones han sido establecidas basándose en políticas favorables a una inserción privilegiada, como la inmigración europea y estadounidense, alentada durante el siglo XIX para colonizar regiones con una supuesta baja densidad de población y productividad (tal y como sucedió en el Veracruz decimonónico y de principios del siglo XX), estimular el desarrollo económico y el “progreso de la nación” y “mejorar la raza”. Por lo tanto, estas inmigraciones se implantan y participan en las élites regionales y en la reproducción de ciertas formas de racismo (Ibíd.).

En este sentido, esto ha provocado el tratar de eliminar la figura del “indio” (no sólo de manera simbólica y figurativa sino también físicamente), ya sea través del proceso de asimilación cultural e incluso hasta el etnocidio, dado que la palabra “indio” se ha hecho virtualmente sinónimo de “pobre” y marginado” (Navarrete, 2006:9). Anteriormente, Manuel Gamio e incluso el propio Gonzalo Aguirre Beltrán, habían puesto en consideración que la división entre mestizos e indígenas era negativa para México, por lo que llegaron a proponer la unificación social y cultural de todos los mexicanos dentro del grupo mestizo; en cierta forma lo que se proponía era que los indios debían de abandonar su cultura que los caracterizaba como indígenas.

Por otro lado, Oehmichen opina que en el curso de la lucha simbólica por las clasificaciones sociales, la categoría indígena ha constituido históricamente una condición minusvalorada, por lo que pertenecer a ésta hace referencia a una identidad negativa que resta posibilidades de vida a los individuos y los inhabilita para la plena aceptación social (Oehmichen, 2005:15).

Esta categoría negativa podría traducirse en lo que Goffman (1980) denomina como “estigma”, pues para este autor dicho término suele ser utilizado para hacer

referencia a un atributo profundamente desacreditador (que dentro de mi análisis, el estigma figuraría en el fenotipo y en ciertas prácticas culturales de los migrantes indígenas).

Goffman lo explica de la siguiente manera:

Mientras el extraño está presente ante nosotros puede demostrar ser dueño de un atributo que lo vuelve diferente de los demás (dentro de la categoría de personas a las que él tiene acceso) y lo convierte en alguien menos apetecible –en casos extremos, en una persona casi enteramente malvada, peligrosa o débil-. De este modo, dejamos de verlo como una persona total y corriente para reducirlo a un ser inficionado y menospreciado. Un atributo de esa naturaleza es un estigma, en especial cuando él produce en los demás, a modo de efecto, un descrédito amplio que también puede recibir el nombre de defecto, falla o desventaja (Goffman, 1980:12).

Continuando con Goffman, éste menciona tres tipos de estigmas completamente diferentes uno de otro. El primero se refiere a las abominaciones del cuerpo (las diferentes deformidades físicas); el segundo, a los defectos del carácter del individuo que se perciben como falta de voluntad, pasiones tiránicas o antinaturales, creencias rígidas y falsas, deshonestidad (atribuidas a perturbaciones mentales, reclusiones, adicciones a drogas, alcoholismo, homosexualidad, intentos de suicidio, desempleo y conductas políticas extremistas); y el tercero, a los “estigmas tribales” que hacen referencia a la raza, la nación y la religión, susceptibles de ser transmitidos por herencia y contaminar por igual a todos los miembros de una familia (es en éste último donde podría ubicarse la situación de los indígenas y otros grupos culturales como los afroestizos, los inmigrantes provenientes de otros países, etcétera). Sin embargo, todos estos ejemplos de estigma presentan los mismos rasgos sociológicos; por ejemplo, un individuo que podía haber sido fácilmente aceptado en un intercambio social corriente posee un rasgo que puede imponerse por la fuerza a nuestra atención y que nos lleva a alejarnos de él cuando lo encontramos, anulando el llamado que nos hacen sus restantes atributos. Posee un estigma, una indeseable diferencia que no habíamos previsto (Ibíd.). Esa diferencia para el caso de los grupos indígenas radica en su identidad étnica proveniente de su lengua y otros rasgos culturales además de los físicos, lo que los pone en desventajas sociales, laborales, económicas y políticas frente a una mayoría no indígena que se autodenomina como mestiza o blanca y superior a ellos.

Retomando a Castellanos *et al.*, éstos argumentan que el “extranjero” es inventado dentro de las fronteras nacionales: un indígena mazahua en el Estado de México que migra a la norteña ciudad de Chihuahua, un chilango en la ciudad de Cancún Quintana Roo, un tzotzil de Chiapas en Mérida, Yucatán (o por qué no en el Puerto de Veracruz), son objeto de xenofobia y racismo como gente de “afuera” y se les descalifica como ciudadanos y trabajadores; se les estigmatiza para justificar su explotación, exclusión laboral y territorial (Castellanos *et al.*, 2007:289).

Por ejemplo, en el mercado de trabajo urbano, los migrantes indígenas ocupan los trabajos que requieren menos cualificación y la discriminación laboral es una constante en las relaciones étnicas (Castellanos *et al.*, 2007:286). Sin embargo, la discriminación étnica y racial no se manifiesta de manera diáfana, ni las personas se asumen como racistas, pues la exclusión se oculta bajo la fachada del mestizaje y de la diferenciación de clase. Pues aunque los integrantes de las clases acomodadas no se confrontan directa o cotidianamente con los indígenas debido a que los espacios físicos, sociales y culturales de uno y otro polo pocas veces confluyen o se intersectan, los sistemas de segregación y exclusión promovidos por tales clases se expresan de múltiples maneras. La distancia social se traduce en una mayor distancia física y/o en el ejercicio de relaciones de poder, jerarquía y de autoridad a través de lo cual, los grupos dominantes conservan su hegemonía y mantienen a miembros de la categoría indígena en una posición de subalternidad (Oehmichen, 2003: 327-329).

Habiendo revisado, analizado y criticado distintos puntos de vista en torno al fenómeno de la migración, podemos entonces ampliar el concepto con el que iniciamos al principio de este capítulo para decir que migrante *es aquel individuo que por diversos factores, ya sean de carácter económico, político, social, cultural o medioambiental, se ve en la necesidad de desplazarse de su lugar de origen, hacia otros puntos del Estado-Nación en el que reside o incluso fuera de éste en un ámbito transnacional, con la finalidad de mejorar sus condiciones de vida y la de los suyos.*

Tras redefinir este concepto, podemos ahora profundizar en torno a la situación de los indígenas migrantes en contextos urbanos, en este caso los que llegan al puerto de Veracruz a través de las relaciones que establecen con la sociedad local, es decir, las relaciones interétnicas, las cuales fueron también reconceptualizadas en la introducción de este trabajo, dando paso ahora a la explicación y descripción de cómo la ciudad y

puerto de Veracruz se ha constituido históricamente como punto de atracción de múltiples migraciones.

CAPÍTULO II

“VERACRUZ”, CIUDAD DE MIGRANTES.

Durante este 2008, con el lema: “Veracruz, primer municipio en América”, el reciente gobierno municipal de extracción priísta, pretendió destacar la importancia de la ciudad como la primera ciudad de todo el continente americano por medio eventos que fueron llevados a cabo a lo largo del año con el propósito de festejar el hecho de que a Veracruz se le considere como el primer municipio establecido por la Corona Española en tierras americanas, además de reproducir dicha frase por todos los rincones de la ciudad y en todos los protocolos oficiales en los que los funcionarios municipales estuvieron presentes. En este sentido, se intenta resaltar el origen de la ciudad a través de sus fundadores: una considerable y notoria presencia de españoles, quienes influyeron en todos los aspectos de la vida de la naciente ciudad, considerando que en esos momentos el país estaba en manos de la Monarquía española y de una minoría criolla y mestiza.

Por esto, al aludir a Veracruz como ciudad y como puerto, se destacan sus orígenes cuando se le sitúa desde una perspectiva histórica y diacrónica, lo que nos otorga una imagen a detallada de los diversos acontecimientos que han provocado su metamorfosis en sus casi quinientos años de existencia. Esto nos brinda una imagen adecuada de su pasado y presente para así comprender e interpretar los sucesos que dan forma a su realidad contemporánea, yendo tal vez más allá de la abundancia de textos que nos remiten a su pasado virreynal, independentista, liberal o porfirista, e intentando agregar a éstos quizás otros más que expliquen la pertinencia del puerto como objeto de estudio para las ciencias antropológicas.

Situada en el Golfo de México, sobre la historia de Veracruz como hemos mencionado se ha escrito mucho. Desde su fundación en 1519 hasta mediados del siglo XX, la bibliografía que versa sobre esta ciudad-puerto es infinita. Ciudad que ha sido retratada desde diversas miradas a lo largo del tiempo, “pues nos encontramos ante una ciudad que se halla atravesada por múltiples historias” (Rodríguez 2002:65).

De ello pueden dar cuenta las descripciones, narraciones y testimonios de aquellos que atravesaron por ella o la habitaron. Viajeros que transitaron durante los siglos XVIII y XIX como el célebre naturalista alemán Alejandro Von Humboldt, o las impresiones

plasmadas por el historiador veracruzano Francisco Del Paso y Troncoso, elaboradas durante el XIX, que nos muestran un Veracruz del siglo XVII.

Con el propósito de entender el desarrollo de Veracruz, y ubicándonos desde sus orígenes, quizás también sea necesario señalar sucintamente algunos de los antecedentes históricos de esta ciudad-puerto que nos remitan en buena medida a ese cúmulo de situaciones que forman parte de su evolución y complejidad, y que la han posicionado en el presente como uno de los puertos más importantes del país.

2.1. La historia de un puerto.

El puerto de Veracruz fue la población de mayor importancia en el territorio veracruzano durante la Colonia. Las circunstancias que rodearon la llegada de los españoles y el proceso de colonización definieron su posición dentro del esquema económico colonial. Durante este periodo, el puerto de Veracruz se convirtió en punto de enlace entre España y sus colonias de América. De aquí se despachaban para Europa metales preciosos, guajolotes, maíz, aguacate, frijol, ixtle y algodón entre otros y llegaban productos como haba, arvejón, trigo, arroz, etc.; así como animales domésticos, pólvora, telas, vinos y gran variedad de mercaderías distribuidas posteriormente en territorio novohispano.

Con Pacheco y Benítez (1986) se puede apreciar mejor lo descrito:

Veracruz, el puerto más importante de la América española. Sólo La Habana podía competir con sus importaciones y exportaciones. Más de doscientas cincuenta naves arribaban y zarpaban cada año de Veracruz. Se llevaban a Europa oro, plata, grana cochinilla, palo de tinta, azúcar, harina, añil, pieles, vainilla jabón y muchos otros productos. La extraordinaria actividad comercial hacía que Veracruz llamara la atención de los viajeros por su hermosura, su bullicio, su actividad constante y su ilustración en contraste con el sopor colonial de casi todas las ciudades hispanoamericanas (Pacheco y Benítez, 1986:10).

Como resultado de estas actividades, el puerto prosperó vertiginosamente, continuando el desarrollo de éste como el más importante de la Nueva España. En consecuencia, la ciudad fue cuna de una rica burguesía comercial y llegó a ser para 1778 más próspera que la propia ciudad de México, para la cual Veracruz consistía en un punto clave en su desarrollo. Todo lo que producían las minas de Zacatecas, Pachuca y Guanajuato, se llevaba a la Casa de Moneda y de allí, apartado el quinto real, se encaminaba al puerto de Veracruz, lo mismo la cochinilla de Oaxaca, o el azúcar de

Cuernavaca. Tan sólo para 1804 hacían el servicio a Veracruz 70 mil mulas y en 1810, cerca de 100 mil, 144 carros y 666 literas. A la llegada de las flotas, Veracruz y de igual forma el puerto de Acapulco rebosaban de arrieros y comerciantes, el giro total del comercio de Veracruz sumaba 60.445,155 pesos y llegó a ocupar 558 barcos (Pacheco y Benítez, 1986:12).

En contraste con este notable desarrollo económico, existía un gran número de población hundida en la miseria, la cual estaba compuesta en su mayoría por mestizos, indios, negros y mulatos, quienes eran el sostén principal de los trabajos más duros de la economía de la Nueva España, además de ocupar los últimos lugares dentro de la estratificación social.

Aunado a este factor, la baja densidad de población y su distribución irregular fueron problemas siempre presentes en territorio veracruzano. Aunque para mediados del siglo XVII se advierten claros signos de una recuperación demográfica de “naturales”, españoles y mestizos, sin embargo, esto no modificó la conformación de la sociedad existente, en la cual prevalecía una minoría blanca y una mayoría formada por indígenas, mestizos y negros (Blázquez, 2000).

Los colonos españoles que se establecieron en Veracruz fueron muy pocos, debido al clima insalubre y las constantes epidemias, pues la mayoría prefería el clima templado del altiplano central, a diferencia de la población indígena, que a su vez disminuyó mucho durante este periodo llegando a su nivel más bajo en el siglo XVII a causa de la peste, la viruela y los trabajos forzados.

Ante esta situación, los españoles echaron mano de la población negra que habían traído desde las Antillas en calidad de esclavos con el propósito de continuar realizando las faenas y los trabajos que les eran encomendados a los indios, multiplicando así su número, ya que la población indígena había disminuido notablemente por la explotación de los encomenderos.

A pesar de esto, el número de habitantes en el puerto aumentó por el flujo de comerciantes españoles y novohispanos, quienes llegaban a sus costas ansiosos de aprovechar las oportunidades de progreso que brindaba la ciudad. De igual forma arribaron inmigrantes cuyos oficios y servicios encontraban entonces demanda en la vida urbana y portuaria. Este incremento demográfico provocó, finalmente, cambios en la composición étnica de la sociedad: una minoría blanca peninsular y criolla, y, a diferencia de los siglos anteriores, una buena proporción de indígenas, negros, mestizos y mulatos (Blázquez, 2000).

Por ejemplo, se señala que en la última década del siglo XVIII, el censo de 1791 indica que entre 85 y 90% de los españoles y mestizos mayores de 16 años nacieron fuera de la ciudad. El contingente más numeroso, más de dos terceras partes de los censados, procedía de Europa. Por otro lado, en lo que se refiere a la primera inmigración no española o mestiza esta era africana y afroamericana: esclavos y esclavas cuyos traslados se decidían por sus amos. En cuanto a los indios, estos no aparecerán antes del tercer cuarto del siglo XVII y provendrán principalmente del centro, de las villas de Oaxaca y de las Costas del Barlovento (Widmer, 1992:130-131).

Además, Veracruz también fue un punto por el cual numerosos viajeros de diversas nacionalidades como ingleses, franceses, italianos y alemanes, transitaron por ella en su paso hacia el interior del país durante dos grandes épocas en las que Europa se dirigió al resto del mundo produciendo un movimiento de descubrimientos, aventuras y fenómenos migratorios: los siglos XV y XVI, que abren nuevas rutas y establecen el conocimiento de la realidad esférica de la Tierra, y el siglo XIX, en el que se sientan las bases para el dominio comercial y colonial por parte de las naciones industriales (De Lameiras, 1973:13).

Justamente, durante estos dos periodos, el cuadro que del mundo indígena presentan estos viajeros en sus crónicas de viaje, está sujeto geográficamente a los lugares visitados por ellos (entre estos el puerto de Veracruz).

De esta manera, revelan un tanto involuntariamente el interesante conjunto que presentaba la población indígena frente a la sociedad nacional en un periodo histórico poco conocido con respecto a todos sus componentes sociales, siendo en este sentido que los viajeros extranjeros ofrecen visiones hasta ahora poco tomadas en cuenta en la investigación etnohistórica del siglo XIX, que por un lado permiten conocer el cuadro realista que presenta el indígena en aquella época (De Lameiras, 1973: 13).

Así, entre los viajeros más destacados que pasaron por Veracruz y que tomaron nota de su geografía, su economía y su composición social del siglo XVI al XIX, destacan los siguientes:

- Fray Francisco de Ajofrín,
- Joel R. Poinsett,
- William Bullock,
- Henry George Ward,
- Robert William Hale Hardy,

- Fanny Calderón de la Barca,
- Carl Bartholomeus Sëller,
- Alexander Von Humboldt,
- Eloi Lussan,
- Émile Chabrand.

Tras esta breve referencia, hemos de plantarnos en el siglo XIX, durante el cual se propició el auge del puerto como punto de interés de las múltiples migraciones que hicieron acto de presencia en Veracruz, a la par de las constantes luchas por las que atravesó el país en buena parte de este siglo y que, en consecuencia, también afectaron al puerto.

2.2. El siglo XIX.

Durante el siglo XIX habría que destacar como un dato importante que Veracruz se convirtió en un punto estratégico de destino de múltiples migraciones, de las cuales algunas se anclaron aquí para formar parte de la sociedad local o regional, mientras que otras han siguieron su paso hacia otros puntos de la entidad o del país.

En primer lugar, es importante mencionar los cambios que transforman la fisonomía de la ciudad y del puerto para que éste resulte ser uno de los más importantes de su época, y con esto, atraiga a infinidad de gentes provenientes principalmente de Europa pero también de otros puntos del mundo con el propósito de “hacer la América”.¹⁸

Como ejemplo, en vista que para mediados de 1830 la baja densidad de población en todo el estado se consideró como el principal obstáculo para el desarrollo de la agricultura y de diversos ramos industriales, se adoptaron medidas más prontas tendientes a incrementar el número de habitantes, como la colonización extranjera. Siendo que en 1831, 80 familias francesas, encabezadas por Stephan Guenot, lograron asentarse en las cercanías de Nautla, en Jicaltepec, El Zopilote y San Rafael; mientras que hacia 1836, Carlos Sartorius fundó una colonia de alemanes en Zacualpan

¹⁸ Matesanz señala que dicha expresión, se refería a la búsqueda de la riqueza por parte de aquellos que emigraban de España hacia tierras americanas: *...el logro de bienes materiales implica la construcción, “la hechura de América”*. Citado en: García Díaz, Bernardo. *Veracruz: Imágenes de su historia*, Archivo General del estado de Veracruz, 1992, p. 106.

(Blázquez, 2000); de esta forma, con la llegada de pobladores europeos, se superó una parte del estancamiento agrícola.

Demográficamente, la población del puerto, que entre 1804 y 1807 había llegado a los 20, 000 habitantes, descendería abruptamente a menos de 7,000 entre 1824 y 1842, y tardaría hasta las últimas décadas del siglo para volver a alcanzar la cifra en la que se encontraba al iniciar éste. La causa de este descenso fue en buena medida la guerra civil y las invasiones de los ejércitos extranjeros; sin embargo, las cosas comenzarán a cambiar rápidamente a partir de 1867. Tras el reestablecimiento del orden republicano por los liberales, la estabilidad política generó las condiciones para que el comercio se reactivara.

Es indudable que después de la Ciudad de México, el puerto fue el núcleo urbano que durante el siglo XIX reunió al mayor y más variado número de extranjeros como ciudadanos. En 1860, por ejemplo, al menos uno de cada diez habitantes de intramuros -aproximadamente 10,000- era oriundo de otro país, ya fuera España, Francia, Cuba, Gran Bretaña, Alemania o Estado Unidos. Estos grupos de extranjeros adquirieron tal relevancia en la sociedad local y su presencia fue tan continua que llegaron hasta ocupar cargos oficiales en el Ayuntamiento (García Díaz, 1992:96).

Para 1873 el presidente Lerdo de Tejada inaugura las obras del ferrocarril que comunicarían al puerto con la capital. Posteriormente, en 1892 otra línea ferroviaria es inaugurada: el Interoceánico, que incrementará la importancia del puerto abriéndole nuevos mercados, y dando paso a una dinámica económica fructífera, lo que permitió integrar como un componente esencial al movimiento demográfico de la población veracruzana la presencia de las migraciones, supuestamente hasta la primera década del siglo XIX (García Díaz, 1992:127) aunque, como veremos más adelante, todavía en las primeras décadas del XX seguirán siendo constantes.

El último tercio del siglo XIX fue testigo de un interesante movimiento migratorio paralelo a los intentos colonizadores apoyados por el gobierno, que sin estar contemplado en los proyectos oficiales alimentaba la fuerza de trabajo del país en las zonas de climas más adversos, donde la población era escasa o adonde otros trabajadores eran renuentes a desplazarse, tal y como ocurrió en algunas zonas de la entidad veracruzana. En contraste, para 1895, los cambios en la vida urbana en el puerto son ya muy notorios, apreciándose particularmente la secularización de sus edificaciones y el influjo modernizador del ferrocarril. En consecuencia, los beneficios prodigados por éste exigirían cambios en el ámbito portuario y urbano. La traza urbana

fue modificada y las nuevas calles y avenidas se alumbraron con faroles importados. Los tranvías –que ya circulaban desde 1864- pudieron extender sus rutas, y es para 1882 que se decide por fin iniciar la remodelación del puerto, aunque no sería concretado sino hasta 1895 por intervención del gobierno federal encabezado por Porfirio Díaz, cuando se firma un contrato con S. Pearson para construir las obras que le darían al puerto su imagen actual y que fueron concluidas en 1902.

Debido a su posición, el puerto siempre contó con una población importante de extranjeros que, de manera permanente o temporal, se avecindaba en la ciudad para cuidar y acrecentar sus intereses particulares y los de las metrópolis que representaban como emisarios comerciales.

2.3. El siglo XX.

Ampliando lo anterior, en 1904 se realizan también obras de saneamiento de la ciudad: se introduce el drenaje, se pavimentan calles y se instalan nuevas vías de tranvías eléctricos. Para abastecer de agua a la ciudad, se crea maquinaria en el Tejar, destinada a extraer agua del río Jamapa.

Todas estas obras transforman a Veracruz en un puerto abrigado, con instalaciones adecuadas para la carga y descarga de mercancías y pasajeros, y con conexiones directas con los ferrocarriles. En el mismo periodo, se levantan nuevas construcciones, edificios públicos que vienen a ampliar el paisaje urbano: una nueva Terminal de Ferrocarriles, una nueva oficina de Correos y Telégrafos, la Dirección de Faros, la Aduana, los Almacenes Fiscales, el Teatro Dehesa, etcétera (Rodríguez, 2002: 76).

Durante estos años la ciudad se expande y, para 1900 la población asciende a 30,000 personas, para 1910 llegaría a 50,000. Gran parte de sus nuevos habitantes eran inmigrantes, trabajadores que provenían del interior del país, particularmente de los estados de Puebla y Oaxaca, aunque más importante aún era la aportación del propio estado de Veracruz. También había inmigrantes de otros países, en particular de Cuba y España.

Muchas personas resultaron atraídas por la expansión del mercado laboral que las obras de remodelación del puerto y del espacio urbano habían desencadenado, pero quizás el aspecto que más ocupación brindó fue el florecimiento de la actividad natural de Veracruz: el comercio. Debido a la modernización portuaria, Veracruz seguiría

absorbiendo gran parte del comercio internacional que México desarrollaba en aquellos años.

La atracción de la ciudad sobre los que llegaban “voluntariamente” consistía en los empleos que se vinculaban con las actividades portuarias, aunque se trataba de una “inmigración de la miseria”, de gente que huía de la pobreza en su lugar de origen -cosa que no ha de extrañarnos, pues ocurre todavía hoy-. Otros llegaban por negocios. Tanto los que buscaban acumular riquezas como los que necesitaban algunos jornales para sobrevivir eran gente joven: una aportación no sólo cuantitativa sino también cualitativa al desarrollo de la urbe (Widmer, 1992:131).

En la siguiente descripción sobre el puerto de Veracruz durante el porfiriato podemos percatarnos y comprender la importancia que tuvo durante tanto tiempo en la construcción de una nación que se orientaba hacia el progreso:

Fue también en Veracruz donde se vio el primer signo de que por fin surgía esa nación tan deseada, pues allí llegó y desde allí partió el primer ferrocarril del territorio nacional. Y es que era todavía, y seguiría siendo por mucho tiempo, el puerto más importante y la puerta principal. Por eso don Porfirio lo mimó y le mando hacer los arreglos necesarios para que cumpliera con dignidad ese papel: una bahía ancha, pisos profundos para grandes barcos, con muelles de carga y pasajeros, inspecciones sanitarias y aduanas, electricidad y agua dulce. Y desde entonces, por allí cómodamente llegaron los barcos cargados de productos y aires y costumbres franceses, y los viajeros alemanes e ingleses con las bolsas repletas de oro para levantar grandes empresas agrícolas, y mineras, bancos y comercios. A pesar del cólera y la peste, de las fiebres y el paludismo, de las tormentas y los huracanes, de las inundaciones que alcanzaban medio metro, Veracruz se convirtió, desde su orilla en el mar, en el centro de este movimiento. (Sefchovich, 2007:16).

Es por esto que en la segunda mitad del siglo XIX y la primera del XX se considera como el “tiempo de los inmigrantes”, ya que desde el último tercio del siglo XIX, se incrementó de manera considerable la cuota de inmigrantes extranjeros que arribaron al puerto de Veracruz en los grandes trasatlánticos de la época, ya fuese para nutrir las antiguas colonias como la española, la francesa o la alemana, o en su caso, para dar origen a otras de nuevo cuño como la cubana y, ya en las primeras décadas del siglo XX, la china, la libanesa y la judía. Por lo tanto, Veracruz se convertiría en uno de los núcleos urbanos del país con mayor y más variado número de ciudadanos de otros países del mundo (Ibíd.:16), constituyéndose así como una ciudad multicultural.

Esto se debía al estímulo de las políticas del presidente Porfirio Díaz y a la postura de la élite liberal, que sostenía que la inmigración europea era una gran fuente de

progreso, tomando como ejemplo los éxitos de Estados Unidos y Argentina (García Díaz, 1992:96).

Este tipo de políticas se sustentaba en las ideologías promovidas por los “científicos” positivistas, xenófilos que privilegiaban al blanco, a quien atribuían talento y superioridad naturales y, desde una perspectiva racista, desdeñaban al indígena por considerarlo un lastre para el desarrollo, una ideología no tan alejada de la realidad actual en la que parecieran persistir resabios de este darwinismo social. Esta política inmigratoria coincidió con un éxodo transoceánico sin precedentes que provocó que, entre 1880 y 1930, hombres y mujeres de todos los rincones de Europa se trasladaran al Nuevo Mundo, con dirección a Estados Unidos, Canadá o a los países iberoamericanos. De toda esta multitud, México no captó sino varias decenas de miles de migrantes que entraron por Veracruz (Ibíd.:96).

Como ha referido Rodríguez (2002), Veracruz era uno de los mayores éxitos de urbanización porfiriana. No obstante, los logros que había traído la modernización no se habían distribuido de manera equitativa. Mientras las clases acomodadas construían espacios habitacionales rumbo al suroeste, con sus avenidas pavimentadas, parques y jardines, la mayor parte de la población ocupaba los nuevos barrios extramuros, como los de la “Huaca” y del “Caballo Muerto”, hacinándose en vecindades de madera que carecían de servicios y equipamiento (Rodríguez, 2002: 79).

Transcurridas algunas décadas y acontecimientos, como el movimiento inquilinario de 1922, promovido por las clases subalternas –obreros y campesinos- con el establecimiento de reformas favorables a sus intereses gracias a la influencia de una atmósfera social y política emanada del proceso revolucionario, llega la estabilidad económica y política que se vive en el país a la ciudad de Veracruz, donde se vuelve a gozar de una época de prosperidad. Tan sólo en datos demográficos, el crecimiento que experimenta la población en 1930 –llegando a 1940 a 70,000 habitantes- obligará a una nueva transformación del paisaje urbano. Al iniciar los años cincuenta, se emprende la relocalización de las líneas del ferrocarril consiguiendo con esto, la expansión de la ciudad sin mayores obstáculos hacia el sur.

A su vez, en aquel tiempo Veracruz inicia la conformación de una nueva zona de desarrollo: el parque industrial Bruno Pagliai, situado sobre la carretera que comunicaba con la ciudad de Xalapa. Ahí, una enorme fábrica de tubos de acero –TAMSA- , orientada a atender la demanda generada por la creciente exportación de hidrocarburos, desencadena el desarrollo de una multiplicidad de establecimientos

fabriles. Bajo su impulso, una nueva ola de inmigrantes comienza arribar a Veracruz, formándose en el curso de esos años una importante masa obrera vinculada al florecimiento de las manufacturas. Se constituyen nuevas colonias populares y la ciudad experimenta una notable expansión (Rodríguez, 2002: 81).

Las clases con más altos ingresos comienzan a abandonar la zona del Centro, convertida en zona comercial y turística, y se reubican en nuevas colonias y fraccionamientos a lo largo de la franja costera, en dirección al sureste. Los programas de vivienda para las clases trabajadoras registran un importante crecimiento y –con apoyos estatales- se establecen múltiples zonas habitacionales en los límites del área urbana. Posteriormente, en el curso de la década de los sesentas y setentas, el notable crecimiento poblacional de Veracruz –que pasa de 150,000 a 250,000 habitantes- hace que la ciudad se extienda sobre la tierra de su municipio vecino, Boca del Río, configurándose en una amplia conurbación en la zona oriente del puerto (Ibíd.:81).

De forma similar y como muestra del aumento de la población y de su continuo desarrollo, esto también ocurrió al sur del territorio veracruzano, en donde para 1970 la tasa de crecimiento poblacional fue superior al de la República Mexicana, específicamente en las ciudades de Minatitlán y Coatzacoalcos. En el caso de Coatzacoalcos, para 1977 el acelerado crecimiento urbano hizo que el Estado intentara implantar una política para crear una zona conurbada que abarcaría una franja desde Tonalá hasta Acayucan. El aprovechamiento de los recursos naturales y las comunicaciones proyectaron a las ciudades de Minatitlán, Coatzacoalcos y Salina Cruz como poderosos centros comerciales, así como de servicios.¹⁹

Münch Galindo (1983) nos dice que buena parte de la migración de esta época se dirigía hacia los centros urbanos como Coatzacoalcos, Minatitlán, Acayucan, la ciudad de Veracruz, el Distrito Federal, Salina Cruz, Juchitán y Matías Romero. En menor proporción, la gente emigraba a los ranchos ganaderos de Veracruz, Tabasco o Oaxaca. Mientras que el indígena, por lo general salía a lugares cercanos llevando sus útiles necesarios para trabajar el campo.²⁰ Debido a esto se pretendió hacer en veinte años un

¹⁹ Luna Traill, Jaime.

Importancia de la zona conurbada del río Coatzacoalcos en el desarrollo urbano nacional, Minatitlán, Secretaría de Asentamientos Humanos, 1977. Citado en: Münch Galindo, Guido, *Etnología del Istmo veracruzano*, IIA-UNAM, 1983.

²⁰ Aunque hay que señalar que dicho patrón se ha modificado actualmente, dado que los procesos migratorios de población no indígena como indígenas tanto de Veracruz como de otros sitios, se han ampliado no sólo dentro del mismo estado sino hacia otros puntos de la República Mexicana como fuera de ésta, de ello pueden dar cuenta los trabajos citados de Hjort Boisen (2007), Rosas (2006) y García Ortega (2007).

corredor urbano donde se reacomodarían 15 millones de inmigrantes procedentes de otras zonas del país, con el fin de atenuar el crecimiento demográfico en las áreas industriales de México, Monterrey, Guadalajara y Puebla (Münch, 1983:141-142).

Regresando al puerto, en la misma década de los setenta, bajo el impulso de la industria petrolera que demanda la construcción de buques-tanque, los astilleros locales experimentan lo que se podría denominar como su despegue definitivo. Al asumir el gobierno la gestión de éstos, se convierten en la paraestatal de Astilleros Unidos de Veracruz. Sus instalaciones crecen notablemente y de su interior surgen no sólo embarcaciones para la industria petrolera nacional, sino también las reparaciones que solicitan las diversas naves que visitan el puerto. El florecimiento de la industria naval contribuye a incrementar el número de trabajadores calificados en el puerto (García, 1999).

Pero no sólo la industrialización favorece el repunte demográfico, también el desarrollo del turismo y de las actividades portuarias contribuye a convertir a Veracruz en una ciudad de atracción para miles de migrantes en busca de empleo. Si bien desde los años cuarenta el puerto había empezado a figurar como un lugar atractivo para el florecimiento de actividades recreativas y vacacionales, a partir de los cincuenta los mexicanos hacen de Veracruz uno de sus principales destinos turísticos. Cada año, de manera cíclica, en la temporada de Carnaval y Semana Santa, verano y navidad, las playas veracruzanas se convierten en un espacio festivo visitado por miles de familias procedentes de todo el país. A la natural atracción que ejerce el mar, hay que añadir el influjo de la música y la cocina veracruzanas para explicar la afluencia de grandes masas de turistas. En pocos años, la ciudad registró una significativa ampliación de su capacidad hotelera, suscitándose un incremento igualmente notable de establecimientos dedicados a atender a los visitantes: restaurantes, centros recreativos, bares, comercios con productos artesanales, salones de baile, florecen al calor del turismo estacional (García Aguilar, 2001). Al lado del comercio y la industria, los servicios generan miles de fuentes de empleo y Veracruz observó una de las tasas de crecimiento demográfico más altas de todo el país. Para 1995, el área conurbada asciende ya a más de 500,000 habitantes (Rodríguez, 2002: 85).

A pesar de los esfuerzos por brindar espacios residenciales a los estratos populares, al comenzar los años ochenta se desarrolla un fenómeno que Veracruz conocía de tiempo atrás pero en pequeña escala: la formación de vastas áreas de

asentamientos irregulares, colonias desprovistas de servicios y la más elemental infraestructura. Como antaño con la población situada más allá de la muralla o en los patios de la vecindad, estos asentamientos registran grandes problemas de insalubridad y hacinamiento. La crisis económica que vive el país en la octava década del siglo XX hace imposible atender sus requerimientos, y el desempleo y la pobreza urbana se extienden sobre la periferia de Veracruz.

Sobre áreas pantanosas y poco aptas para el uso residencial, se establecen múltiples asentamientos con viviendas precarias y carencias inocultables. Un nuevo tipo de organización social surge: los movimientos de colonos, una replica del antiguo movimiento inquilinario, cuyas principales demandas consisten en servicios urbanos y recibir apoyo para consolidar sus frágiles viviendas.

Paulatinamente, el espacio urbano tiende a polarizarse, configurándose dos nuevas clases de asentamientos al finalizar el siglo XX: de un lado, zonas para las clases medias y altas, sobre la franja costera, dotadas de equipamiento y ventajas ambientales: se trata de áreas con vista al mar, donde prosperan los hoteles y los nuevos centros comerciales. Del otro, zonas para las clases populares, en la periferia suroeste y noroeste, con graves carencias y notables desventajas ambientales: se trata de áreas localizadas sobre médanos, dunas y humedales, situación que plantea severos inconvenientes y encarece los costos de construcción y dotación de infraestructura (Rodríguez, 1996).

Estos antecedentes, por mencionar sólo algunos, son los que han dado cuerpo a los procesos histórico-sociales, políticos y económicos que se han gestado en el estado de Veracruz y en particular en la ciudad y puerto del mismo nombre hacia su conformación en la actualidad como uno de los más importantes de nuestro país.

En fin, las referencias sobre el Veracruz de la Colonia, el que figura en la Independencia, la Reforma, el Porfiriato y la Revolución son amplias y variadas²¹, sin embargo, su historia contemporánea ha sido poco abordada para contextualizar y analizar fenómenos como el de la migración indígena y las relaciones interétnicas que ahora sobresalen en este trabajo.

²¹ Véase por ejemplo, el trabajo de Bernardo García Díaz, *Puerto de Veracruz. Veracruz: Imágenes de su historia*, Archivo General del estado de Veracruz, México, 1992.

2.4. Veracruz como entidad de atracción y como ciudad.

En los albores del siglo XXI, el puerto de Veracruz nuevamente experimenta los beneficios del libre comercio – aunque dichos beneficios sólo sean para unos cuantos. Como antaño, cuando al fenecer el siglo XIX vivió una época de prosperidad, al declinar el siglo XX el puerto registra una nueva etapa de crecimiento al expandirse el volumen de mercancías ya que por él transita el 25% de la carga marítima del país y 40% de la carga de los puertos del Golfo de México que parte desde sus instalaciones hacia el mercado mundial. En virtud de su posición privilegiada, el puerto parece al fin cumplir el sueño de sus fundadores, erigiéndose como una de las ciudades más pujantes, carismáticas y queridas del Atlántico latinoamericano. Sin embargo, acorde a los tiempos en los que vivimos, ésta aún tiene en su haber toda una serie de problemáticas que plantean la necesidad de ser abordadas desde una perspectiva humanista y social.

En la medida que el país ha incursionado en forma más intensa a los mercados internacionales, el estado de Veracruz ha desempeñado un rol más relevante a partir de la reestructuración de la administración portuaria de Veracruz. Esto se explica por varios factores, entre los que destacan: su ubicación geográfica, la cantidad de recursos naturales con que cuenta, su capacidad portuaria, que le permite mover grandes cantidades de mercancías, así como algunos otros elementos de su infraestructura física.

Actualmente, el puerto de Veracruz representa el 22.74% del movimiento de carga manejado a nivel nacional, lo que lo sitúa como el primer puerto comercial del país. El principal tipo de carga que maneja es contenerizada, además de gráneles, fluidos y carga general como tubos de acero, automóviles y autopartes; para lo cual cuenta con 40.447 hectáreas destinadas para la recepción y almacenaje de mercancías (SCOP, Dirección General de Puertos y Dragados).

Aunado a esto, el gobierno estatal por medio del Manual de Información Básica Municipal del 2002, y a través de cifras y datos en materia de infraestructura, turismo, seguridad, comunicación, producción agropecuaria, educación, laboral y geografía resalta cuales son las condiciones favorables que la entidad ofrece a todos aquellos que desean realizar inversiones productivas en Veracruz. Entre dichas ventajas destacamos lo siguiente:

Aspectos físicos.

Su extensión territorial es de 72,815 kilómetros cuadrados, que equivalen al 3.7% de la superficie total del país. Ocupa el décimo lugar entre los estados de la república con mayor extensión territorial, además de contar con 693 kms de litoral, donde se localizan más de 40 playas turísticas.

Población.

Su población de acuerdo con del XII Censo de Población del 2000 asciende a 6, 908,975 habitantes, lo que representa el 7.09% de la población nacional. Ocupa el tercer lugar en población total del país, antecedido por el Estado de México y el Distrito Federal.

Tiene diez ciudades medias con una población mayor a 50,000 habitantes, siendo éstas: Boca del Río, Coatzacoalcos, Córdoba, Xalapa, Minatitlán, Orizaba, Poza Rica, San Andrés Tuxtla, Tuxpan y Veracruz, así como localidades de apoyo subregional, entre las que sobresalen: Papantla, Martínez de la Torre, Las Choapas, Acayucan, Pánuco, Tierra Blanca, Cosamaloapan, Cosoleacaque, Cerro Azul, Agua Dulce, Coatepec, Jáltipan, Alvarado, Ixtaczoquitlán, Tantoyuca y Naranjos.

Infraestructura.

Es la entidad con mayor capacidad instalada para la generación de energía eléctrica, alcanzando los 4,337 megawatts de potencia, con ello, se logra la generación bruta de más de 27,000 gigawatts-hora, que representa el 14% de la generación total nacional.

El sistema portuario estatal está conformado por tres grandes puertos comerciales de altura: Veracruz, Tuxpan y Coatzacoalcos. Veracruz es el puerto comercial más importante de México. De enero a agosto del 2001 estos tres puertos movilizaron 12.8 millones de toneladas de carga, que representan el 29.4% del volumen nacional.

Turismo.

La ocupación hotelera anual promedio es del 56%. En los meses de junio, julio y agosto del 2001, Veracruz se ubicó dentro de los primeros tres lugares de ocupación en el país, con un 86.7% de la ocupación.

Estos son tan sólo algunos de los datos que el gobierno estatal promueve con el fin de atraer a inversionistas al estado y en particular hacia el puerto. Frente a lo anterior,

pareciera que la ciudad y puerto de Veracruz fue y sigue siendo el lugar idóneo para quienes pretenden emprender negocios, comenzar una nueva vida con una perspectiva de un futuro prometedor o simplemente hacer de ella un punto de destino turístico importante. Incluso hoy en día, es en este último rubro que la atención del gobierno federal se concentra al contemplar al turismo dentro del Plan Nacional de Desarrollo 2007-2012, ya que lo considera como uno de los principales sectores de desarrollo, tanto por la generación de empleos como inversiones que representa, de ahí que Veracruz pueda ubicarse dentro de los posibles lugares en los que México diversifique sus mercados, productos y destinos de la actividad turística.

Por otro lado, esto trae como resultado la afluencia de personas de localidades rurales y otras ciudades hacia estos sitios con desarrollos turísticos, como es el caso de Veracruz en búsqueda de empleo. La migración hacia estos polos de desarrollo es muy diversa. Gente de diversas regiones del país y pertenencia étnica llegan a estos espacios, como se ha mencionado.

Por lo tanto, en nuestro caso hemos de referirnos específicamente a la situación de la presencia de migrantes indígenas en el puerto, pues aunque no precisamente se incorporan a laborar en la infraestructura hotelera y de servicios para los turistas, sí participan y activamente de manera indirecta en ésta a través del comercio informal con la venta de artesanías típicas, dulces y cigarros, por lo que justamente el turismo resulta ser un una buena fuente de divisas por la venta de estos productos. Aunque quizá poco visible y numerosa, esta migración indígena en términos cuantitativos resulta ser muy significativa cualitativamente hablando cuando se abunda sobre las percepciones y modos de vida de sujetos sociales inmersos en un fenómeno, en particular como el que abordamos aquí.

Los estereotipos y relaciones interétnicas a través del tiempo varían según el contexto histórico, en momentos de tensión y confrontación, y aunado a esto si el “indio” es una fuerza de trabajo estratégica en los procesos de acumulación capitalista (Castellanos, 2003). En este sentido, la importancia de señalar al principio de este capítulo la conformación de la ciudad y puerto de Veracruz, la cual prácticamente se ha constituido por migrantes provenientes de diversos sitios tanto del país como fuera de éste, tiene que ver con el discurso que la sociedad local ha construido a través del tiempo y que se consolida cotidianamente en las prácticas sociales de los porteños con referencia a la alteridad, a los extraños, a los “otros”, que en este caso son los indígenas, y todo aquel que proviene de otras latitudes del país.

Aludir a la sociedad jarocho o porteña nos remite a una sociedad “españolizada” o “blanqueada”²², es decir, en la cultura urbana de Veracruz predomina el concepto de belleza bajo el patrón de belleza occidental y de hombre blanco. Esto puede deberse a la forma en la que se encuentra estratificada la sociedad porteña, en donde las familias de viejo cuño, descendientes de los emigrantes españoles que arribaron a mediados del siglo XIX, y ahora pertenecientes a las clases altas de Veracruz han jugado un papel importante dentro de la estructura social, económica y política de ésta, además de que son quienes han tenido mayor arraigo en el proceso de crecimiento y desarrollo de la ciudad y el puerto, dado que han ocupado un lugar importante en su trayectoria histórica figurando como un modelo a seguir por el resto de la sociedad. “El color blanco de la piel es una cualidad exclusiva de las elites, marca de distinción que se expresa en el discurso cotidiano, en la prensa, en espacios universitarios y en las zonas turísticas” (Castellanos, 2003:70). A modo de comparación, podemos leer a continuación algo que ejemplifica muy bien lo que trato de decir:

En una ciudad de reciente creación y formada por inmigrantes de variada procedencia social, étnica, regional y nacional como es Cancún, los mitos de origen para distinguirse y legitimar derechos en la ciudad están referidos al hecho de haber llegado primero, y a una supuesta idiosincrasia de los inmigrantes “fundadores” [...] los más audaces, los mejores de todas partes de la República Mexicana, los emprendedores, los que se arriesgan, los más educados y calificados, de gran valentía, que los distingue [...] de la migración masiva y pobre (indígena o no indígena que les acompañó y siguió (Castellanos y Paris, 2002).

No es de extrañar que frente a este discurso dominante, lo mismo suceda con la sociedad porteña a través de sus prácticas en torno a la imagen del indígena al interior del imaginario social colectivo, lo que trae consigo la proyección de una serie de concepciones plagadas de racismo debido a la presencia de indígenas en la ciudad, sin importar su pertenencia étnica pues, como nos dice Castellanos, “quienes sustentan el monopolio del poder de representar a los “otros” estereotipan la figura del indígena con diferentes rostros y cualidades que se distinguen por supuestas herencias biológicas y diferencias culturales, legitimando determinadas relaciones sociales”(Castellanos, 2003:11).

²² Hago referencia a la sociedad porteña con estos términos, basándome en las notas y fotografías que aparecen en la sección de sociales de periódicos locales como “El Dictamen”, en las que uno puede visualizar la notable influencia que tiene la comunidad ibérica en varios ámbitos de la vida social, política y económica del puerto a través de personajes importantes pertenecientes a las clases acomodadas, y que generalmente figuran en las páginas de este periódico destacando la imagen de éstos como modelo a seguir para la mayoría de la población perteneciente a las clases altas y medias.

De alguna manera, gracias a la revisión minuciosa de la teoría que me ha permitido analizar y entender un fenómeno de carácter empírico, poco a poco he ido adentrándome en describir y explicar elementos provenientes de mi trabajo de observación participante, por lo cual lo pertinente ahora será presentar a detalle los otros elementos de mi labor etnográfica como uno de los componentes principales del corpus de este trabajo, en donde he procurado hacer una descripción del entorno cultural y los espacios en la ciudad donde habitan y laboran dichos migrantes y donde a su vez, se gesta la interacción con la sociedad local y se producen las relaciones de contacto, añadiendo por supuesto las causas que han propiciado la migración tzotzil.

2.5. La presencia indígena.

Hoy en día, como muchos mexicanos, los indígenas han optado por emprender con mayor frecuencia desplazamientos sostenidos durante las últimas tres décadas en volúmenes importantes. Es conocido el fenómeno migratorio de los indígenas hacia las zonas metropolitanas de México, Guadalajara, Monterrey y Puebla entre otras. Asimismo, los movimientos apuntan, según las tendencias, a nuevas áreas de atracción como son las ciudades grandes y medias.

La migración del campo a la ciudad se establece como una estrategia de sobrevivencia. Las consecuencias socioculturales de ésta son muy variadas, y dependen, en gran medida, de la forma como sus respectivas identidades étnicas se ven enfrentadas al contacto interétnico o intercultural. Hay grupos indígenas que migran en familias, e incluso en grupos, lo cual les permite, de alguna forma recrear parte de su cultura en el lugar de destino. Por el contrario, hay indígenas que migran individualmente y se integran a la cultura predominante del lugar de destino; en ocasiones, en el proceso intenso de integración del indígena, éste tiende a rechazar lo propio y marcar preferencias por lo ajeno. En el caso de los grupos étnicos cuya población hablante de lengua indígena es relativamente pequeña, su dispersión a causa de la migración, repercute directamente en la continuidad y permanencia de estos pueblos, como sucede con los grupos cakchiquel, cochimí, cucapá, chichimeca jonaz, chocho, chuj, guarijío, ixcateco, jacalteco, kiliwa, kekchí, kikapu, mame, ocuítco, paipai, pima y seri, entre otros (Martínez *et al.*, 2003).

Como resultado, en las dos últimas décadas se ha producido un gran éxodo de jóvenes y adultos, mujeres y hombres indígenas, lo que ha provocado la

descampesinización y el desdoblamiento de extensas regiones rurales como es la Sierra Mixteca o los Valles Centrales de Oaxaca, cuyos pobladores se dirigen principalmente hacia los campos de Baja California, Sinaloa y Sonora, al Distrito Federal o Estados Unidos, o bien hacia el oriente de la Península de Yucatán abandonada por los mayas que se dirigen hacia Mérida o Cancún (Paris, 2003:147) .

Por otro lado, esto ha provocado también que en las ciudades los indígenas vivan en condiciones de pobreza, habiten en colonias periféricas sin acceso a servicios, trabajen en precarias condiciones laborales y que los niños no vayan a la escuela para integrarse en actividades laborales con el propósito de ayudar a proveer el ingreso familiar por medio del comercio informal o mendigando. Además, los migrantes indígenas tienen que enfrentar los prejuicios y estereotipos de la población urbana padeciendo con esto la incompreensión o el rechazo de su lengua y de sus costumbres en las instancias públicas (Paris, 2003:147)

También hay que añadir la forma física de la ciudad, la cual contribuye a expresar situaciones de cooperación y competencia, a la vez que muestra las relaciones que los actores sociales mantienen con el entorno, ya que el espacio (habitado o apropiado) funciona como una especie de simbolización del espacio social (Oehmichen, 2001).

En este sentido, para el caso de la Ciudad de México, por ejemplo, Oehmichen sostiene que la distinción indio/mestizo se expresa en el espacio físico. Entre las representaciones sociales que son expresadas por la población de la Ciudad de México, existe la tendencia a identificar “lo indígena” con personas pertenecientes al medio rural, con el trabajo agrícola, o con los sectores más empobrecidos de la población urbana. Dichas representaciones tienen un origen colonial y muestran que difícilmente puede aceptarse la presencia indígena en las ciudades (Oehmichen, 2001:182). Algo similar ocurre en la ciudad de Veracruz con los estereotipos que la población local asigna a las personas con rasgos indígenas.

Como ejemplo de esto, en el contexto del sur veracruzano durante la década de los setentas, Coatzacoalcos representaba una muestra de lo que era la cultura urbana, donde convivían diferentes grupos de población. La clase baja estaba integrada por tres estratos sociales: el popular urbano (38.3%), el campesino (20.2%) y el indígena (8%); la clase media representaba el 19.7% y la clase alta el 13.7%. La sociedad era heterogénea, cada clase y estrato mantenía sus propias costumbres de acuerdo a sus patrones culturales. La distancia social originada por la diferenciación económica no permitía la mezcla ni vida comunitaria, por el contrario, se acentuaba cada vez más la

separación de los grupos y la migración estaba directamente relacionada con la oportunidad de obtener un ingreso y el mejoramiento de los niveles de vida (Münch, 1983:1441-145).

Esta situación no parece ser distinta de la actual, ya que el motivo principal por el cual los indígenas tzotziles migran hacia Veracruz –expresado con sus propias palabras-, tiene que ver con la búsqueda de mejorar sus condiciones de vida y la de sus familias, a pesar del constante rechazo y discriminación a los que están expuestos.

En el testimonio de Genaro, encontramos lo antes mencionado:

“...una parte nosotros orita hemos recibidos que tanto comerciantes indígenas y pueblos que vienen lo que’s guerreros, oaxacas, pueblas, de chiapas. Si no los distinguen por su forma de ropa los distinguen por su forma de hablar, por el acento. Aquí en el puertos durante los catorce años que estoy, he visto muchas cosas en la ciudad..., aquí recibimos algunos golpe, recibimos algunos cárceles. Hasta las autoridades municipales como las policías, algunos indígenas han recibido agresiones, han llevado al bote sin que hagan algo, sin que sepan por qué porque no saben defenderse.

Hemos sido vistos mal siempre, damos mal imagen, cada que pasan administraciones y administraciones de las municipales nos han hablado mucho mal, de hecho el plan de ellos es que no nos quieren ver, ellos siempre nos han correteado, buscan el pretexto, buscan la manera de cómo corrernos de aquí. Yo trabajé como mesero, trabajé tres años de cocineros, trabajé de limpiezas, trabajé algún tiempo de oficinas. Todo eso pasé en la vida de cómo comenzar a trabajar y vivir aquí pero mal pagado.

Esa es mi experiencia que hemos pasado en la vida, de que en verdad cuando yo de estar aquí en la ciudad pasé hambre, pasé dolor para poder vivir en este puerto de Veracruz”.

(Entrevista a Genaro, tzotzil, 24 años, comerciante de artesanías y vendedor de dulces, Veracruz julio, 2007)

En el caso de la ciudad de Veracruz, respecto a la presencia indígena, podemos decir que ésta es relativamente reciente si dejamos de lado los antecedentes históricos que mencionamos anteriormente y que nos hablaban de una migración proveniente tanto del centro del país como del propio estado y de Oaxaca durante el siglo XVII.

Adentrados ya en el siglo XXI, basándonos en el siguiente cuadro, ponemos como ejemplo, la situación de Veracruz y otras ciudades en el año 2000, en donde podemos contrastar el volumen de población indígena que residía en éstas:

Cuadro 1.
Población en hogares indígenas por lugar de residencia, 2000*

Lugar de residencia	Población Total	Población en Hogares Indígenas	Hablantes de Lengua Indígena	% de Población en hogares
Ciudades de 500,000 a 999, 999				
San Luis Potosí	850.8	14.8	4.5	1.7
Mérida	793.4	294.0	116.6	37.1
Cuernavaca	793.3	30.3	12.1	3.8
Querétaro	787.3	14.0	4.2	1.8
Tampico	664.7	20.7	7.6	3.1
Chihuahua	657.9	15.0	5.4	2.3
Acapulco de Juárez	620.7	25.9	9.4	4.2
Villahermosa	600.6	62.0	33.8	10.3
Veracruz	593.2	17.6	6.0	3.0
Morelia**	561.4	9.8	3.1	1.8
Mexicali	549.9	12.1	3.6	2.2
Hermosillo**	545.9	9.9	2.9	1.8

*Población en miles

**Incluye las ciudades de Morelia y Hermosillo por su población cercana a los 10,000 habitantes en hogares indígenas.

Fuente: Estimaciones de CONAPO con base en el XII Censo General de Población y Vivienda 2000.

Tras presentar estos datos, podemos ahora hablar sobre la presencia de indígenas en la ciudad de Veracruz, en donde se hace mención de individuos provenientes de Guerrero, Oaxaca, Puebla y Chiapas principalmente, aunque también hay del propio estado, los cuales pertenecen a los grupos etnolingüísticos náhuatl y totonaca. Su permanencia en el puerto se remite a sólo unos cuantos días para posteriormente regresar a sus poblaciones de origen, lo que nos habla de un ciclo migratorio de tipo pendular, es decir, cuando se da la migración temporal desde el pueblo en donde la familia o el individuo tiene su residencia, hacia una sola región de trabajo para después de una temporada regresar a su casa (Lara y Carton, 2005:61).

Los totonacas, son originarios de la zona de Papantla, ubicada al norte del estado, aunque se menciona también que algunos -además de nahuas- vienen también de la Sierra norte de Puebla. Éstos se dedican únicamente a la venta de artesanías típicas de esa región, como ropa hecha con manta, extracto y vainas de vainilla para utilizarse en repostería y como aromatizante de ambiente, y juguetes de madera; los de Puebla venden servilletas de tela bordadas, pulseritas tejidas y collares de cuentas de madera;

otros se dedican al expendio de verduras en las inmediaciones de los mercados de abasto popular.

Algo que merece atención respecto al rechazo hacia la presencia indígena en la ciudad por parte de la sociedad porteña, tiene que ver, por ejemplo, que con los totonacas su presencia no es mal vista a diferencia de los toztziles. Esto tiene que ver con el argumento de algunos sectores de la población, del Ayuntamiento municipal e incluso del propio Gobierno estatal, en el sentido de que como ellos son originarios del estado de Veracruz, hay que darles preferencia y prioridad cuando se trata de atender sus demandas y necesidades al igual que con los grupos nahuas, huastecos, popolucas y los demás grupos etnolingüísticos que habitan en la geografía estatal. Cabe destacar sin embargo, que para los nahuas, esta situación varía dependiendo del lugar de origen debido a que también se da la presencia de nahuas de Guerrero, los cuales no reciben el mismo trato que los de Veracruz, ya que sobre los primeros pesa el estigma de que son muy conflictivos debido a que muchos tienen el hábito de beber alcohol, lo cual provoca su rechazo.

Los nahuas de Guerrero se dedican exclusivamente a la venta de hamacas en la zona turística del puerto, es decir, en las inmediaciones del acuario, el boulevard costero Manuel Ávila Camacho y el Paseo del Malecón, mientras que los nahuas procedentes del interior del estado principalmente de la zona de los Tuxtlas - específicamente de la sierra de San Andrés Tuxtla- se dedican a trabajar en la zona de los mercados trabajando como ayudantes en cocinas económicas y cargando y transportando mercancías y productos del campo.

La presencia de éstos, como de la gente que proviene de Oaxaca, es más difícil de identificar debido a que hay un ocultamiento de los rasgos que los definen como indígenas - el ocultamiento de la lengua materna al solo hablar español, el cambio de vestimenta, así como la adquisición de prácticas culturales y de los estilos de vida de la población no indígena -, además de que al preguntarles si pertenecen a algún grupo etnolingüístico, la mayoría lo niega.

En cuanto a las actividades laborales que realizan las personas originarias de Oaxaca - de la cual tampoco se conoce su pertenencia étnica-, hombres y mujeres también se concentran en las zona de los mercados para la venta de verduras, fritangas o se emplean como cargadores o ayudantes en general.

Algo que también es de llamar la atención -con base en los comentarios de uno de mis informantes- es que algunas mujeres oaxaqueñas trabajan en bares y cantinas

ejerciendo trabajo sexual. Esto es algo que no pude corroborar exactamente, pero que quizás no pudiera descartarse cuando se considera que las oportunidades de trabajo suelen ser muy escasas.

Esta presencia de migrantes indígenas en el municipio de Veracruz se puede corroborar en las estadísticas del Instituto Nacional de Geografía y Estadística (INEGI). Por ejemplo, en el Cuadro 2, que refiere a la población de 5 años y más que habla una lengua indígena por municipio y lengua indígena según su condición de habla española y sexo, con base en el II Censo de Población y Vivienda 2005, podemos constatar que la diversidad étnica y cultural que reside en el municipio de Veracruz es mucho mayor, aunque para el caso del puerto ésta tal vez resulte no muy visible debido a que muchos individuos logran mimetizarse entre la población local, lo que provoca que frente a los demás éstos pasen como “mestizos”, como ellos mismos llegan a denominarse:

“Desgraciadamente algunos llegados a la ciudad muchos ya se le olvidaron su lengua, ¿qué es lo que hacen entonces? Comienzan a vestir como mestizos y ya tiene su trabajo, ya tiene sus puestos. Tanto como la artesanía plaza, como donde fuiste hacer la pregunta, algunos de ahí no son mestizos cien por ciento, no son del puerto de aquí y ya aquí hacen ahora. Y ya nosotros como indígenas ya no hacemos nada, ya se les olvidaron que eran también indígenas como nosotros, entonces quieren hablar tanto como aquí en la lengua mestiza...”

(Entrevista a Everardo, tzotzil, 21 años, vendedor de artesanías, Veracruz, julio, 2007)

Cuadro 2.

Población indígena de 5 años y más que habla alguna lengua indígena por municipio y lengua indígena según su condición de habla española y sexo.

Municipio y Lengua indígena	Población de 5 años y más que habla alguna lengua materna			Condición de habla española								
	Total	Hombres	Mujeres	Total	Hombres	Mujeres	Total	Hombres	Mujeres	Total	Hombres	Mujeres
Veracruz Ignacio de la Llave	605135	295780	309355	533807	271921	261886	57290	18883	38407	14038	4976	9062
Amuzgo/1	5	2	3	5	2	3	0	0	0	0	0	0
Amuzgo de Guerrero	2	1	1	2	1	1	0	0	0	0	0	0
Amuzgo de Oaxaca	7	3	4	7	3	4	0	0	0	0	0	0
Chatino	6	1	5	6	1	5	0	0	0	0	0	0
Chichimeca Jonaz	12	5	7	11	5	6	0	0	0	1	0	1
Chocho	4	4	0	4	4	0	0	0	0	0	0	0
Chol	106	56	50	104	56	48	0	0	0	2	0	2
Chontal/1	88	54	34	83	53	30	0	0	0	5	0	4
Chontal de Oaxaca	34	17	17	24	17	17	0	0	0	0	0	0
Chontal de Tabasco	12	6	6	12	6	6	0	0	0	0	0	0

Chuj	1	1	0	1	1	0	0	0	0	0	0	0
Cora	2	0	2	2	0	2	0	0	0	0	0	0
Cuicateco	40	21	19	40	21	19	0	0	0	0	0	0
Guarijio	1	0	1	0	0	0	0	0	0	1	0	1
Huasteco	50564	25755	24809	47802	24762	2340	1934	710	1224	828	283	545
Huave	100	32	68	96	32	64	0	0	0	4	0	4
Huichol	6	3	3	6	3	3	0	0	0	0	0	0
Ixcateco	18	10	0	16	9	7	1	1	0	1	0	1
Ixil	1	0	1	1	0	1	0	0	0	0	0	0
Jacalteco	2	2	0	2	2	0	0	0	0	0	0	0
Kanjobal	1	1	0	1	1	0	0	0	0	0	0	0
Kikapú	1	1	0	1	1	0	0	0	0	0	0	0
Kiliwa	2	0	2	1	0	1	1	0	1	0	0	0
Lacandón	4	2	2	2	2	0	0	0	0	2	0	2
Lenguas chinantecas/2	16736	8038	8698	15828	7768	8060	464	104	360	444	166	278
Lenguas mixtecas/3	2308	1086	1222	2127	1040	1087	31	7	24	150	39	111
Lenguas zapotecas/4	14978	6985	7993	14392	6868	7524	134	22	112	452	95	357
Mame	2	1	1	2	1	1	0	0	0	0	0	0
Matlazinca	1	0	1	1	0	1	0	0	0	0	0	0
Maya	777	467	310	772	466	306	0	0	0	5	1	4
Mayo	4	2	2	4	2	2	0	0	0	0	0	0
Mazahua	82	39	43	76	38	38	0	0	0	6	1	5
Mazateco	8302	3920	4382	7421	3629	3792	572	164	408	309	127	182
Mixe	1866	828	1038	1808	816	992	2	0	2	56	12	44
Náhuatl	318626	155265	163361	275554	141033	134521	36506	11905	24601	6566	2327	4239
Ocuilteco	1	1	0	1	1	0	0	0	0	0	0	0
Otomí	16822	8325	8497	14045	7337	6708	2274	771	1503	503	217	286
Paipai	2	1	1	2	1	1	0	0	0	0	0	0
Pame	3	2	1	2	2	0	0	0	0	1	0	1
Papabuco	2	1	1	2	1	1	0	0	0	0	0	0
Popoloca	449	221	228	436	217	219	2	0	2	11	4	7
Popoloca/1	32292	15665	16627	29749	14774	14975	1979	714	1265	564	177	387
Popoloca de la Sierra	1232	607	625	1175	584	591	2	2	0	55	21	34
Popoloca de Oluta	28	10	18	25	10	15	0	0	0	3	0	3
Popoloca de Texistepec	1	0	1	1	0	1	0	0	0	0	0	0
Purépecha	28	13	15	26	12	14	0	0	0	2	1	1
Tarahumara	6	3	3	6	3	3	0	0	0	0	0	0
Tepehua	5481	2641	2840	5031	2538	2493	364	77	287	86	26	60
Tepehuano/1	2	2	0	2	2	0	0	0	0	0	0	0
Tepehuano de Durango	4	1	3	4	1	3	0	0	0	0	0	0
Tlapaneco	30	15	15	24	11	13	0	0	0	6	4	2
Tojolabal	7	6	1	7	6	1	0	0	0	0	0	1632
Totonaca	116044	56298	59746	101044	51293	49751	12652	4289	8363	2348	716	0
Triqui	14	6	8	14	6	8	0	0	0	0	0	3
Tzetzal	169	95	74	163	92	71	1	1	0	5	2	27
Tzotzil	1221	638	583	1110	601	509	60	13	47	51	24	0
Yaqui	3	2	1	3	2	1	0	0	0	0	0	86
Zoque	2798	1380	1418	2599	1313	1286	57	11	46	142	56	0
Otras lenguas indígenas de América	11	4	7	11	4	7	0	0	0	0	0	1

Otras lenguas indígenas de México/5	1	0	1	0	0	0	0	0	0	1	0	1
No especificado	13783	7235	6548	12101	6467	5634	254	92	162	1428	676	752

/1 Los rubros Amuzgo, Chontal, Popoluca y Tepehuano corresponden a las respuestas que declararon hablar una de esas lenguas sin necesidad de especificar la entidad o localidad.

/2 Lenguas chinantecas corresponde a: Chinanteco, Chinanteco de Ojitlán, de Usila, de Quiotepec, de Yolox, de Sochiapan, de Palantla, de Valle Nacional, de Lalana, de Latani y de Petlapa.

/3 Lenguas mixtecas corresponde a: Mixteco, Mixteco de la Costa, de la Mixteca Alta, de la Mixteca Baja, de la Zona Mazateca, de Puebla y Tacuate.

/4 Lenguas zapotecas corresponde a: Zapoteco, Zapoteco de Ixtlán, Vijano, del Rincón, Vallista, del Istmo, de Cuixtla, Sureño y Solteco.

/5 El rubro "Otras lenguas indígenas de México" incluye a las que fueron declaradas por la población, pero los especialistas las consideran extintas.

Fuente: INEGI. II Censo de Población y Vivienda 2005.

En lo que respecta a la población toztzil, hablar sobre su condición de migrantes, así como de su interacción a través de las relaciones de contacto con la población local, merece un apartado especial, debido a que éstas, reflejan en buena medida su situación de rechazo y de ser constantemente hostigados por las autoridades municipales, pues a diferencia de otros individuos pertenecientes a otros grupos etnolingüísticos que pueden llegar a pasar desapercibidos gracias a cierta invisibilidad de rasgos culturales - más no fenotípicos-, los toztziles son identificados por una serie de características relacionadas con las actividades económicas que desempeñan.

2.6. La inmigración a Veracruz.

En un primer momento el propósito de esta investigación fue trabajar con migrantes indígenas provenientes de todos los sitios antes referidos con la intención de conocer si existía la posibilidad de que se generaran relaciones de contacto entre éstos, y saber también si se generaban conflictos -fricción interétnica en términos de Cardoso de Oliveira- por la ocupación y apropiación de los espacios en la vía pública para la venta de sus mercancías, ya que la mayoría se dedica al comercio ambulante.

Sin embargo, la realidad que encontré es que prácticamente no hay contacto alguno entre unos y otros. Las relaciones sociales y económicas que establecen se dan únicamente entre miembros de su propio grupo comunitario o familiar y con la población local -aunque éstas también son mínimas-, por lo cual opté por trabajar sólo con toztziles debido a que son los que mayor presencia tienen en las calles de la ciudad

y son más fáciles de distinguir por sus atributos culturales, además de estar en constante tensión y confrontación con las autoridades municipales.

Los tzotziles de este estudio dijeron ser originarios de diversos parajes pertenecientes al municipio de San Juan Chamula en Chiapas y San Cristóbal de las Casas. Éstos argumentaron no ser expulsados ni desplazados por los conflictos religiosos y armados que afectaron a esa zona de los Altos de Chiapas a mediados de la década de los noventa, no obstante, éstas referencias serán ampliadas más adelante como antecedente de sus flujos migratorios.

Creo que es necesario mencionar también lo que se constituiría como la historia de los procesos migratorios de los tzotziles -chamulas como también se le denomina- ya que podemos decir que entre los indígenas que pueblan el territorio chiapaneco, éstos son quienes han sobresalido por su versatilidad para ajustarse a los cambios regionales, desde las prácticas de usos y costumbres y sus efectos intra y extracomunales, hasta su potencial demográfico traducido en su tendencia a expandirse territorialmente. De esta forma, el eje que articula la población tzotzil y el cambio socioeconómico regional se ha dado básicamente por su estructura demográfica (Martínez, 2002).

Como señala Rebón (2001), la migración en Chiapas ha sido particularmente heterogénea. A mediados de los noventa, Chiapas expulsaba más población de la que atraía, pero lo reducido de esta diferencia en términos relativos permitía catalogarla como una entidad de equilibrio entre emigración e inmigración permanente (INEGI, 1996). Además de tener una importante migración permanente intraestatal, Chiapas posee también una multiplicidad de formas migratorias y de movilidad, que vuelven complejo su análisis.²³

Por otro lado, los chiapanecos que emigran se dirigen principalmente a Estados Unidos, Tabasco y Veracruz (Rebón, 2001: 15).

Haciendo un paréntesis, se debe señalar como dato importante que este flujo migratorio hacia los Estados Unidos para mediados de 1997 aproximadamente, todavía era incipiente y reducido en cantidad contrastando con lo que sucede en la actualidad en donde el número ha crecido considerablemente aunque aún los datos son imprecisos y poco confiables ya que el gobierno del estado de Chiapas a través del Consejo Estatal de

²³ Migración temporal o definitiva rural-rural, rural-urbana, internacional, interestatal, intermunicipal, intramunicipal, movilidad, movilidad cotidiana internacional, migración de tránsito hacia Estados Unidos, de colonización las cuales pueden ser producto de las condiciones económicas, producto de la violencia extraeconómica, pero también producto de desastres naturales. Esta complejidad de la migración se encuentra subestimada y soslayada en muchas de sus formas por los datos censales, la escasez de encuestas que la tengan en cuenta y la baja calidad de las estadísticas vitales (Rebón, 2001: 29).

Población (COESPO), estima que hay entre 300 y 400 mil chiapanecos en Estados Unidos (Camacho y Lomelí, 2008:98). Las causas que han propiciado esta migración hacia los Estados Unidos tienen que ver principalmente con la crisis del sector agropecuario, lo que ha traído consigo que al regresar a sus comunidades de origen, los migrantes traigan consigo nuevas costumbres y hábitos que repercuten en la modificación de los estilos de vida y las relaciones sociales de los miembros de dichas comunidades (Ibíd.:126).

Como antecedente de estos movimientos migratorios ocasionados por diversos factores, a partir de la década de los setentas se da en los Altos de Chiapas un proceso de migración permanente producto de la violencia directa o extraeconómica, siendo en 1974 que se da la primera expulsión masiva con cuyo registro se cuenta en los Altos.

Las expulsiones continuaron hasta 1998, aunque con importantes variaciones a lo largo del periodo. Comenzando con la mayor cantidad de expulsados en 1974, y alcanzando también altos índices en 1976, para luego seguir produciéndose durante los ochentas y en forma intermitente, en cantidad reducida a finales de los ochenta y principios de los noventa vuelven a producirse muchos expulsados.

Con relación a los municipios en que se realizan las expulsiones, la mayoría de los expulsados, siete de cada diez provenía de San Juan Chamula. Poseían también importancia en la producción de desplazados Mitontic, Chenalhó, Zinacantán y Teopisca, aunque también ocurrieron expulsiones en otros municipios de los Altos y algunos de otras regiones de Chiapas (Rebón, 2001:34).

Las expulsiones masivas a partir de esta década por parte de los caciques fueron produciendo un movimiento masivo de población hacia San Cristóbal de las Casas y su periferia urbana y rural, así como fundando poblaciones en Teopisca.

Mientras tanto, la mayoría del pueblo chamula, en medio de una fuerte presión demográfica, erosión y fragmentación de la tierra se sumía en condiciones de semiproletarización (Robledo Hernández, 1997).

Por esos años, las dificultades para la migración definitiva producto de la fuerte presión por la tierra que trajo la expansión y el fin del reparto de tipo colonizador, también contribuyeron a atenuar la situación. La migración se había convertido en una necesidad para descomprimir la situación social de los Altos. Cuando la migración de tipo “voluntaria” definitiva, de expulsión económica, se ve obstaculizada, aparecen las expulsiones producto de la violencia directa, la migración “forzada”, como forma de migración permanente (Rebón, 2001: 34).

A la expulsión mediante la violencia directa se le suman los “expulsados latentes”, producto de la carencia de recursos.

Ambos tipos de expulsión se realizan hacia los mismos lugares de destino, lo que trae como resultado que esta migración vaya conformando la construcción de comunidades indígenas urbanas (Bentancourt Aduen, 1997).

Además, esta migración hacia la ciudad produjo importantes modificaciones en la identidad social de los expulsados. La pérdida de sus condiciones de producción de su tierra, ocurrió en forma asincrónica con la capacidad del capitalismo de incorporarlos de manera permanente como fuerza de trabajo asalariado. Por lo tanto, las diversas ocupaciones, de carácter precario e intermitente y muchas de ellas no claramente asalariadas, eran el medio de vida que los expulsados encontraban para sobrevivir en el medio urbano. Vendedores en el mercado y ambulantes para el turismo, albañiles, peones de pequeños negocios, fueron las actividades que estos migrantes encontraron (Rebón, 2001:35).

Como consecuencia de estos desplazamientos (algunos forzados por diversas variantes), la población tzotzil ha transitado por tres grandes etapas de conexión entre determinantes estructurales y condiciones endógenas que han definido sus formas de inserción en la estructura económica regional (Martínez, 2002: 260).

La articulación de la economía de subsistencia en la estructura productiva de Chiapas le asignó a la región de los Altos, mayoritariamente indígena, el papel productor de fuerza de trabajo asalariada la cual, se integra temporal o permanentemente en diferentes sectores productivos de otras regiones del estado (Norte, Soconusco, Valles Centrales, Selva), y más recientemente fuera del mismo, en Tabasco o en el centro turístico de Cancún (Pérez Enríquez, 1994)²⁴

La primera etapa se puede visualizar en las narraciones de Ricardo Pozas (1952), en las fincas cafetaleras, las cuales sobresalen al exponer las condiciones de trabajo, los niveles salariales y el papel del sistema de enganche, así como por las constantes alusiones respecto a la importancia cuantitativa de la participación tzotzil y de su fuerte dependencia del trabajo migratorio.

Ante un proceso económico de cobertura regional, como lo fue el auge y consolidación de la cafecultura en Chiapas, la comunidad tzotzil lo asumió como parte

²⁴ Según esta autora los lugares de destino tienden a diferir según cada grupo étnico y en el interior de los mismos según la localización geográfica de la comunidad de pertenencia.

de sus prácticas de reproducción, consistente en complementar el producto de sus frágiles economías domésticas con dinero proveniente del trabajo asalariado.

La segunda etapa se constituye por el proceso de industrialización energética, de terciarización y desarrollo urbano de Chiapas y del sureste de México que abarca de 1970 a 1980, en donde el grupo étnico de referencia habría de alcanzar una notable participación a través de su diversificación ocupacional. En un estudio realizado por Wasserstrom hacia finales de la década de 1970, se señala que la población tzotzil se estratificaba en tres sectores: una elite política y económica que controlaba la distribución de cargos políticos, el expendio de aguardiente y el transporte de carga y pasajeros; otro grupo, un poco más grande, de pequeños horticultores, así como una masa empobrecida por familias campesinas cuyo principal sostén seguía siendo el trabajo migratorio eventual.

La tercera etapa ocurrió en el tránsito de jornalero agrícola a peón de albañilería que experimentaron los tzotziles en el contexto de la industrialización hidroeléctrica y petrolera del estado de Chiapas, así como de la emergencia del sector turístico en la Península de Yucatán. Este periodo da cuenta también de la asunción del grupo etnolingüístico y de otros de la región de los Altos en el comercio de artesanías, frutas y verduras en las principales ciudades de Chiapas y el sureste de México (Martínez, 2002:262) –incluso esto sigue vigente en ciudades como San Cristóbal de Las Casas y Tapachula, Villahermosa en Tabasco, Cancún y Playa del Carmen en Quintana Roo, Mérida en Yucatán y el Puerto de Veracruz, siendo en ésta última donde hemos llevado a cabo nuestra investigación.

Precisamente, Angulo (1994) señala la importancia que tuvo para los indígenas especialmente tzotziles, el comercio en ciudades como Villahermosa, Coatzacoalcos, Mérida y en zonas turísticas de Quintana Roo (Angulo, 1994). Aunque todavía no se ha documentado, también existen evidencias sobre las migraciones temporales que los tzotziles llevaron a cabo en calidad de peones de albañil cuando se alzaban los grandes complejos turísticos en Cancún y Quintana Roo. Es obvio que estos procesos socioeconómicos regionales han derivado en la generación de mayores opciones de empleo para los grupos etnolingüísticos de la entidad chiapaneca, y con ello, la diversificación de formas de sobrevivencia.

Las estancias laborales fuera de la comunidad, primero en las fincas cafetaleras y después en los complejos energéticos, turísticos y en las ciudades, se alternaron siempre

con el trabajo agrícola, y en general con la economía doméstica arraigada en sus lugares de origen:

“La gente sale de sus comunidades no por gusto sino por situaciones ajenas a su voluntad en cuestiones de economía. Lamentablemente, en Chiapas hay mucha pobreza, ahí tan sólo se concentran aproximadamente de cuarenta a cincuenta de los municipios más pobres de la república y no se le llamaría pobreza extrema sino pobreza lacerante, por lo cual salen para acá y a otros lados para poder conseguir que comer y otras cosas. En Chiapas no hay empresas ni tampoco zonas turísticas por excelencia como aquí, por eso es que la gente migra.”

(Entrevista a Anselmo, tzotzil 28 años, vendedor de dulces y artesanías, Veracruz, mayo, 2007).

Por otro lado, habría que señalar también, la importancia que tuvo para mediados de la década de los noventa y como parte de estos procesos de expulsión violenta, el desplazamiento de mucha personas de sus comunidades debido al alzamiento armado del EZLN (Ejército Zapatista de Liberación Nacional) contra el Gobierno Federal el primero de enero de 1994, lo que provocó el éxodo de grandes contingentes de personas, principalmente hacia otros municipios de Chiapas a partir de ese año y hasta 1998 aproximadamente. Por su cercanía a las comunidades donde se focalizó el conflicto, muchos se desplazaron hacia otros municipios de la región, mientras que otros fundaron municipios autónomos como base de las fuerzas zapatistas.

La Comisión Nacional de los Derechos Humanos estima que para 1994 había entre 15,000 y 30,000 indígenas tzotziles y tzeltales expulsados de sus comunidades (Estrada Martínez, 1995).

Desde 1994 el conflicto armado produjo nuevos desplazados en algunos de los municipios antes mencionados.

Muchos también fueron los que se vieron obligados a movilizarse a consecuencia de los conflictos religiosos dentro de estos mismos municipios. El desalojo fue principalmente de personas que abandonaron el culto católico tradicionalista para formar parte de grupos evangélicos o pentecostales, lo que incluso llegó a ocasionar crímenes violentos al interior de las propias localidades:

“A muchos por cuestiones religiosas les han quitado sus casas, sus tierras, sus patrimonios, y por eso muchos quedan errantes y no les queda otra más que migrar.”

(Entrevista a Rutilio, tzotzil, 35 años, vendedor de artesanías, Veracruz, junio, 2007).

En buena medida estos han sido algunos de los factores que han propiciado la migración de los tzotziles. Sin embargo, cabe mencionar que la presencia importante de población indígena con residencia permanente en ciudades cuya economía poco tiene que ver con el medio rural, ofrece la oportunidad de realizar los primeros acercamientos sobre las formas de vida que asume la población indígena como expresiones de un proceso de cambio respecto a su comunidad de origen (Martínez, 2002).

En los trabajos de Castellanos y París Pombo (2003) sobre la presencia de indígenas en ciudades del sureste mexicano como Mérida y Cancún, encontramos esquemas similares en nuestro trabajo, lo que nos permite ampliar la documentación en torno a lo que acontece a los migrantes indígenas en las ciudades, en este caso, de los que llegan a Veracruz.

2.7. ¿Cuándo y cómo llegaron?

Sobre la llegada de los primeros migrantes tzotziles hacia el puerto de Veracruz, los dirigentes tzotziles lo manejan sin exactitud, indican que arribaron a mediados de la década de los noventa, sin embargo, el flujo aumentó alrededor del año 2000. Las fechas se manejan tentativamente debido a que no hay ningún tipo de registro que documente su presencia salvo los censos de población que tampoco son muy exactos ya que el Censo de Población y Vivienda del 2000 no registra población flotante en predios irregulares puesto que la mayoría de los tzotziles viven en espacios denominados cuarterías que más adelante describiré.

En esta migración de carácter propiamente laboral, las primeras y escasas experiencias de inserción en la ciudad de Veracruz fueron complicadas pero abrieron la pauta para que posteriormente y hasta el día de hoy la migración temporal y permanente de muchos de ellos siga efectuándose, aunque se debe hacer notar que partir de éstas, se difundió en las diferentes comunidades o parajes pertenecientes al municipio de San Juan Chamula - principalmente Mitontic, Oxchuc, Tecpatal, San Juan Bautista Grande, además de San Cristóbal de las Casas- de donde provenían quienes inicialmente se aventuraron hacia el puerto, la idea de que en Veracruz se podía trabajar, ganar dinero y vivir un poco mejor. Conforme los primeros migrantes lograron establecerse en el lugar

de destino, paulatinamente comenzaron a convencer a sus parientes y amigos a unirse a ellos en su travesía. De esta forma, se fue ampliando progresivamente el interés y el reclutamiento para este flujo migratorio incipiente.

En su etapa reciente, los primeros flujos migratorios estaban conformados casi prácticamente por hombres, la mayoría de ellos jóvenes. La experiencia de Jacinto ilustra muy bien esta situación:

“Yo llegué aquí a Veracruz hace como seis años, un cuñado que vino para acá trabajar fue el que me trajo aunque orita él ya no está. A veces mucho así sucede con los paisanos cuando van de visita para el pueblo estando acá. Y si les pregunta uno si hay trabajo en donde están les pide una ayuda. Así, se traen sus chalancitos, lo pagan, le dan de comer, le pagan sus rentas y ya luego que se junta un dinero ya uno se mueve por su propia cuenta”.

(Entrevista a Jacinto, tzotzil, 23 años, vendedor de dulces, Veracruz, julio, 2007)

Al inicio la migración fue muy esporádica. No contaba con infraestructura, contactos ni redes sociales en el puerto. Algunos antes de llegar a Veracruz, hacían escala en Villahermosa, Tabasco, donde permanecían un tiempo y lograban trabajar en lo que fuera posible; después, proseguían su marcha hacia el puerto. En este aspecto, esta primera etapa se caracteriza por el desarrollo gradual de redes sociales que poco a poco se fueron ampliando conforme siguieron llegando más familiares, amigos y paisanos.

En aquel entonces muchos llegaban solos y alejados de sus familiares, sin embargo, el apoyo entre amigos y paisanos resultaba de gran ayuda. En la actualidad esta dinámica sigue funcionando.

Algo que también podemos agregar en este sentido es la diferencia que podemos encontrar de estas primeras migraciones a las de hoy, la cual radica en la presencia y apoyo de redes sociales y asociaciones civiles establecidas en el puerto, las cuales se han conformado por miembros del mismo grupo etnolingüístico sin importar la comunidad de origen de donde provienen, puesto que algunos tienen ya tiempo considerable de residir en el puerto.

Haciendo un breve paréntesis, merece atención especial referir conceptual y teóricamente sobre las redes sociales con el propósito de tener una idea clara de lo que representan y la manera en la que funcionan al interior del proceso migratorio. Algunos autores como Stephen Castles definen a las redes sociales como “las redes informales

desarrolladas por los migrantes para enfrentar la migración, la llegada y el asentamiento” (Castles *et al.*, 1993). Por su parte, Massey (2000:5-50) las define como “conjuntos de lazos interpersonales que conectan a los migrantes y no-migrantes en las áreas de origen y de destino mediante el parentesco, la amistad y el hecho de compartir un origen común”. Entre ambas definiciones, considero la segunda como más viable, dado que con base en las observaciones de campo, dichas redes son utilizadas en el marco de la migración, lo que permite que éstas se extiendan y se refuercen a través de sus miembros.

En relación con las formas que siguen para movilizarse de sus lugares de origen hacia el puerto, hay que mencionar los medios de transporte más usuales, entre los que destacan los autobuses foráneos como la línea ADO (Autobuses De Oriente), que sale de la ciudad de San Cristóbal de Las Casas. Aunque también hoy en día otra alternativa para trasladarse y que ha tenido mucha efectividad es la renta de camionetas. Al agruparse determinado número de personas -ya sean familias completas u hombres jóvenes solos-, se paga al propietario de los vehículos para que uno de sus trabajadores los lleve directamente hasta el puerto, facilitando así el traslado de las personas en menor tiempo, aunque en condiciones menos cómodas. Sin embargo, esta situación se ha prestado a diversas percepciones y comentarios que han circulado en algunos sectores de la sociedad porteña, argumentando que hay una o varias personas que “explotan” a los y las indígenas y los ponen a trabajar. Este tipo de comentarios se difunde entre quienes se dedican al comercio establecido e informal, además de las propias autoridades municipales. Incluso esto ha motivado notas en los periódicos y la televisión local debido a que manifiestan que han presenciado que cuando los indígenas van llegando a la ciudad -específicamente hacia la zona del centro histórico, pues ahí se da la mayor concentración de éstos debido a que la mayoría llega a residir en las inmediaciones del lugar, además de ser el punto principal en el que éstos laboran- todos van descendiendo de camionetas de reciente manufactura, por lo que sospechan que hay alguien que se aprovecha de ellos poniéndolos a trabajar sin importar incluso si son menores de edad, lo que nos hablaría de redes de explotación de personas.

La cuestión fue que al tratar de indagar sobre este asunto con la población migrante, existe mucha reticencia de parte de los indígenas para dar información sobre esto, así que sólo queda cierta especulación a partir de lo que la población local observa y difunde por diversos medios de comunicación.

No obstante, en otro testimonio, se hace presente este tipo de percepciones de la población porteña:

“...es como dicen, es que los explotan. Cuantas veces me han levantado falso testimonio, que yo traigo un carro del año, que yo traigo todos los paisanos, que yo lo pongo a chambear todos, esa es excusa de las autoridades municipales en cuestión de que no nos quieren ver aquí en el puerto de Veracruz. No cabe duda que si, algunos indígenas también así como yo o como otros, que veo que un indígena no hay con que trabajar, no tiene chamba pues entonces como le vuelvo a repetir a los comercios: “así como ustedes también buscan sus empleos, tienen hasta cinco o seis personas ¿Quién les puede quitar el derecho de que no tengan empleo?”. Entonces, si los indígenas también alguien ya tienen su trabajo y tienen mercancías le puede decir a un paisano: ¿sabes qué? ponte chambear y te pago tanto pero paga lo que es justo. También se necesita ayudar unos a otros, si me dice “dame trabajo” ni modo que le voy a decir que no si lo tengo y está a mi alcance, está en mi poder.”

(Entrevista a Ruperto, tzotzil, 25 años, vendedor de dulces y artesanías, Veracruz, junio, 2007).

En otro ámbito, respecto a las asociaciones u organizaciones que en párrafos anteriores mencionamos, encontramos a la OINACH (Organización de Indígenas Necesitados de los Altos de Chiapas, A.C.), la cual se constituyó legalmente en 2001 en la ciudad de Xalapa, y se originó con la idea de ayudar a niños indígenas de las comunidades situadas geográficamente en Los Altos de Chiapas, sobre todo en cuestiones de alimentación, educación y salud aunque posteriormente, la ayuda se amplió hacia la población migrante, que comenzó arribar al puerto. Una vez que se supo de la presencia de éstos, y se establecieron los primeros contactos con los representantes de la organización, se empezó a brindar ayuda a todos aquellos que deseaban adherirse a ésta:

“La asociación civil digamos que se originó con la idea de poder ayudar en algo a nuestros paisanos y niños indígenas principalmente en las comunidades, ya que nosotros personalmente sufrimos esa situación y viendo que había muchas asociaciones civiles y que podían constituirse legalmente y pedir recursos ante instituciones privadas o del gobierno, o a la sociedad en general, quisimos formalizar una aunque desde que se inició no ha sido fácil sobrellevarla. Inicialmente nuestro interés era llevar algún tipo de apoyo hacia los niños de las comunidades indígenas, pero al estudiar el acta constitutiva, ésta decía que nosotros somos la voz de los indígenas ante autoridades municipales, ante derechos humanos y ante otras instituciones que puedan apoyarlos en cuestiones de vivienda, educación, salud, entonces decidimos agrupar a la gente para tener el respaldo de ellos y que también se respalden con nosotros porque se cohibían al hablar, por eso empezamos a agruparlos y ese es el propósito de la asociación, reunir recursos económicos para fines altruistas”.

(Entrevista a Don Andrés, tzotzil, representante de la OINACH, Veracruz, julio, 2007).

Como parte de la ayuda que destinan a los migrantes llegados al puerto, es necesario que la OINACH cuente con un registro de los individuos que solicitan su apoyo con el propósito de tener una idea más precisa del número de personas provenientes de las comunidades chiapanecas para tener un control de sus miembros y de los apoyos que les prodigan. En cifras tentativas por parte de la organización, se tienen contabilizados alrededor de entre 400 y 450 migrantes tzotziles, entre hombres, mujeres y niños de diversas edades que habitan dispersos por la ciudad de Veracruz y en el municipio de Boca del Río, el cual se ha convertido en zona conurbada debido a la expansión de la población de ambos municipios, aunque como ya mencionamos, la mayoría habita en las inmediaciones del centro histórico de Veracruz.

Desafortunadamente estas cifras, proporcionadas por Don Andrés, representan lo más cercano que se tiene en cuanto a datos cuantitativos para tratar de conocer la cantidad de migrantes tzotziles llegados al puerto, dado que por parte de las autoridades municipales no se tiene registro alguno sobre la presencia de indígenas en la ciudad. Incluso en la CDI (Comisión Nacional para el Desarrollo de los Pueblos Indígenas) estatal con sede en la ciudad de Xalapa, no existe censo alguno que permita saber cuál es el porcentaje de migrantes indígenas en todo el estado. Los únicos datos que se pueden consultar son los de los censos de población y vivienda del INEGI del año 2000 y el conteo de población del 2005, de los cuales presenté lo relacionado con el municipio de Veracruz, y a lo cual don Andrés agrega:

“Se tiene un cálculo de unos cuatrocientos cincuenta pero hay más, tan sólo aquí en la asociación tenemos agrupados como cien entre Boca del Río y Veracruz, aparte de los de la UGOCP, pero hay muchos que son independientes y que no están con ningún grupo y esos son los que no podemos contabilizar pero si hay un número bastante grande aquí en Veracruz.”

Otra organización que aglutina a un considerable número de migrantes tzotziles, es la UGOCP (Unión General Obrera Campesina y Popular), la cual supuestamente defiende los derechos de sus agremiados para poder ejercer el comercio en la vía pública. Tras las observaciones pertinentes, hay que destacar la pugna con el Ayuntamiento por obtener espacios para vender en la vía pública a través de las

negociaciones establecidas incluso con el secretario de gobierno estatal Reynaldo Escobar en representación del gobernador del estado Fidel Herrera Beltrán. Hay que señalar que en los constantes enfrentamientos con la fuerza pública, la realidad es que los indígenas toztziles llegaron a actuar como carne de cañón en donde la mayoría eran mujeres las que estaban al frente y quienes también han tenido mayor participación en el proceso de negociación:

“Ha pasado que como algunos paisanos por querer solucionar sus problemas rápidos, han optado por unirse a otras organizaciones políticas pensando que ahí los van a solucionar pero lamentablemente lo que se ha logrado es manchar la imagen de los chiapanecos porque lo que hacen es que los ponen por delante para hacer los reclamos y para hacer alborotos pero cuando ya se logra algún objetivo ya dicen que lo logró la organización pero no los chiapanecos.”

(Entrevista a Vicente, tzotzil, 30 años, vendedor de artesanías, Veracruz, julio, 2007).

Básicamente, este ha sido el mayor conflicto que la población tzotzil migrante ha sostenido con la sociedad local a través de su Ayuntamiento. Todo con el propósito de que les permitan ejercer el comercio en la vía pública, para lo cual optaron por integrarse a la UGOCP con el fin de obtener un espacio en un terreno que el Ayuntamiento le concedió a los miembros de la organización en las cercanías del malecón, el cual es conocido ahora como “El Cajón” y en donde finalmente unos cuantos toztziles obtuvieron un lugar, entre estos Zeferino, uno de mis informantes clave, quien refiere que ahora incluso los comerciantes que están ahí tampoco los quieren con ellos.

Esto se relaciona con lo que Sánchez (2007), señala sobre aquellas organizaciones más formales que se conforman por hablantes de varias lenguas o hablantes de una misma lengua originarios de diferentes pueblos o regiones tomando como ejemplo, lo que Thacker (1993) refiere en cuanto a que existen algunos grupos que han desarrollado alianzas con instituciones que manejan y venden sus proyectos al mejor postor, ya que son grupos que se acomodan al grupo o partido político que pueda darles pronta respuesta a sus demandas y que se prestan a acarreo políticos, son peticionarios y asistencialistas (Sánchez, 2007: 362).

Aunado a esto, debemos describir también las prácticas cotidianas que ejercen para obtener sus medios de subsistencia así como de los espacios físicos de la ciudad en los que las desempeñan, sin omitir desde luego las condiciones de los lugares en que

habitan, espacios públicos y privados en los que buena parte de las relaciones interétnicas se producen con los sujetos pertenecientes a la población local, aunque también con turistas y gente foránea o con todo aquel con quien se encuentran en su tránsito por la ciudad.

2.8. Formas de vida y prácticas económicas.

Al igual que los mazahuas en la Ciudad de México, la vida cotidiana de los tzotziles en la ciudad de Veracruz se estructura en torno a las actividades de subsistencia, debido a que la mayoría labora en la economía informal en la que participan todos los miembros del grupo doméstico (Oehmichen, 2005:182). En las experiencias narradas por los entrevistados, se puede visualizar la situación y las condiciones que los migrantes indígenas viven día con día en su casi nula interacción cotidiana con miembros de la sociedad porteña, la cual se debe por un lado a las limitaciones del monolingüismo principalmente entre las mujeres. Prácticamente el vocabulario en español que detentan tanto hombres como mujeres se remite a transacciones de carácter económico, es decir, las pocas palabras que conocen en español son utilizadas para cuando la gente les pregunta el precio de una mercancía.

Comúnmente, la interacción comunicativa entre ellos se da en lengua tzotzil, aunque son los hombres quienes suelen hablar un poco más de español, de ahí que la mayoría de mis informantes fuesen personas del género masculino, además porque los hombres, no permiten que las mujeres entablen conversación con otros hombres, esto como una forma de control social al interior de los mismos grupos de pertenencia.

No obstante, el hecho de no expresarse abiertamente en español resulta ser una estrategia que les es útil para evitar conflictos con los inspectores del comercio informal y con los vendedores de artesanías del malecón. Para que un toztzil pueda entablar una conversación con un “mestizo”, como ellos llaman a los no indígenas, tiene que haber mucha confianza de por medio:

“Ellos definitivamente no cruzan palabras con nosotros. En cuanto ven que intentamos acercarnos ellos salen corriendo.”

(Entrevista a la Lic. Adriana Ureta, Coordinadora del Programa del DIF en Boca del Río, julio, 2007).

Esta situación podría concordar con lo que Martínez Casas analiza de los mecanismos y estrategias de significación cultural que utilizan los migrantes otomíes en Guadalajara, ya que las situaciones de interacción asimétricas como las establecidas por estos migrantes con los miembros de la comunidad receptora pueden poner mecanismos muy elocuentes de negociación (Martínez Casas, 2006:10).

También esta limitación lingüística fue un problema para mí al momento de realizar las entrevistas y aplicar los cuestionarios, ya que durante todo el tiempo que realicé el trabajo de campo estuve acompañado por Zeferino uno de los líderes toztziles, quien fungió como traductor e interprete frente a sus paisanos, lo que me facilitó la interacción con éstos y ganarme su confianza para acceder también a los sitios en los que viven.

Como referí anteriormente, el mayor número de migrantes vive en cuarterías ubicadas en el primer cuadro de la ciudad. Estas cuarterías son pequeños cuartos de 4x4, ubicados en su mayoría en edificios viejos, como el hotel “Del bosque”, que se encuentra en la calle de Reforma, y en el que reside un número importante de tzotziles. Muchos de estos cuartos se encuentran en condiciones deplorables en los cuales llegan a albergarse hasta seis individuos, quienes habitan en condiciones de hacinamiento. La mayoría duerme en el piso sobre cartones, cuentan con pocas pertenencias además de las mercancías que venden, y en su mayoría son jóvenes que oscilan en edades de entre los dieciséis hasta los treinta y tantos años de edad:

“Ahorita aproximadamente he de tener aquí viviendo como a unos setenta entre hombres, mujeres y niños. Tendrá desde hace como tres años que empezaron a llegar cada vez más porque antes yo tenía nada más dos familias y venían quince días, un mes por máximo y se iban enseguida. Ahorita si vienen a veces por dos o tres meses algunos, algunos hasta por cinco meses. No se están todo el año, pero si se agarran algunos hasta cinco o seis meses para quedarse y ya que hacen una lana pues se van.”

(Entrevista a la Sra. Carmen, 38 años, propietaria del hotel “Del bosque”, Veracruz, julio, 2007).

Hay que aclarar que quienes viven en dichas condiciones se debe a que muchos son recién llegados al puerto, pues cuando salen de sus comunidades de origen apenas si llevan consigo unas cuantas pertenencias. Gradualmente, conforme vayan adecuándose a la ciudad, lleven tiempo de residir en ésta y tengan una entrada fija de dinero con las

actividades que desempeñen, irán adquiriendo cosas que consideran útiles y que incluso en su comunidad ni siquiera hubieran soñado con tener, como ocurre con hacerse de una grabadora que toque discos compactos, un reproductor de dvd y una televisión a color, ropa como la que usan los mestizos, lociones y un sinnúmero de artículos que nunca habían tenido, sin embargo, estas posesiones materiales no modifican sus condiciones de hábitat, de carencias y rechazo.

El hecho de residir ahora en la ciudad cambia notablemente para muchos la perspectiva que se tiene de la realidad, en comparación con las condiciones en las que vivían en su comunidad, donde las carencias de todo tipo son la constante de cada día.

Cuando le pregunté a Ramón, un niño de doce años, que le gustaba más, si la ciudad o la comunidad de donde provenía, con el fin de establecer una comparación en cuanto a las preferencias de los migrantes, éste me respondió:

“Me gusta más aquí que allá, porque donde aquí vivo, el piso es de cemento y allá es de tierra y la casa es de madera. Aquí no voy a la escuela porque tengo que ayudar a trabajar pero siempre tengo dinero en la bolsa cuando antes ni siquiera podía tener un peso. Además aquí hay cosas más bonitas...”



Ramón y su cajón de dulces.

No obstante, las condiciones de vida en la ciudad en contraste con las de la comunidad parecen no tener mucha diferencia si se trata de poder ahorrar algo de lo que se obtiene con ejercer el comercio ambulante:

“La diferencia de vivir aquí a la comunidad, es que aquí no faltan uno o dos pesos diarios en la bolsa. En cambio allá, nunca se tiene dinero suficiente pero de que la pasemos mejor viviendo aquí la verdad no, pues para ahorrar tenemos casi que malcomer, estar hacinados en un sólo lugar, estar insalubres, y esa es la manera en la que podemos ahorrar.”

(Entrevista a Marcelino, tzotzil, 22 años, vendedor de artesanías, Veracruz, mayo, 2007).

Ya instalados en la ciudad, debido a que las oportunidades de empleo son muy escasas por no contar con referencias de trabajos anteriores, niveles de escolaridad adecuados –generalmente llegan hasta el cuarto o quinto de primaria, pocos son los que la concluyen mientras que muchos, tanto hombres como mujeres, ni siquiera saben leer y escribir- y de competitividad, pero principalmente por su condición de indígenas, los migrantes se ven obligados a autoemplearse en el comercio informal desempeñado todo tipo de actividades como lustradores de calzado, vendedores de artesanías, cinturones y gorras, dulces y cigarros.

Debido al tipo de actividades que realizan, esto los hace más visibles y fáciles de identificar en las calles de la ciudad por el “cajón” de madera en el que traen expuestas sus mercancías, además de que generalmente son hombres jóvenes y niños los que se dedican a esta actividad. Incluso esta es la forma en la que la gente del puerto los identifica como los “chiapanecos”, “los chiapitas” o “los que vienen de Chiapas”.

Igual sucede con las mujeres, quienes se distinguen por llevar puesta su indumentaria tradicional, a la vez que conforman grupos de tres a cuatro individuos, acompañadas por sus hijos pequeños, a quienes llevan en el rebozo o por un lado de ellas si están ya en edad de caminar. También se hacen acompañar por niñas de entre seis y diez años de edad, las cuales comienzan a aprender el oficio de vender en la vía pública. Las mujeres van caminando sin detenerse en un lugar fijo debido a que los inspectores del comercio ambulante pertenecientes al ayuntamiento, les prohíben establecerse en un solo sitio, lo que las obliga a tener que “torear” a los inspectores para poder vender:

“Donde comúnmente se ven es en el malecón, en los portales, en la calle Independencia pero ahorita nada más los dejan que caminen vendiendo sus mercancías. Ya les prohibieron establecerse, incluso ni a los que son de aquí de Veracruz ya ve que incluso a los que acomodaron ahí en el que le dicen “el cajón” ya también los quieren desalojar. La mayoría son dulceros, chicleros, boleros, venden cinturones, puros, blusas, jorongos, muñecas, artesanías.”

(Entrevista a la Sra. Carmen, 38 años, propietaria del hotel “Del bosque”, Veracruz, julio, 2007).

Como hemos venido señalando, a partir de las actividades laborales que desempeñan los migrantes tzotziles, éstos han mantenido relaciones de contacto conflictivas con la sociedad porteña a través de las autoridades municipales y sus inspectores de comercio, y por otro lado, con los comerciantes establecidos del malecón y otros comerciantes ambulantes no indígenas:

“En cuánto a la aplicación del reglamento que regula la actividad comercial si hemos tenido algunos conflictos con ellos pero que no han llegado a mayores. Más que nada, ha sido con los inspectores porque ellos se oponen a veces a requerimientos que les solicitan los mismos inspectores, pero no se ha llegado a los extremos de llegar a los golpes simplemente ellos insultan a los inspectores.”

(Entrevista a Luis Martínez, Jefe del Departamento de Comercio del Ayuntamiento de Veracruz, agosto, 2007.)

Esto tiene que ver con que el comercio ambulante ha representado la salida más viable y, a veces, la única para la fuerza de trabajo más impreparada y para los grupos domésticos que teniendo una economía muy precaria requieren de la participación activa de todos o casi todos sus miembros en las labores de aprovisionamiento. A estas circunstancias se debe la notoria presencia de mujeres y niños en dicha actividad (Oehmichen, 2005: 196). Entre las mercancías que van ofreciendo, usualmente suele ser ropa típica y artesanías de Chiapas; las niñas, por otro lado, venden pulseritas tejidas.

Hombres, mujeres, niñas y niños de corta edad, deambulan por toda la ciudad expidiendo sus mercancías. Muchos se ubican en las avenidas principales al lado de los limpiaparabrisas, los vendedores de periódicos y de tarjetas para teléfonos celulares con el propósito de vender sus productos o para pedir limosna en el caso de los más pequeños.

No existe un horario fijo para desempeñar su jornada laboral, la cual comienzan desde muy temprano y termina hasta altas horas de la madrugada. Los niños permanecen hasta la una o dos de la mañana vendiendo dulces y cigarros, ya que la afluencia de personas por las noches es considerable hacia los portales del zócalo debido a los restaurantes que hay en el lugar, así como por los numerosos bares y

cantinas que están a los alrededores, lo que propicia que un buen número de niños y jóvenes ande rondando por estos sitios en espera de venderle a todo aquel que entra y sale de los establecimientos.



Los “chiapitas” como las llaman los porteños.



Las ganancias que obtienen no son muy sustanciales, pero les permiten pagar el espacio en el que viven, alimentarse y adquirir otro tipo de cosas como ropa, calzado y todo tipo de objetos, además ahorrar algo de dinero que les permita retornar a su comunidad para aportarlo a la familia.

En cuanto al tiempo de residencia en la ciudad, la permanencia en el puerto varía entre unos y otros. Algunos argumentan que van a su pueblo cada tres meses a visitar a sus familiares, y de paso aprovechan para traer mercancía como la ropa y las artesanías que venden, las cuales consiguen en la ciudad de San Cristóbal de las Casas. Otros se regresan cuando la temporada de ventas es baja por la poca afluencia de turistas, mientras que otros lo hacen una vez al año diciendo que “van de vacaciones”. Sin embargo, la mayoría sólo reside unos cuantos meses para regresar a su localidad de origen, mientras que otros optan por vivir entre el pueblo y la ciudad durante varios años. Son pocos los que en realidad deciden vivir definitivamente en Veracruz sin desligarse por completo de su pueblo:

“En noviembre es cuando casi no hay nadie hay aquí ya que se van a sus pueblos para la fiesta de día de muertos pues según es una fiesta que dura casi una semana y la mayoría se van. Eso lo sé porque ellos me lo han comentado y eso porque me llamaba la atención y se los pregunté ya que se me hacía raro que en noviembre todos se iban a la fiesta de no sé que.”

(Entrevista a la Sra. Carmen, 38 años, propietaria del hotel del bosque, Veracruz, julio, 2007).

Algo que merece ser explicado es este supuesto “ir de vacaciones”, como ellos lo llaman, el cual tiene que ver con cumplir algunas obligaciones en el pueblo de carácter religioso y festivo, como asistir el primero y dos de noviembre para la fiesta de Día de Muertos, cumplir con el cargo para la realización de la fiesta del santo patrono de la comunidad, o a sembrar la milpa con base en el ciclo ritual agrícola que cubre los meses de junio, julio y agosto, aunque algunos de los que llevan años viviendo en el puerto han dejado de cumplir con estas obligaciones que los ligan como miembros de sus comunidades:

“Algunos se van por un año cuando tienen digamos algún cargo de la comunidad como de la directiva de agua potable, síndicos o lo que sea, se tienen que quedar un año a la fuerza porque si no les cobran una multa de aproximadamente cincuenta mil, pesos, o pierden sus derechos de vivir en su comunidad, entonces se ven obligados a quedarse y a restringirse económicamente durante todo ese tiempo. Algunos se van porque tienen que atender alguna milpita o por fiesta porque muchos son tradicionalistas, por ejemplo, la fiesta de San Juan Chamula, la fiesta de carnaval y de otras tradiciones, entonces a eso van, ya por costumbre.”

(Entrevista a Juan, tzotzil, 31 años, vendedor de artesanías, Veracruz, junio, 2007).

Partiendo de este fragmento testimonial, es meritorio mencionar lo que Sánchez refiere cuando pretendemos hablar sobre migración indígena, enfatizando la importancia que se debe asignar al estudio de las características comunitarias, esto es, a las formas de organización y funcionamiento de las comunidades indígenas a las que pertenecen los migrantes con el propósito de entender la complejidad de los flujos migratorios indígenas en donde la autora toma como ejemplo, el sistema de cargos el cual, considera que contribuye a fortalecer la cohesión y organización interna de la propia comunidad (Sánchez, 2007: 354).

Hasta el momento, nos hemos referido a las condiciones de vida y a las prácticas que ejercen los migrantes indígenas en la ciudad para sobrevivir e interactuar con la población receptora a partir de elementos sustraídos de la descripción etnográfica.

De cierta manera, hemos tratado de conocer las formas en las que se dan los desplazamientos de los indígenas toztziles desde sus lugares de origen hasta la ciudad de Veracruz, haciendo un breve recuento de la historia de sus migraciones, y pasando también por la conformación de redes sociales, organizaciones civiles y de carácter partidista que apoyan a los migrantes en su permanencia en la ciudad, en la búsqueda de espacios en la vía pública para ejercer el comercio pero también en sus constantes conflictos y confrontaciones con las autoridades locales.

Específicamente, es en este punto en el que, a mi parecer, podemos ubicar buena parte de las relaciones de contacto, y en donde ocurre la fricción interétnica. Esto debido a los intereses políticos y económicos que la clase hegemónica local, conformada por funcionarios públicos y comerciantes ejerce sobre una clase subalterna como la población indígena migrante, situándola en una posición de subordinación, y en donde también entran en negociación diversas estrategias por parte de los indígenas para insertarse podríamos decir, de cierta forma más exitosa en el contexto urbano del puerto veracruzano, a partir de lo que denominaríamos el establecimiento de nuevas relaciones de etnicidad, definida ésta como un aspecto de las relaciones sociales entre agentes que se consideran a sí mismo como culturalmente diferentes de los miembros de otros grupos con los que tienen algún tipo de interacción.

Sin embargo, es importante profundizar también en la perspectiva que tiene la población local respecto a la presencia de sujetos que suelen ser considerados como diferentes a ellos, ya que es a partir de la construcción de los discursos en torno a la imagen del “indio” o “indígena”, que podemos encontrar las claves para identificar las

prácticas de discriminación, racismo y rechazo que pesan sobre ellos, y conocer un elemento más que da forma a las relaciones interétnicas.

CAPÍTULO III

LA MIRADA DE LA POBLACIÓN URBANA SOBRE LA PRESENCIA INDÍGENA.

Al abundar sobre las percepciones y actitudes de la población urbana veracruzana en torno a la presencia indígena en la ciudad, esto me permitió identificar las formas con las cuales, se construye la imagen estereotipada y estigmatizada de lo que representa para los porteños un “indígena” o “indio” o lo que se relaciona con dicha imagen a partir de ciertos rasgos físicos y culturales.

Retomando los discursos, así como las prácticas sociales de la población local, es en éstos en los que pude encontrar la justificación que sostiene los argumentos con los cuales se fundamentan las relaciones de poder en torno a lo ajeno, desde el afuera inmediato que abarca a los habitantes de los municipios y campesinos de rancherías hasta el afuera incorporado en las colonias periféricas de la ciudad (Flores Martos, 2004:260) pero también en los que se ubica el racismo, el rechazo y la discriminación hacia éstos pero principalmente hacia los indígenas.

Partiendo de determinadas categorías locales en la que destacan las imágenes de “inditos”, “rancheros” y “gente de las colonias”, las cuales son elaboradas por las clases hegemónicas urbanas, es por medio de estas formas en la que son imaginados y percibidos los individuos y sus estilos de vida así como sus atributos, la inferioridad social y moral es depositada sobre todo en aquellos que viven en esos puntos de la gradación del “afuera” urbano (Ibíd.: 260).

Esto se debe a que

la cultura porteña ofrece un sistema de valores simbolizados, orientación y significados necesarios para normar la conducta individual y las relaciones sociales. Así, el grupo dominante legitima las relaciones políticas y económicas de los diferentes estratos sociales en los que el individuo nace, vive y se relaciona. Su ideología particular de ciudadanía diferenciada define los principios liberales, no resuelve las cuestiones de la marcada desigualdad social, y propone la política turística para reforzar la economía local a todos los niveles, cuyo beneficio mayor recae en el capitalismo financiero (Münch, 2005:223-224).

Particularmente, la imagen tópica del “indio”, y de “lo indio”, es construida en el sentido común urbano veracruzano como una ilustración sincrónica y alterna de al menos tres ideas o conceptos: “arcaísmo”, “pobreza” y “pureza” (Flores Martos, op. cit: 260-262).

Dichos conceptos, podemos decir, se sustentan a partir de las percepciones del imaginario social de los porteños. El primero, por ejemplo, tiene que ver con el “dialecto” y la vestimenta- particularmente en este caso con las mujeres- como uno de los rasgos que fundamentan este arcaísmo.

El segundo, se sostiene a partir de ubicarse dentro del último escalón de la pobreza y la marginalidad de la sociedad, compartiendo rango con los “loquitos”, mendigos y “teporochos”.

El tercer concepto, se relaciona con que los “indios” son un ejemplo vivo de la pureza racial de los mexicanos y para algunos extranjeros que se interesan por su cultura -aunque este último concepto, tienda más a exaltar la imagen del “indio muerto”, el de la época precolombina como señalara Bonfil Batalla (1990).

Además, dichas imágenes en Veracruz tienden a no cambiar demasiado sino todo lo contrario, parecen situarse como permanentes a través del tiempo si se compara con lo que sucedía hace 25 años al sur de la entidad en la ciudad de Coatzacoalcos:

La sociedad es heterogénea, cada clase y estrato mantiene sus propias costumbres de acuerdo a sus patrones culturales. La distancia social originada por la diferenciación económica no permite mezcla ni vida comunitaria, por el contrario, se acentúa cada vez más la separación de los grupos. El estrato indígena conserva sus propios patrones culturales: el lenguaje, el vestido, la alimentación, el menaje, la organización social y las creencias religiosas. Son discriminados por sus diferencias sociales por otros grupos (Münch, 1983: 145).

En síntesis, podemos afirmar que estamos ante una serie de representaciones estereotipadas y estigmatizadas atribuidas a la imagen del indígena o a lo que caracteriza ser indígena. Dichos estereotipos o estigmas, justamente podemos ubicarlos en los discursos y las prácticas de los porteños a través de dos conceptos o términos que hacen referencia a la población migrante tzotzil: “indio” e “indígena”.

3.1. Lo que se dice y se hace en torno a la imagen del indio.

Para hablar sobre las formas en las que se percibe y se actúa con relación a sujetos adscritos a otros grupos sociales difiriendo del que uno forma parte, dichas percepciones, acciones y actitudes pueden ser tomadas en consideración desde el enfoque hermenéutico de Geertz (1987), quien concibe a la cultura como pautas de

significación. Esto, nos permitirá realizar el estudio de la cultura y la sociedad porteña (a través del análisis de las prácticas sociales y discursos de quienes la estructuran), al concebir a ésta como un repertorio de pautas de significados, atendiendo a lo que el autor señala, dado que las interpretaciones no se producen de manera libre y arbitraria, obedecen a un conjunto de reglas y normas que se producen en un determinado contexto. Por lo cual, los significados que se le atribuyen a la imagen del “indio” o “indígena”, serán interpretados por los actores sociales con base en los códigos culturales compartidos (en este caso, por quienes conforman la estructura social porteña).

Dichas significaciones, pueden deberse a que la idea misma de población “india” o “indígena” involucra una clasificación que cobra sentido a través de códigos culturales de poder que son compartidos en la sociedad de manera consciente o inconsciente (Pineda, 2003:232).

A través de ciertos episodios testimoniales de los entrevistados quienes observan y perciben las condiciones, así como el trato que reciben los migrantes indígenas en la ciudad de Veracruz, nos percatamos de la situación en la que éstos se encuentran incluso en comparación con otros migrantes no indígenas exponiendo a continuación este fragmento:

Y así, observando cada vez que transitaba por la ciudad en el microbús, miraba alerta a la ventana esperando ver siempre eso trozos humanos que buscaban sobrevivir y que me hacían preguntarme ¿por qué? ¿por qué están aquí? ¿por qué hacen lo que hacen? ¿por qué han de sufrir?

Comencé a preguntar a mis compañeros si acaso ¿esta etnia es oriunda de aquí, de qué parte del estado viene? A lo que alguien me contestó de manera despectiva:

- No sé, han de ser de por allá donde vives, pero de acá no son -

Con esto me había dado cuenta que las personas de aquí juzgan las cosas antes de tiempo sin tener justificantes; los habían tachado de oaxaqueños sólo por sus rasgos y me habían encasillado a mi de indígena por venir del mismo estado aunque yo no presentara rasgos étnicos.

Poco después supe que eran tzotziles y que venían de Chiapas, aunque también me encontré con que en el puerto había menonitas. Esto me permitió en cierta ocasión poder comparar el trato que recibían unos y otros por parte de la gente de aquí. Estando un día en el bulevar leyendo el periódico, vi a una familia de menonitas vendiendo galletas entre los autos que pasaban por el bulevar. Habían dejado a uno de los hijos más pequeños en la camioneta y yo estaba muy cerca de ésta, a unos metros se aproximaban cuatro muchachas, pasaron cerca de la camioneta y una de ellas se percató de la presencia del bebé, y cuando lo vieron todas, comenzaron a tocarlo, acariciaban sus mejillas y su cabello y me preguntaron:

- ¡Ayy!!! ¿De quién es el niño está hermoso, es tu hijo?
 - No
 - Ayy pero pobrecito ¿pero como se atreven a dejarlo así?
- Y otra de ellas dijo:
- Tómame una foto con el “beiby”
- Y todas rifaron turno para tomarse fotos con el infante mientras que otra de ellas me preguntó:
- Y ¿sabes de donde son?
 - Creo que son alemanes...- dije
 - Si se nota, gringos no son porque se ven que son de una raza más fina, son más bonitos a diferencia de los niños que traen los inditos que venden dulces.

(Entrevista a Rubén, 20 años, estudiante y oriundo de Oaxaca. Veracruz, junio, 2007)

Por otro lado, la propietaria del hotel “Del bosque” - donde buena parte de la población tzotzil habita -, interactúa cotidianamente con ellos, observa ir y venir constantemente a familias y hombres jóvenes que llegan a residir a su inmueble. Ella relata lo siguiente:

“Los indígenas vienen aquí a trabajar como comerciantes, es a lo que se dedican. Éstos van y vienen por temporadas. No tienen temporada establecida porque se van por bastante tiempo y se van a levantar su siembra o porque les toca ir a sembrar, bueno eso es lo que ellos me han platicado. O sea, ellos le buscan ¿que no hay dinero aquí? se van a su tierra. Van y vienen durante todo el año. Yo he escuchado mucho de que trabajan para alguien. Aquí hay una señora que se supone, se dedica allá en su pueblo a estar cosiendo, entonces cuando ya tiene cierta mercancía, vende esa mercancía a las que venden aquí las blusas, entonces les da esa mercancía más económica y ya ellos la revenden un poquito más cara. Si he escuchado mucho de eso de que los explotan, de que los ponen luego hasta prostituirse aunque aquí no me ha tocado nada de eso, sólo lo he visto en televisión, eso fue hace como un año que lo pasaron en “Telever”²⁵. En una ocasión pasaron un programa de los chiapanecos y escuche eso de que los maltrataban, los explotaban y los prostituían. Dijeron sobre el maltrato, inclusive una persona habló por teléfono y dijo que aquí vivían muchos chiapanecos, pero entonces cuando vinieron los de la tele yo dije que aquí nunca había visto nada de eso. Aquí por ejemplo, los vecinos se enojan mucho y si les hacen una que otra grosería a los chiapanecos y si han tenido muchos problemas con ellos. A veces es por los niños, cuando es temporada de que vienen muchos porque se ponen a jugar afuera. Incluso llegó a venir el DIF²⁶ y pues ya no juegan tanto afuera porque he tratado de evitarlo para no tener problemas con los vecinos, pero ora si que de una manera u otra hay personas que como que no les caen bien los chiapanecos. Entonces buscan la manera de que si no es eso es otra cosa y pues a cada rato tengo problemas por eso y he estado evitando todo eso ora si para ya no tener problemas con los vecinos.

²⁵ Telever (Televisión de Veracruz), es el canal local perteneciente a la empresa privada Televisa.

²⁶ Desarrollo Integral de la Familia.

Pues más que nada les molesta el escándalo y a veces porque tiran basura afuera, en ese aspecto si son un poco cochinos pero orita lo que hemos tratado es que yo les hago ver que orita está muy estricto lo de la basura y que debe uno de tratar de tener limpio todo y para evitar problemas porque si no no me va a quedar otra que correrlos.

Yo trato de que cooperen en eso y como que más o menos porque de veras que son personas muy cerradas pues incluso hay veces que por lo que les dices ya piensan que ya por eso los menosprecias y hay algunos que me lo hacen incluso hasta adrede pues les dices “no tires la basura” y lo hacen.

Otro de los problemas que he tenido con ellos es que son muy alcohólicos, toman mucho. Ahorita lo que he tratado de evitar para no tener problemas es que mejor se vayan. Aquí dentro del hotel no me han armado muchos conflictos porque los mando a la cárcel, entonces se calman y ya vienen bien pero pues no se trata tampoco de estarlos mandando a la cárcel. Me ha tocado llamar a la policía para que los calmen aunque no se ponen pesados pero si llega un momento en que como que se ven mal ¿no? Y luego ahí uno de ellos, un teporochito, que se sienta y se pone afuera y pues a la gente aquí no le gusta verlo por eso le digo que he tenido muchos problemas pues no soportan ver eso, y pues he tratado de que a los que toman mejor les niego el cuarto para así ir evitando que lleguen más así he ir sacando poco a poco a los que toman. Ya ahorita no tengo muchos, quizás como dos o tres pero como ya tienen mucho tiempo aquí ya saben que todo se arregla nomás hablándole a la policía. Así, se los llevan por una noche y al otro día regresan ya como reglitas, “bien derechitos” y se van a trabajar, es como un regaño ¿no? Y ya con eso se calman.”

Haciendo un breve paréntesis, al tratar de corroborar lo que decía la entrevistada, la realidad es que desgraciadamente encontré muchos hombres –tanto jóvenes como de edad madura- con problemas de alcoholismo, lo cual pude constatar cuando visité el hotel, en donde había un grupo de hombres jóvenes bebiendo despreocupados al calor del mediodía. Éstos llevaban algunos días así y ni siquiera habían salido a trabajar en todo ese tiempo. Incluso hubo quienes no podían articular palabra alguna coherente debido al estado de embriaguez en el que se encontraban. Esto llega a repercutir en la imagen que los porteños tienen de ellos, con lo que justifican que los indígenas son borrachos y dan mala imagen al turismo y a la ciudadanía, y por eso, alegan, que no los quieren ahí. Prosiguiendo con la entrevistada, ésta nos dice:

“Sólo sé que vienen de Chiapas pero nunca les he preguntado su origen étnico. En las mujeres es más fácil de identificar que vienen de diferentes pueblos por sus vestidos de diferentes colores pero en los hombres es más difícil por que visten igual a la gente normal.

De que den una mala imagen será tal vez por el “uniforme”²⁷ que traen, de que son limpios de su persona son muy limpios, muy higiénicos. Si ellos salen no huelen feo, como comerciantes que se dirigen a las personas no dan mal aspecto a

²⁷ Se refiere a la indumentaria tradicional.

veces quizás si un poco por los niños es que lleguen a dar mal aspecto, es más incluso llegaron a tener problemas en el malecón por esa causa porque llevaban a sus hijitos y hasta los del DIF metieron a algunos a las escuelas para que no tuvieran que andar con los papás trabajando y fue cuando se fueron muchos chiapanecos te digo que son tan cerrados que ellos ven mal que se les ayude. Aquí en el centro de la ciudad hay muchos chiapanecos y también hay otros lugares donde habitan. Por ejemplo, en la calle Cinco de mayo hay una casa como pensión donde viven y enfrente hay otra. En la calle de Ocampo hay otra casa, ora si que está bastante poblado por los chiapanecos aquí en Veracruz. Yo siento, por el tiempo que tengo de conocerlos que ellos se sienten menos, por lo que ellos me platican, y por lo que observo porque a pesar de que muchos de ellos a pesar de que me conocen de hace mucho tiempo porque se quedan aquí y me conocen bien, nunca ha existido que tengan mucha confianza hacia mí. Yo creo que es porque piensan que uno se burla de ellos, eso en parte, pero a veces unos, aunque yo no porque ya los he visto, y ya los he estado conociendo como son, uno piensa que ellos no quieren hablar en español aunque algunos si saben hablar en español pero no quieren hablar enfrente de uno para que uno no se entere de sus cosas o no sé, y por eso hay personas que se molestan con ellos por eso porque uno les pregunta cualquier cosa y ellos te contestan hablando su idioma y pues obvio que nunca les vas a entender ¿por qué lo hacen? Eso si no sé, hasta ahorita no he comprendido por qué.”

(Entrevista a la Sra. Carmen, 38 años, propietaria del hotel del bosque, Veracruz, julio, 2007).

Por medio de estos testimonios, y otros que presentaremos más adelante, es que podemos identificar determinadas prácticas sociales que definen o caracterizan a lo “indígena” o a lo que es “ser indígena”, las cuales son ejercidas por amplios sectores de la sociedad porteña y que sin duda, hacen referencia al desconocimiento que hay sobre los grupos etnolingüísticos de México y de sus culturas. Dicho desconocimiento sobre los pueblos indígenas, no sólo sugiere ignorancia sino también ciertos prejuicios, cosa que no ha de diferir en otras partes del país, ya que a partir de una pregunta que permitiera establecer una distinción entre ambos conceptos como ¿cuál es la diferencia entre el uso del término “indio” y el de “indígena”? tiene significados distintos para la mayoría de la población. En este sentido, Pineda nos dice que “cuánto más simple parece la noción de “indio”, en realidad es más compleja, por la cantidad de significaciones implícitas, por las múltiples posibilidades de uso flexible, por la polifonía del “retrato” y su carácter metafórico, por la posibilidad de una realización visual del concepto” (Pineda, 2003:232). En cuanto a las respuestas de los entrevistados, éstas fueron diversas. Fueron dadas por hombres y mujeres de diferentes estratos sociales y edades, así como de escolaridades y ocupaciones distintas. Muchos

al igual que los migrantes indígenas, no eran originarios del puerto pero tenían muchos años o casi toda la vida de residir ahí. Los comentarios que hicieron sobre la pregunta anterior fueron interesantes, ya que esto nos habla de cómo piensan y actúan los porteños con relación a los indígenas:

- *Indio es alguien que habla dialecto y tiene costumbres diferentes a nosotros.*
- *Indio es una persona muy preparada, por ejemplo, Benito Juárez, y el indígena es una cosa muy limpia, sin pensamientos malos.*
- *Indígena es gente nativa de algún lugar, con rasgos auténticos de su lugar, que conservan sus raíces y costumbres los que conocemos que son mexicanos, los que viven en la sierra mientras que los indios serían los nativos americanos, es cuestión de enfoque.*
- *Indio es una persona que trabaja la tierra con sus manos y el indígena es como los que venden en el malecón.*
- *Indio es una persona que no entiende y el indígena es el que viene de la sierra, como los que venden aquí en Veracruz.*
- *Indio es el que nace en un país que se llama la India y los indígenas son auténticos, es una raza que no está mezclada como nosotros.*
- *Son personas que viven lejos de la ciudad y tienen costumbres muy antiguas.*
- *Indio es una persona que lo mandan y obedece, y el indígena es una persona que se mezcla como los demás, como los que venden en el malecón.*
- *Indio para mí es como cuando años atrás montaba caballo y traía su pluma y su cinta en la cabeza y el indígena es una persona de campo, de bajos recursos, desde pequeños empiezan a trabajar para el sustento de sus familias porque los mismos padres los ponen a trabajar.*
- *El indígena es un nativo de equis lugar, sea de donde sea, y el indio es de la India, es un modismo idiomático creado despectivamente para diferenciarnos, que es inferior, aplicado por los españoles o los que se creen de raza superior. Se distinguen por su forma de vestir a la usanza de donde son nativos y por su dialecto.*
- *Indio es aquel que desconoce de la realidad y la sociedad en la que vive o radica, mientras que el indígena es una persona humilde y sencilla.*
- *Indios somos todos y los indígenas son los que vienen de Chiapas y Oaxaca.*

- *Indios son las personas que trabajan en ranchos y en cosechas y los indígenas son personas como las que andan aquí vendiendo.*
- *El indígena no habla nada de español y el indio más o menos.*
- *Indio le dicen a uno cuando te quieren ofender o rebajarte diciéndote que eres ignorante, y el indígena es el que vive en las afueras de la ciudad.*
- *Indios son como los que salen en las películas de vaqueros, y los indígenas son los que venden artesanías como los de aquí.*

Del mismo modo, la forma en la que éstos son percibidos a través de la imagen que proyectan -con lo cual se les puede atribuir un estigma negativo en términos conceptuales de Goffman - con su presencia en la ciudad, y si es importante o no que haya políticas públicas que atiendan sus demandas y necesidades, nos arroja una diversidad de respuestas, algunas sumamente contradictorias, otras plagadas de racismo y discriminación, y otras más de total indiferencia:

- *En Veracruz se recibe con los brazos abiertos a todos mientras no venga gente rara o a robar. No me molesta que los indígenas estén aquí mientras no se metan conmigo, me son indiferentes. Son gente inculta, no han aprendido otro dialecto más que el de ellos, son muy atrasados, dan una mala imagen a la ciudad porque andan como indios y no andan bien vestidos y Veracruz no es para andar así, aunque considero que existe algún rechazo por el resto de la ciudadanía. Las autoridades los rechazan porque si a nosotros que somos de aquí no nos hacen caso, menos a ellos por lo que sería importante que hubiera políticas públicas para atender sus demandas y necesidades. Creo que sería importante saber o conocer más sobre ellos y sus costumbres para ver que beneficio trae que los tengamos aquí , además, creo que los indígenas de aquí del estado son muy diferentes a los de Chiapas porque los de aquí son más trabajadores que los chiapanecos.*
- *Estas personas son sacadas de sus tierras por otras personas, lo malo es que cada vez vienen más y el problema es que también vienen con menores de edad a los que también ponen a trabajar.*
- *Personalmente, me es indiferente que estén aquí, lo que no me parece es la explotación de los niños, en lo personal, como inspector de comercio, tengo que andarlos corriendo de los lugares donde no pueden vender. Son gente muy trabajadora pero poco preparada, la cultura de ellos es la del trabajo pero viven muy rápido la vida porque a los trece o catorce años ya andan criando niños. Sobre si hay rechazo*

por parte de la ciudadanía creo que hay opiniones encontradas pues hay quienes los ven mal por el hecho de que ya son muchos, hay quien siente lastima por ellos porque tienen a los niños trabajando. Además, considero que si son conflictivos y dan una mala imagen a la ciudad porque se aglomeran en algunos lugares con los menores, los tienen en el piso, los aprovechan para dar un aspecto lastimero y pedir limosna. Hay gente que si los discrimina, la mayoría siente lastima aunque algunos dicen que dan mala imagen a la ciudad.

- Pienso que está mal que los indígenas vengan aquí a Veracruz porque no dan buen aspecto, no tienen un buen aseo en su persona, son personas cerradas porque tienen otra manera de pensar. Creo que la gente si los discrimina por su apariencia y no creo necesario que haya políticas públicas para ellos.

- Está mal que haya indígenas aquí en Veracruz porque no pueden andar por las calles con sus niños. Dan mala imagen, me molesta que estén aquí porque andan tapando la vía pública con las cosas que venden, además de que son conflictivos porque a veces toman cerveza en la calle. Son trabajadores pero su aspecto no es bueno para los turistas y para nosotros, no tienen nada que estar haciendo aquí si tienen sus tierras y su trabajo no sé por qué migran.

- Creo que si son discriminados porque no son bien vistos en la ciudad pues son de otros lugares y no creo que sea necesario que existan políticas públicas para ellos. Creo que las diferencias o semejanzas que habría con ellos es porque somos mexicanos pero ellos son indígenas y nosotros no, además, creo que los indígenas de aquí del estado son diferentes a lo otros porque los de aquí hablan más español y son más sociables.

- No hay problema de que estén aquí porque todos somos humanos y todos necesitamos trabajar pero dan mala imagen por traer tantos niños y además por ser de clase étnica y hablar un dialecto pero no me molestan. La imagen que tengo de ellos es de lastima no porque son animales, pero si tristeza porque tienen muchos niños. No creo que sean conflictivos pero si que den mala imagen porque algunos están jóvenes y uno les ofrece trabajo pero lo rechazan y prefieren pedir limosna. Algunas personas si los discriminan porque no trabajan, andan sucios. Habría que llamarles la atención porque luego dejan a los niños que hagan sus necesidades en la banqueta y no las levantan. Solamente dándoles una oportunidad de que se adaptaran al ritmo de vida de la ciudad podrían ser iguales que nosotros.

Como mencionábamos al principio de este capítulo, las prácticas y los discursos que hay en torno al “indio” o a lo “indígena”, tiene que ver con la construcción de ciertos estereotipos e imágenes que se vinculan estrechamente con los conceptos que también explicamos con anterioridad (arcaísmo, pobreza y pureza), pues para los individuos entrevistados la palabra “indio” o “indígena” se relaciona con: “*ser pobre y humilde*”, “*ser o venir del campo*”, “*vivir fuera y lejos de la ciudad*”, “*ser auténticos, sencillos y sin malicia*”, “*a lo antiguo, a lo diferente*”, etc., pero también porque la vida del ladino se estructura por contraste con el indio, por su necesidad de marcar en todo y permanentemente el “no ser indio” (Bonfil,1990:86). Por lo tanto, “los estereotipos como formas simbólicas de la ideología de un grupo dominante, permiten seguir justificando y manteniendo relaciones de dominación. Dichas formas, nos conducen a minimizar ciertas diferencias entre las personas que son miembros de un mismo grupo y a exagerar las mismas diferencias entre aquellas que pertenecen a otro grupo” (Castillo, 2000:36-41).

Por otro lado, el discurso indigenista que el Estado promovió en torno a la asimilación cultural de los indígenas (y que tuviera como portavoz a uno de los más notables antropólogos mexicanos como Gonzalo Aguirre Beltrán), parece seguir teniendo eco en buena parte de la población cuando se afirma que “*solamente dándoles una oportunidad de que se adaptaran al ritmo de vida de la ciudad podrían ser iguales que nosotros*” (en la opinión de un funcionario municipal del Ayuntamiento).

La ciudad del presente es dibujada por los porteños repleta de “arribeños”, forasteros y fuereños. Una ciudad que ha cambiado y ha perdido sus “esencias”, ya sea por la presencia de campesinos o “inditos”, e incluso centroamericanos en colonias populares o en terrenos de la periferia extrema que por la de los “chilangos” o gente procedente del valle central de México -los cuales han sido señalados como los responsables de muchos de los cambios ocurridos en la ciudad y de la supuesta pérdida de rasgos de la de rasgos de la identidad jarocho- hasta el punto de que los porteños se sienten rodeados de gente extraña (Flores Martos, 2004: 93).

En el siguiente cuadro, se presentan algunos de los diversos significados atribuidos a las dos palabras o conceptos con base en las respuestas de los entrevistados, lo que sustenta y mantiene la ideología y las prácticas que marcan la diferencia y el distanciamiento a partir de estereotipar lo que identifica a lo indígena o indio:

<i>Indio</i>	<i>Indígena</i>
Nativos americanos	Una cosa muy limpia, sin pensamientos malos
Personaje de películas de vaqueros	Los que venden artesanías como los de aquí
Habla más o menos español	No habla nada de español
Ajeno a la ciudad, desconoce de ella.	Vive en la afueras de la ciudad
Personas que trabajan en ranchos y cosechas	Personas como las que andan aquí vendiendo
Persona sumisa y que no entiende más que ordenes.	Los que vienen de Chiapas y Oaxaca
Habla un dialecto y tiene costumbres diferentes y antiguas.	Con rasgos auténticos de su lugar
Persona que trabaja con sus manos la tierra	Vienen de la sierra
Palabra ofensiva que se traduce en ignorante	Persona humilde y sencilla
Oriundo de la India	Como los que venden en el malecón
Todos somos indios	Auténticos
Gente preparada como Benito Juárez	Una raza que no está mezclada como nosotros

Como podemos observar, hay algunas constantes que se repiten en ambos términos como “*son ajenos a la ciudad y viven en las afueras*”, o que, “*hablan poco o nada de español*”. Dichos significados, nos remiten simbólicamente a la forma en la que se reafirma la hegemonía de un grupo sobre otro al que se subordina considerando que quienes viven fuera de la ciudad y no tienen como lengua oficial el español, son inferiores por no detentar los mismos conocimientos y el estilo de vida de los ciudadanos.

Agregado a esto, la palabra indígena tiende a relacionarse particularmente con una región o territorio: a Chiapas y Oaxaca, entidades localizadas en el sureste mexicano y que se caracterizan por contar con el mayor número de grupos etnolingüísticos, pero también con altos índices de pobreza y marginalidad entre la población indígena, de ahí que lo “indígena” o “indio”, se vincule con la pobreza como ya habíamos referido y con las entidades de Chiapas y Oaxaca (muy a pesar de que Veracruz también es uno de los estados con mayor diversidad étnica y cultural y altas tasas de marginación en las localidades rurales e indígenas, aunque esto suele omitirse por parte de la población urbana debido a que muchos ni siquiera conocen los grupos étnicos con los que cuenta la entidad, que lengua hablan, donde se localizan y cómo es su cultura).

Otra constante que se relaciona con lo que estereotipa o estigmatiza negativamente a los indígenas o lo indio en la ciudad, se da a partir de las actividades económicas que

desempeñan en este caso, con los migrantes tzotziles. Muchas personas no saben a que grupo étnico pertenecen, o en todo caso, desconocen la entidad de donde provienen, sin embargo, la mayoría los identifica o se refiere a ellos con frases: “*como los que hay aquí en Veracruz*”, “*como los que venden en el malecón*”, “*como los que venden aquí artesanías*”, o “*como los chiapanecos*”, ya que comúnmente son ubicados vendiendo sus mercancías en determinados espacios de la ciudad como el malecón, los portales del zócalo y el centro. Aunado a esto, la estereotipación o estigmatización ocurre también por su indumentaria y sus rasgos físicos, o porque su imagen se difunde a través de los medios de comunicación locales como el canal 9 de televisión (*Telever*), o los periódicos *Notiver* o *El Dictamen*, los cuales exaltan que los migrantes se desempeñan en el sector informal, provienen de Chiapas, son indígenas, son explotados laboralmente por un líder que los trae a todos, y porque también ponen a los menores de edad a trabajar.

El caso analizado por Servin y González (2003) con los indígenas rarámuris en la ciudad de Chihuahua, nos brinda una imagen detallada que, a modo de comparación, encaja perfectamente con lo que sucede en la ciudad de Veracruz:

No existe una relación cercana entre la población mestiza urbana y la indígena. Las únicas relaciones que existen son las que se dan en ámbitos laborales, cuando los indígenas son atendidos por problemas de salud en los hospitales de la localidad, o cuando piden ayuda a las instituciones de gobierno al migrar a la ciudad. Se sabe y se muestra preocupación por ellos sólo cuando los medios de comunicación difunden reportajes sobre la situación de pobreza en la ciudad. Más allá de estas modalidades, no existen otro tipo de relaciones interétnicas. Indudablemente no se les conoce ni hay interés por conocerlos (Servin y González, 2003: 199).

Este poco o nulo interés por conocerlos, como las autoras refieren, sucede también con la sociedad veracruzana. Saber más sobre su cultura, sus costumbres o tradiciones (como una manera de incentivar la curiosidad de los entrevistados), tiene opiniones diversas con base en el beneficio o provecho que se pudiera obtener al saber más sobre ellos, sin embargo, los prejuicios y la ignorancia de muchos individuos, se manifestó cuando se les preguntó si conocían o sabían que tipo de costumbres tienen los indígenas, o si sabían acaso como era su cultura:

- *No saben leer ni escribir, y hablan poco español, no tienen cultura porque no saben hablar español aunque sería importante saber o conocer más para aprender de ellos porque hacen cosas maravillosas pero el gobierno no les presta atención.*
- *Sería importante conocer más sobre ellos sobre todo, me gustaría aprender su dialecto pues dicen que facilita el aprender inglés.*
- *Desconozco de ellos, tendría uno que estar una temporada con ellos para conocerlos, además porque es parte de nuestra cultura. Todavía tienen más raíces que nosotros incluso, me he puesto a pensar si acaso tenemos cultura los que estamos en la ciudad además, ¿qué cosa es la cultura?*
- *No conozco aunque creo que sería importante saber sobre ellos pues tienen una capacidad para crear artículos que no son de la ciudad.*
- *Sería importante conocer sobre ellos pues de esa manera existiría mejor convivencia entre nosotros y ellos.*
- *No conozco sobre su cultura, tal vez sería importante saber más pero si los tratara, pero como no los trato directamente no lo creo, además, Veracruz ya está modernizado y en Chiapas no aunque depende en que zona pero creo que en Chiapas hay más pobreza y hay más indígenas allá.*
- *No sé de sus costumbres y su cultura pero creo que sería importante saber más porque no se acabarían sus costumbres y tradiciones como en otros lugares, además de que es más fácil aprender el español que el dialecto de ellos.*
- *Sería importante aprender sobre su cultura, yo no conozco nada pero sería importante porque los indígenas de aquí entienden más, y los de afuera, los que vienen de otras partes no.*

En cuánto a las opiniones sobre las causas por las que los indígenas migran hacia Veracruz, éstas también contienen ciertas variaciones, aunque la mayoría coincide en señalar que “*los de Chiapas*” llegan al puerto porque en su lugar de origen no hay trabajo, o no existen las mismas oportunidades como las que hay en Veracruz. No obstante, muchos expresaron que sería importante que el gobierno de Chiapas se encargara de ellos para que no sigan llegando más a Veracruz:

- *Tengo conjeturas, primero porque hay gente que los trae y se aprovecha de ellos, otros ya echaron raíces aquí y tienen hasta su negocio. La mayoría vienen en grupos tal vez porque les dicen que tienen mejores oportunidades acá que en su tierra.*
- *Vienen para acá porque dicen que no tienen trabajo.*

- *Me imagino que en su estado no tienen las oportunidades económicas que aquí tienen.*
- *Por la economía, porque no tienen dinero.*
- *Quizás porque allá en su pueblo no hay trabajo o porque no quieren trabajar la tierra.*
- *Han venido para acá a Veracruz porque hay mucho campo para vender.*
- *Vienen a Veracruz por la falta de oportunidades, empleo, descuido del campo. Esto es consecuencia de la falta de capacidad del gobierno y de su corrupción. Además de que los coyotes e intermediarios les pagan menos por su trabajo.*
- *Vienen acá a trabajar por un líder que los trae porque yo me entero de esto por los medios de comunicación.*
- *Los de Chiapas y Oaxaca vienen porque no hay trabajo en sus localidades y los traen en camionetas.*

Resulta importante tomar en cuenta también las percepciones y discursos que detentan funcionarios municipales y estatales debido a que existe cierto contacto permanente con la población indígena tanto a un nivel local como regional y estatal. En éstos, también encontramos algunas contradicciones, o en su caso repiten el discurso oficialista del Estado en torno a la necesidad de que los indígenas se integren al desarrollo nacional para que mejoren sus condiciones de vida. Las opiniones también son diversas respecto a la imagen que se tiene de la población indígena, pero también plantean la necesidad de abordar políticas públicas en torno a ésta.

3.2. “Tu ayuda les perjudica”.

La frase que intitula este apartado, fue tomada de sendos carteles colocados en las paradas de los autobuses urbanos de la zona conurbada de Boca del Río y Veracruz. Dichos carteles hacen referencia a la operación de un programa del DIF municipal de Boca del Río, el cual tiene como propósito brindar apoyo a los hijos de migrantes indígenas con el fin de que los infantes no se encuentren en la vía pública trabajando y, de preferencia, se les ubique en un albergue temporal para que asistan a la escuela, obtengan una buena alimentación y servicios médicos.



Publicidad que promociona el programa del DIF en atención a niños indígenas.

Sobre la función de este programa en la atención a niños indígenas y la percepción que se tiene de la población migrante, su titular, la Lic. Adriana Ureta, manifestó lo siguiente:

“ Este programa que se llama “Tu ayuda les perjudica”, fue una iniciativa de la presidenta del DIF. Desde antes que ella entrara formalmente a tomar la presidencia del DIF, al estar viendo el panorama al que se iba a enfrentar, una de las problemáticas que más le llamó la atención era la referente a los niños indígenas. Así se creó este programa, y se firmó un convenio junto con tres municipios más que son Jamapa, Medellín, Veracruz y Boca del Río para hacer trabajo de atención de menores indígenas.

Ellos me comentan que vienen de Mitontic, Chiapas. Hay otros que dicen que vienen de San Cristóbal de las Casas, y hay de otros que dicen que vienen de Huajuapán de León en Oaxaca, entonces fue una iniciativa para vigilar que se cumplieran los derechos básicos de los niños, y que no hubiera explotación

infantil, que realmente ellos se dieran cuenta de que independientemente a lo mejor por usos y costumbres allá en Chiapas pueden estar trabajando y no incurren en ninguna falta las leyes, pero aquí en nuestro estado no es así. El miedo es aquí el factor principal en donde no hemos podido hacerles ver que lo que nosotros no queremos es perjudicarlos, al contrario, queremos procurar el bienestar de los menores. Lo que nosotros hemos procurado es que los niños no estén trabajando y que gocen de sus derechos básicos como niños: que jueguen, que estén bien alimentados, que tengan servicios médicos, que puedan acudir a la escuela para que puedan aprender español, cosa que no les ha sido muy interesante pero también entiendo que ellos quieren conservar sus raíces.”

El constante énfasis en la “explotación del trabajo infantil” en voz de funcionarios locales como de la población en general, amplía el desconocimiento que hay con relación a los estilos de vida no sólo de los grupos étnicos sino también rurales. No se trata de justificar la explotación de menores²⁸, pero debemos hacer notar desde el punto de vista antropológico, que el trabajo infantil en sociedades consideradas preindustriales o primitivas e incluso en sociedades rurales contemporáneas, es sumamente importante para la contribución de la producción de alimentos, o a los ingresos de la familia en general, y al cuidado y seguridad económica de sus padres (Harris, 1990:130), lo que los vuelve no sólo valiosos para la familia -sea nuclear o extensa- sino para toda la comunidad:

“En el pensamiento indígena y campesino también en las zonas rurales, es que como los niños no pueden ir a la escuela porque no hay, porque está muy lejos o por cuestiones económicas, lo únicos que quedas es que aprenda a trabajar. La niña pues que se prepare para ser ama de casa, que sepa hacer tortilla, que sepa hacer los quehaceres, que aprenda atender a los niños y a su esposo. Y en cuestión de los varones como va a ser los que van a mantener la casa pues que aprendan a trabajar en el campo o en la artesanía o en lo que puedan, por eso es que desde chicos los ponen a trabajar, tanto allá en su comunidad como aquí en la ciudad a donde migran”

(Entrevista a Demetrio, tzotzil, 36 años, vendedor de dulces y artesanías, Veracruz, junio, 2007).

Prosiguiendo con la titular del DIF, ésta nos dice:

“Sus costumbres son muy cerradas y querer hacer cambiar su estilo de vida es muy difícil, habría que hacer mucho para que puedan ser respetados, me da

²⁸ En el caso de que éste quizás exista, pero por lo que observé y me dijeron mis informantes indígenas, no encontré indicio alguno al respecto salvo los constantes comentarios de los entrevistados no indígenas, además de que esto no formaba parte de los objetivos de la investigación.

también mucho coraje que se burlan de ellos, les echan el carro encima, los quieren chantajear, quitar el dinero, etc. Son personas muy nobles, son gente muy limpia, con un alma muy pura y que entienden que nuestro trabajo no es quitarlos por quitarlos de la vía pública porque estén vendiendo, y que se les están ofreciendo otras alternativas, que si ellos aceptan o no, es cuestión de sus usos y costumbres pero definitivamente hay temporadas en que la población de indígenas aumenta aunque ya tenemos una población plenamente identificada que lleva tiempo de residir aquí.”

En los argumentos de dicha funcionaria, podemos ubicar cierto paternalismo con el que se trata a la población indígena (retórica ampliamente utilizada entre funcionarios públicos y políticos cuando se refieren o se dirigen hacia determinados sectores de la población y particularmente hacia poblaciones rurales o indígenas) a través de palabras que en su discurso, se repiten al igual que en los de los entrevistados anteriores: “*cerrados en costumbres*”, “*sentir lastima por ellos*”, “*personas nobles*”, “*limpias*”, “*puras de alma*”. El trato tanto hacia infantes como hacia adultos es por igual (como si los adultos fuesen menores de edad y carecieran de capacidad de decisión y raciocinio).

“Mi conocimiento sobre como es la cultura o los usos y costumbres de la población indígena se limita únicamente a lo que ellos nos refieren, o a través de programas culturales que pasan en la tele, lecturas, pero a mí me gustaría por ejemplo, ir a recorrer Chiapas y conocer realmente cuál es la situación en la que están viviendo, pero obviamente involucrarse directamente en lo que son sus tradiciones sería de mucha ayuda para lo que uno pudiera realizar con ellos.

Un indígena para mí es una persona que proviene de una región más apartada de nuestro país, es mexicano igual que yo, que conserva sus raíces, que goza de los mismos derechos igual que todos los mexicanos pero que desgraciadamente al no tener acceso a esa información no los puede hacer validos, y me gusta aprender de ellos porque es una manera de conectarme con mis propias raíces.

La diferencia entre un indio o un indígena para mí, es dependiendo del lugar del que provengan. Para mí los indígenas son los que en particular viven en México y los de las primeras culturas de nuestro país y un indio para mí es el que se encuentra en Norteamérica por ejemplo, mmmmh un apache, no sé no conozco por allá.

Quizás las semejanzas o diferencias que pudiera haber entre ellos y nosotros, es que ellos tienen más arraigadas sus tradiciones y sus raíces, su dialecto, que los considero más mexicanos que yo porque van con las costumbres, con el origen de nuestro país, para mí son iguales que yo, si los tengo que abrazar los abrazo, a mí no me importa si traen chanel número cinco o no traen ningún perfume, trato de que se sientan a gusto con el trabajo que yo estoy realizando y trato de no agredirlos porque de entrada los voy a tratar como a mí me gusta que me traten, entonces para mí merecen todo mi respeto al igual que a mí me lo pueden dar, son igual que yo, su vestimenta y su dialecto son quizás lo que marca la diferencia

pero no por eso con el equipo de trabajo vamos a hacer una distinción con ellos, es parte de nuestro trabajo para que los demás también los vean como parte de nuestro México.”

(Entrevista a la Lic. Adriana Ureta, Coordinadora del Programa del DIF en Boca del Río, julio, 2007).

Por otro lado, en entrevista con el Director de Comercio del Ayuntamiento de Veracruz (dependencia en la que parte de su personal se ha mantenido constantemente en contacto con la población migrante debido a los conflictos que han surgido por retirarlos de la vía pública para que no estén vendiendo), su opinión con relación a la población indígena en el puerto, supuestamente también pretende mostrar cuál es la postura de las autoridades locales frente a esta situación:

“La presencia de los indígenas aquí en el puerto, se debe más que nada a la búsqueda de un empleo, en la búsqueda de un trabajo y obtener un ingreso para que sus familias sobrevivan. En el censo general con que cuenta la dirección de comercio están incluidos ellos para tenerlos ya controlados.

Tenemos contacto con ellos por el hecho de tener que estar controlando el comercio, de alguna manera se les requiere para que llevemos un control y un orden porque hay momentos en periodos vacacionales que se dejan venir más de los que ya están debido a la falta de empleo allá en su estado. Obviamente que aquí también, a veces nos apoyamos con otras dependencias como es el DIF porque por lo regular estos grupos indígenas utilizan a sus niños, a sus menores de edad y los exponen a peligros incluso para cruzar las calles o para meterse en lugares como cantinas o bares para vender.

La imagen que tengo de ellos es que requieren una gran atención y preocupación por parte del gobierno de su estado, de que les de un empleo, un lugar donde vivir porque verdaderamente aquí en Veracruz no cuentan con un lugar y viven de una manera muy deplorable.

La mayor parte de la ciudadanía los acepta porque son personas muy agradables, no son personas que representen un peligro para la ciudadanía, incluso la misma ciudadanía en la aplicación del reglamento de comercio cuando el inspector retira a un vendedor que no tiene que estar en cierta área restringida, lo que hace el ciudadano que anda por ahí es defender a este grupo porque piensan que el inspector los está agrediendo y lo único que hacen es cumplir con el reglamento.

La mayoría viene de un lugar que se llama Chamula en Chiapas. Más que nada vienen por la falta de empleo en su estado, en su municipio, y buscan en las zonas turísticas como la de aquí trabajar en el comercio informal. Es raro el que hemos visto trabajando en alguna empresa o negocio particular todos se dedican a la actividad comercial ambulante.

Llegan por lo regular en temporadas de verano y en diciembre, y a partir de ahí les hemos pedido a través de sus representantes que también son indígenas que eviten que vengan muchos a Veracruz y que incluso se traigan sus niños porque son los que vienen a sufrir y es preocupante ver esa situación. Okay si vienen a

vender que vengan pero nada más dos adultos que mejor dejen a los niños con sus familiares.”

Además, en la postura del gobierno local el trasfondo, aunque pudiera parecer difuso por los argumentos con que se sostiene, respecto de la población migrante es claro: “No queremos que vengan más indígenas chiapanecos hacia Veracruz, es una situación que el gobierno de Chiapas debe de resolver para que no sigan emigrando”.

Dicha situación, parece simular a lo que ocurre con los migrantes mexicanos en los Estados Unidos: Frenar la llegada continúa de éstos, lo que de lo contrario ocasionará su persecución y deportación de permanecer en territorio norteamericano, y sancionar a aquellos que les den trabajo. La estigmatización de los indígenas toztziles como comerciantes informales los señala como una competencia desleal, y que priva de empleos en algunos sectores de la población local (esto fue argumentado en las palabras de varios entrevistados).

Continuando con nuestro entrevistado, éste nos dice:

“Desconozco como es su cultura o sus tradiciones, lo que si sé es que hablan un dialecto que se llama “tzotzil” pero en lo demás no conozco nada, sería cuestión de que se entrevistara a un representante de ellos.

Yo hasta ahorita aquí en Veracruz no he notado que haya discriminación hacia esos grupos, yo siento que la gente les apoya, no económicamente pero si moralmente. Yo siento que aquí la gente ve a ese tipo de personas con ternura, como personas que necesitan que se les apoye.

Semejanzas con nosotros si las hay pues son personas, pero en cuanto a las costumbres no, son muy diferentes en la forma de vivir, ellos están acostumbrados a vivir todos en un sólo lugar y no se preocupan por tener un lugar digno para vivir porque se les ha ofrecido y lo han rechazado, mientras que la diferencia con ellos sería porque hablan dialecto, alguna semejanza pues difícil que la haya.

A diferencia de los indígenas de aquí de Veracruz, los de Chiapas son diferentes pues se detectan que vienen en grupos, por ejemplo, con los de Papantla llega haber pocos vendedores, como unos diez a lo mucho porque vienen de manera muy esporádica pero no vienen en grupos sino de manera individual, ahí hay una diferencia de sus costumbres.

Para mí un indígena es aquella persona que conserva sus costumbres del antepasado, y que además cuenta con un dialecto que también viene de los antepasados, y que lo siguen conservando, y un indio es pues un concepto “despreciativo” que lo maneja cualquier persona hacia tal o cual persona de ese origen, es una palabra racista ¿no? Porque normalmente nos referimos a ese tipo de personas como indígenas y son personas muy importantes en la cultura de nuestro país.”

(Entrevista a Luis Martínez, Jefe del Departamento de Comercio del Ayuntamiento de Veracruz, agosto, 2007.)

“Personas muy agradables”, “son vistos por la ciudadanía con ternura”, “indio, un concepto despreciativo, una palabra racista”, “que no vengan más para Veracruz”, “que el gobierno de Chiapas atienda sus demandas para que no vengan más”, “no hay semejanzas con nosotros salvo que son seres humanos”, etcétera. Todas estas frases, parecen seguir repitiendo un patrón de representaciones, significación y polisemia otorgado a las palabras “indio” e “indígena” en todos los discursos de los entrevistados. Discursos dirigidos a los propios pueblos sojuzgados con representaciones indianistas, indigenistas o étnicas que buscan clasificar, jerarquizar y volver aceptable la imagen que acerca de ellos se ha producido (Pineda, op. cit: 242).

La posibilidad de comparar y analizar los discursos de estos funcionarios públicos y de la sociedad local, nos permite establecer una continuidad respecto a la percepción errónea que se tiene sobre la población indígena migrante. En el testimonio de un funcionario de la CDI estatal, éste refiere lo siguiente:

“Es deprimente ver que indígenas no nada más del estado de Chiapas sino del estado de Veracruz y de otros estados vayan a ciudades urbanas en donde vemos a indígenas vendiendo sus productos artesanales u otro tipo de mercancías, otros empleándose en el servicio doméstico, y otros más mendigando y dando un espectáculo que no debía de ser en un país como el nuestro en donde debería de haber equidad.

Yo creo que se ha venido luchando, recordemos el Instituto Nacional Indigenista que venía trabajando desde hace más de cincuenta años. Al paso del tiempo, su forma de trabajar que era la institución especializada en atención a la población indígena fue rebasada y de ahí que de hace cuatro años para acá con la Comisión Nacional se esté impulsando otro tipo de programas para atender a la población indígena. Pero es tanto el rezago y la necesidad que el recurso que actualmente autoriza el Congreso de la Unión para la atención a la población indígena pues está siendo insuficiente pero esperemos que con el tiempo así como vamos en unos quince o veinte años ya la situación de ellos haya cambiado porque también nosotros debemos de cambiar nuestra mentalidad, no es ver al indígena ya con la indumentaria tradicional y solamente viéndolos folclóricamente o por su aspecto físico, debemos de darles la facilidad, darles la oportunidad de incorporarse al desarrollo del país, al desarrollo de la demás población porque es gente muy capaz.

El discurso que el Estado promueve a través de sus instituciones, como la CDI que específicamente atiende a población indígena, intenta ser justificado también tratando de mostrar los avances que se han tenido en materia jurídica y de ciudadanía hacia los pueblos indígenas, sin embargo, continúan enfatizando la necesidad de que éstos se integren al desarrollo y el progreso nacional con el propósito que salgan del atraso y el subdesarrollo en el que se han encontrado inmersos históricamente.

Yo siento, sin caer en la demagogia que se ha ido avanzando pues muchos indígenas a nivel nacional ni siquiera contaban con acta de nacimiento, y al no contar con acta de nacimiento no tienen personalidad jurídica, y al no tener personalidad jurídica no cuentan como mexicanos, entonces el Instituto nacional Indigenista en su momento vio ese problema, que hacia falta dotarlos primero de personalidad jurídica. Ahora yo te puedo decir que el gobierno del estado de Veracruz ya cuenta con el programa de atención del subregistro en materia de actas de nacimiento a la población indígena de Veracruz. Por ahí debemos de partir, de dotarlos primero de personalidad jurídica para que de ahí puedan reclamar sus derechos como ciudadanos y también puedan ellos contar con obligaciones, entonces vemos la migración pero no preguntas ¿oye y tienes acta de nacimiento? para que cuentes como mexicano, y te vas a dar cuenta que no tienen acta de nacimiento, y en Veracruz hemos estado luchando por eso para que tengan personalidad jurídica y cuenten con derechos y obligaciones como ciudadanos. La lucha continua y es seguir trabajando y esperando a que se desarrollen igual que nosotros.

Creo que las relaciones entre indígenas y mestizos ya no tienen tanta discriminación como antes. Yo siento que la población mestiza en las ciudades se ha ido concientizando, desde el levantamiento armado de 1994 en Chiapas movió, más al país y volteó a ver que había un problema que eran los indígenas. El cual sabemos que oscila entre el 10% a nivel nacional, estamos hablando de 10 a 11 millones de mexicanos que conservan sus tradiciones y que de ahí venimos todos o sea, tenemos sangre indígena y sangre española y de ahí se da el mestizaje y ya hay una mayor concientización. Por ejemplo, cuando yo estudié, yo no diferenciaba hasta que entré a trabajar a esta oficina de que había indígenas, yo los veía como gente marginada del campo más no los identificaba como indígenas, ahora ya sé que hay 62 pueblos indígenas, que hablan diferentes lenguas que no son dialectos, es una lengua materna con una composición gramatical propia y que tienen una cultura tan rica y que de ahí provienen nuestros usos y costumbres que vienen de antes de la Colonia, de ahí ese rezago de más de quinientos años pero ya hay más conciencia. Independientemente de que yo trabaje en una oficina para atención a indígenas yo lo veo con gente, con amigos, de que ya voltean a ver que hay gente que necesita apoyo, que hay indígenas intelectuales y brillantes y que tienen la misma capacidad que nosotros, lo único es darles la oportunidad a que se desarrollen y que bueno que también en ellos vayamos desarrollando políticas públicas en paternidad responsable, planificación familiar, en impulsarles el desarrollo para su beneficio y tenemos que seguir trabajando aunque falta mucho.”

(Entrevista al Lic. Rafael Olmos, Departamento de Asuntos Jurídicos de la Comisión Nacional para el Desarrollo de los Pueblos Indios, Xalapa, junio, 2007).

Frente a esta diversidad de respuestas y opiniones, podemos suponer que la interacción de la población porteña con los migrantes indígenas es mínima. No existe profundidad en las relaciones sociales o económicas que llegan a establecerse debido a que impera la desconfianza por parte de los tzotziles como consecuencia de los constantes conflictos con el Ayuntamiento del Puerto a través de sus inspectores de

comercio, la policía municipal o con las representantes del programa del DIF. En cuanto a la CDI estatal, como institución federal, ésta justifica la falta de atención de los indígenas migrantes con el hecho de no contar con el presupuesto y el personal suficiente para tomarlos en consideración.

Por otro lado, debido a la escasa interacción social entre indígenas y no indígenas, las fricciones también se llegan a dar en otro nivel. Éstas ocurren con los comerciantes establecidos del malecón que los consideran una competencia desleal, con los posibles vecinos con los que comparten espacios habitacionales porque no les gusta que tiren basura y beban en la calle, o porque sus hijos juegan afuera de sus viviendas y hacen mucho escándalo, o porque opinan que es importante que aprendan a hablar español para que no sean rechazados y puedan integrarse. En pocas palabras, que se despojen de lo que los caracteriza como indígenas (identidad étnica y cultural) para que puedan adherirse al progreso y al desarrollo dentro de las ciudades.

Incluso, como un ejemplo que me tocó experimentar – a partir de los comentarios de uno de mis informantes-, pretendí entrevistar a un empresario de origen español ampliamente conocido en el puerto por los establecimientos mercantiles en su haber y porque hace algunos años, detentó un cargo como funcionario público del Ayuntamiento, además de cierta clase de comentarios que llegó o ha llegado a manifestar sobre el rechazo hacia la presencia de población indígena en Veracruz. Dicho personaje –me decía un informante-, llegó a expresar públicamente en los medios de comunicación locales su rechazo hacia la presencia de los indígenas en la ciudad por lo que “había que sacarlos a todos”. Cuando fui a visitarlo con el propósito de aplicar la entrevista, le comenté a su secretaria personal mi interés por hablar con él y cuales eran mis motivos, al conocerlos, éste se negó rotundamente a concederme la entrevista.

En contraposición a estos discursos provenientes del Estado, y de las clases hegemónicas dominantes, volvemos a los testimonios de los migrantes, así como de activistas sociales que les sirven como interlocutores con las autoridades locales, en donde podemos contrastar sus opiniones con las de los no indígenas, lo que nos permitirá comparar la diversidad de percepciones con la finalidad de identificar los elementos (fricción, subordinación y racismo) que dan forma a las relaciones de contacto.

3.3. El contacto entre indígenas y no indígenas.

En la historia personal de don Andrés, representante de la OINACH, se puede constatar las vejaciones y humillaciones que pueden llegar a padecer por su condición de indígenas. Don Andrés por medio de la organización, ha venido a convertirse en representante de una parte considerable de los tzotziles asentados en el puerto, esto con el fin de abogar por ellos frente a las autoridades, y también para impedir el maltrato y discriminación que el llegó a experimentar, y que sigue experimentando como muchos de sus paisanos:

“Soy originario de Jolbol, municipio de San Juan Chamula Chiapas y tengo como cuatro años de vivir aquí en el puerto aunque ya tengo muchos años de vivir aquí en el estado de Veracruz. Me dedico a vender pulseritas de casa en casa y también a hacer colectas para la asociación civil. El hecho de haber migrado para acá fue por cuestiones ajenas a mi voluntad. Vine para el estado de Veracruz porque tenía acá un familiar que vivía por Santiago Tuxtla y luego decidí ya quedarme a vivir acá.

No vamos a hablar mal de los veracruzanos porque no todos son así, la mayoría son a todo dar, son buena gente, pero si hay personas de la sociedad que les repugna ver a niños y a mujeres indígenas quizás por su vestir, por su lengua, porque que les caen mal o porque les estorban en la calle, y se quejan ante las autoridades porque según éstas no hacen nada, y porque permiten que gentes indígenas vengan a trabajar en las calles pues dan mal aspecto ante los turistas, y esas son sus razones, pero no todos son así aunque si hay gentes que discriminan. Las autoridades lo que tratan de hacer es su trabajo, quedar bien con la sociedad, y la sociedad de la que hablamos es muy diferente a la sociedad indígena. Quizás no ha habido un rechazo total por parte de ellos, lo que nos han dicho es que van a admitir a los indígenas que se dedican al comercio ambulante y que ya están empadronados, pero nos dicen que ya no quieren que venga nadie más, pero obvio que eso es algo imposible impedirlo porque no pueden prohibir que gentes indígenas chiapanecos o de otros estados vengan a trabajar a Veracruz. Entonces, como ven que siguen llegando pues entonces reprimen, a la vez es como una forma de rechazo y de discriminación ¿no? Tanto aquí en Veracruz como en Boca del Río ha habido casos en los que los funcionarios de la Secretaría de Comercio y del DIF que han hostigado y amenazado a los paisanos, principalmente a nuestras mujeres, las han amedrentado y obligados a querer firmar y ofrecido dinero para que se vayan y eso lo puede testificar un grupo de indígenas.

Si ha habido casos de paisanos que han sufrido rechazo y discriminación de forma verbal y física aunque han sido muy pocos casos. Muchos paisanos si me han dicho que han sido maltratados y rechazados. Hay gentes que quizás por el color de la piel o por la forma de vestir es ahí donde te hacen menos, o tratan de decirte cosas para que te sientas lo peor, o que no te atienden simplemente, eso es parte de lo que nos ha sucedido.

En cuanto a que haya pérdida de lo que define nuestra identidad indígena por estar en la ciudad si hay algunas cosas. Los cambios que se han producido al

estar en la ciudad, tiene que ver con el vestir que caracteriza a las culturas indígenas ya que casi sólo las mujeres lo conservan, y eso también va disminuyendo. Y en los hombres pues se ha perdido casi totalmente, digamos en un noventa o noventa y cinco por ciento, y en la lengua pues es por la situación social que obliga a que los indígenas aprendamos a hablar español, por ejemplo, ya las generaciones más jóvenes que nosotros ya hablan un dialecto muy mezclado con el español o hasta con el inglés y pues ya no es el mismo dialecto de hace veinte años, aunque no tratamos de ocultar lo indígena ya que a través de la asociación civil tratamos de dar a conocer nuestra cultura para darles a conocer a la gente mestiza y que se den cuenta que ser indígena no es motivo de avergonzarse.

Mis paisanos tampoco ocultan su cultura y su dialecto, pero si les da pena porque mucha gente discrimina diciéndoles que son indios, que no saben nada y los toman por tontos, y por esa razón la mayoría opta por ocultar lo que nos identifica como indígenas, aunque ya entre nosotros en confianza es diferente. Por otro lado, muchos de los más jóvenes ya no quieren regresar a sus pueblos, ya prefieren aunque sea rentar un cuarto aquí en Veracruz y quedarse aquí, quizás porque ven el cambio de la comunidad a aquí y también por la cuestión económica aunque no se viva con muchos lujos como se cree. La mayoría, su pensamiento es venir a trabajar, ahorrar y a irse a su tierra, pero si hay un buen número que se adaptan a la sociedad jarocho y tratan de vivir como ellos y pensar como ellos, inclusive algunos indígenas ya tienen hijos estudiando aquí en Veracruz.

Personalmente, a mí me gustaría de que lejos que las autoridades vean si son o no son de aquí, si van a sacar provecho en las elecciones o no porque ese es el punto de vista de ellos, o sea, como no son de aquí no tengo porque atenderlos tanto el gobierno del estado como el gobierno municipal, ahora, nos dice: “si quieren que los apoyemos pues entonces residan ya aquí de planta, saquen sus credenciales de elector y ya luego platicaremos”, o sea, hay condiciones, pero creo que como seres humanos y mexicanos que somos todos, debe de haber esa preocupación por parte de ellos, y como hemos dicho todos los indígenas, y eso se lo hemos dicho claramente a la autoridad del gobierno municipal como del estado: “bueno, si ustedes creen que todo el dinero que ganamos aquí no dejamos nada aquí, están muy equivocados porque la mayoría de las mercancías como dulces y bisutería lo compramos aquí, entonces hacemos contribución a los negocios de aquí y si creen que no es suficiente pues entonces díganos que tanto vamos a pagar mensual o anual en la tesorería municipal para que tengamos ese derecho de trabajar, pero déjenos trabajar, lo único que queremos es trabajar y ganar honradamente el pan y el sustento de nuestros hijos, y quizás no seamos empresarios holandeses o japoneses que vengamos a dar empleos a la sociedad de aquí a mal pagar a la gente pero queremos participar en algo, eso es lo que quisiéramos que entendiera el gobierno municipal y el del estado, aunque también los artesanos que están aquí en el malecón consideran que somos una competencia por ocupar los espacios, y son los que más meten fuego contra los indígenas, por esa razón que no quieren ver ni un vendedor artesano indígena en vía pública porque se les quitan las ventas, y por eso las autoridades actúan de esa manera. Incluso una vez vimos en la televisión local que un líder comerciante estuvo peleando con las autoridades municipales diciéndoles que si no tenían suficientes calzones como para poner en orden a los vendedores y artesanos indígenas ambulantes, incluso

porque nos hemos dado cuenta que los turistas europeos y canadienses prefieren más las artesanías chiapanecas que las veracruzanas y por eso no nos quieren.”

(Entrevista a don Andrés, representante de la OINACH, Veracruz, julio, 2007).

Como parte de estas referencias vivenciales, anexamos también el testimonio de Zeferino, que al igual que don Andrés se ha constituido también, aunque de manera simbólica, como representante de la población toztzil. Zeferino también ha padecido la discriminación y el rechazo en la ciudad de Veracruz, no obstante, su imagen se ha venido fortaleciendo y actualmente se ha convertido en un personaje público que igual figura en los periódicos locales, en la televisión local, y en los comentarios de funcionarios municipales y de su propia gente gracias a su empeño por abogar por las causas de sus paisanos:

“Soy del paraje Bautista Grande, cuando llegué aquí en el puerto de Veracruz tenía como once años más, sin embargo, la necesidad que fui obligada a salir a la ciudad es cosas y problemas familiares. En la cultura indígenas es muy distinto de que estar en la ciudad y de que allá ante situación anteriormente se resiente en la mente de los indígenas la escuela para ellos no es tan importantes, y eso ellos solamente prefieren vivir y trabajar.

La problema familiar conmigo es el maltrato familiar cuando por eso la necesidad fui obligado salir de mi pueblos, llegando aquí empecé a ver a los cambios de vida y diferente a los mestizos, pero también sufrí la discriminación porque antes yo no entendía que significa discriminar, si me estaban burlando o me estaban ayudando.

Más adelante, entonces abrí mis ojos en la ciudad cuando me fueron explicando, no todos los mestizos también me discriminaron, me ayudaron, unos cuantos personas que encontré a lo que me ofrecieron, me explicaron que significa discriminar, pero ya entendía en mi persona, ya sentía cuando la punto de vista de la gente mestiza cuando a mí me burlaban de una cosa porque está maneras es por mi dialecto. Entonces porque yo en cuanto llegué en el puerto casi no sabía ni hablar español, al contrario decía al revés las palabras, ahí es a donde las personas me empezaban a burlar diciéndome que de donde venía y le explicaba que de donde era yo entonces me decían que qué vengo a hacer aquí en el puerto y yo les dice que yo vengo a trabajar, que allá no hay trabajo, sin embargo, no supe que contestarles porque yo no sabía que decirles en español.

Y sin embargo, cuando llegué en la ciudad, yo tenía miedo acercarse con los mestizos aunque yo tenía ganas de platicar pero no podía. Pero intenté esforzarme y vi obligado aprender el español y mi mentalidad llegó un tiempo a cuando ya tenía trece años que dije “nunca volveré hablar mi lengua toztzil” porque me lo decían los mestizos, algunos me dice “ya vete olvidando eso porque con eso es con lo que te ve menos la gente”.

Desgraciadamente, hoy se está perdiendo la lengua indígena porque los jóvenes están entrando en la ciudad y sienten que es mejor aprender cien por ciento el español y olvidar su lengua indígena. Cuando yo me iba en cuarto año de la

primarias y cuando entonces fue abriendo mis ojos vi entonces que clase de vida era mestiza, vi diferente la comida, vi la calle, vi el cambio de como viven en la ciudad. Entonces hasta hoy a los veinticinco años de edad que tengo nunca he dejado de escuchar a que dicen los mestizos que nosotros les estorbamos aquí, incluso hasta las autoridades.

Antes no había tanto mis paisanos indígenas aquí en el puerto cuando yo llegué, había unos cuantos, y a partir la fecha de hoy hay un montón. Calculando una vez que hicimos la cuenta de cantidad de paisanos que están aquí en el puerto de Veracruz hay más de cuatrocientos cincuenta personas en diferentes labores que hacen, unos de chicleros, otros boleros, otros artesanos, otros albañiles, entonces en el dos mil, fui obligado a defender los derechos de mis paisanos cuando vi a los mestizos a como lo humillaban, como lo criticaban.

Cuando yo tenía entonces catorce años, las autoridades me quitaron la mercancía, te jalaban forzosamente y te cobraban una multa y te quitaban lo que tú ni alcanzabas a ganar en el día. Y vi varias paisanas y paisanos que quedaban llorando por no saberse defender ni que decir más y de ahí que las autoridades se aprovechan de ahí.

Yo tuve una experiencia parecida aquí trabajando en una tienda de abarrotes, tuve una patrona que ni tampoco es de aquí era de China y me maltrataba mucho, me jalaba la oreja, me pegaba claro, me daba de comer bien pero tampoco con maltrato hasta que llegué a decirle que no era su esclavo.

También, una vez cuando vi a mis paisanos en el palacio municipal obligadamente cuando lo quitaron sus mercancías en el comercio dos y cuatro mujeres indígenas, me dolió bastante porque lo obligaron a dar su huella y firmar papel sin saber cuando no sabían ni leer. Entonces cuando yo me acerqué a través de las autoridades y hablarle de que por qué pisoteaban mucho a los indígenas.

Cuando entonces el alcalde se llama Ávila Campero y que gobernaba en este municipios me dijo que nosotros teníamos que regresar a nuestro pueblo porque aquí venimos a darle mal imagen a la ciudad, mal imagen hacia el turismo porque nosotros somos sucios, desordenado en este puerto de Veracruz, y comenzaron a preguntar conmigo que quien era yo, les dije que yo también soy un indígenas por eso me levanto a defender los derechos de ellos porque yo he vivido los sufrimientos pero me volvieron a responder “lo que pasa es que tus paisanos dan mal imagen en la ciudad, traen a sus niños indígenas pidiendos en la calles, vayan a su pueblo allá tienen que solucionar su problema porque aquí nosotros no cargamos con ese trabajo.

Luego, en la administración de José Ramón Gutiérrez de Velasco también tocó ese tema que para entonces poder otorgarnos el permiso del trabajos en la ciudad, que a las mujeres teníamos que vestir las como mestizas para que entonces ya no sean discriminados, y yo le dije “señor alcalde usted está equivocado, usted no tienes porque quitarles el derecho de vestir como en las culturas indígenas de sus región”. Yo les he preguntado a mis hermanos que porque visten ahora como mestizos y ellos me dicen que porque para que ya no les digan de cosas, nos ven menos porque somos morenos, nos ven menos porque somos de otras diferentes razas.

Aquí estamos por la necesidad, por el trabajos pero incluso los mismos comerciantes del malecón hemos recibido ataques como indígenas, han metido hasta oficio a las autoridades municipales que nos retiren de esta ciudad. Nosotros recibimos una copia del oficio de parte de las autoridades municipales

que decía que nosotros venimos a dar mala imagen y segundo, venimos a dar competencia hacia ellos y que venimos a estorbar.

Incluso recuerdo que una vez a dos señores grandes indígenas los inspectores les dijeron “que vienen hacer aquí viejos horribles vienen a ensuciar la ciudad, regresen a su pueblo y muéranse ahí” y los inspectores los corrieron a empujones para que ya no vendieran eso lo vi pero no tenía todavía las experiencias para defender, lo único que hacía era entristecer mi corazón por lo que les hacían a mi pobre gente aquí.

Muchos de mis paisanos no te dirán directamente que los discriminan y los rechazan, en primera por temor, segundo pos no hay confianza porque piensan “que tal si le digo y al rato me acusan con las autoridades y me empieza a maltratar” pero como a mí me tienen la confianza que yo defendiendo sus derechos, ellos vienen y me dicen en tzotzil “mira Zeferino nos dicen así y nos empujan y nos humillan” eso me vienen a decir, cosa que si sigue vigente hasta la fecha de hoy desde que yo llegué acá nunca he dejado de escuchar esas palabras como que indio pata rajada con las que nos agreden a nosotros.

Por defender los derechos indígenas he recibido dos demandas municipales, han hablado mal de mí en los radios, en los periódicos, en los teles, y ha salido que regresemos a nuestros pueblos, que aquí no tenemos que ver nada pero en lo que se pueda seguiré apoyando a los indígenas aquí en el puertos de Veracruz porque cada que pasan administraciones y administraciones municipales nos hablan mucho mal, que porque dicen “no hay nada malo porque ellos vengan” pero ellos siempre nos han correteado, buscan el pretexto, buscan la manera de como correnos de aquí.”

Por último, el testimonio de Juan Cárdenas, activista social que aboga por los derechos humanos de los y las trabajadoras sexuales así como de personas con VIH, demuestra su visión sobre el rechazo que hay hacia la población indígena en Veracruz al igual que hacia la comunidad gay por parte de la sociedad porteña.

Juan también se ha involucrado estrechamente con ayudar a los indígenas migrantes para orientarlos y defender sus derechos humanos contra el abuso y la discriminación de las autoridades porteñas. Su opinión y percepción de las políticas públicas en atención a población indígena y sobre el fenómeno de la migración, contrasta drásticamente con las de los funcionarios entrevistados y nos brinda un panorama menos velado sacando a la luz el trasfondo que hay en la manera en la que se relaciona e interactúa la ciudadanía y el gobierno local con los indígenas migrantes:

“La problemática de la presencia indígena aquí en Veracruz yo creo que es un fenómeno social que tiene que ver con la falsa visión que existe de probabilidades de vida y la supuesta calidad de vida en esta zona, a lo mejor contrasta un poco porque es también la misma visión que tenía mi madre de que en la localidad de donde provenimos había menos posibilidades para nosotros y por eso emigramos a Veracruz, yo creo que esa es la constante, que las familias en sus localidades no ven mayor oportunidad de progreso y desarrollo, y se tiene la visión de que en

esta región cuando menos, hay mayores posibilidades y por eso se vienen para acá eso se debe desde mi punto de vista a este fenómeno de la migración indígena. Ha habido determinados tiempos en los que la gente ha llegado. En otros tiempos llegaba más gente de Tlaxcala y de Puebla, luego llegó un momento en que llegó mucha gente de Oaxaca, y actualmente está llegando un buen número de personas de Chiapas, he visto que la migración de Chiapas se ha enfocado hacia el interior del propio país, no sé a que se deba, incluso yo he hablado con muchos chiapanecos y muchos de ellos expresaban que su intención no era salir del país, que si querían salir de sus comunidades porque no existían las oportunidades de trabajo y crecimiento pero tampoco querían abandonar el país. Pero también eso lo he visto en mucha gente que no es indígena pero que en sus poblaciones no hay esas condiciones de progreso y de todas maneras migran hacia otros estados, con la misma visión de no querer ir a Estados Unidos y sopesan más su dignidad y su bienestar que el simple sueño americano del dinero.

Considero que las autoridades los toman en cuenta pero para lo que ellos quieren nada más, o sea los toman como pretexto para programas de gobierno que les permita decir que están haciendo algo pero realmente no hacen nada, o los toman en cuenta para distraer la opinión pública de problemas más graves como el hecho de que no atiendan toda la problemática de la ciudad, los usan como cortinas de humo para distraer a la sociedad y no enfrentar las verdaderas problemáticas que hay en la ciudad. Crean estas controversias en que si los persiguen o no para que le gente no genere controversia sobre la mala administración que hacen del Ayuntamiento y del gobierno.

Creo que por parte de las autoridades si sufren un proceso de discriminación porque la ciudadanía no tiene memoria histórica y se deja manipular pero el dejarse manipular encierra dejar que sea otro el que ejecute su mismo desprecio, entonces si hay una discriminación pero está velada porque la ciudadanía no la asume, deja que el Ayuntamiento la asuma, y bueno la gente que está gobernando en el Ayuntamiento dice que si puede hacerlo y lo hace a espaldas de la ciudadanía.

A partir de ciertas acciones o prácticas en las que se visualiza este rechazo y discriminación, el Ayuntamiento ha decidido según él, evitar la proliferación del comercio informal en Veracruz, y esa es la bandera que toma como excusa, sin embargo, nosotros hemos visto que ha hecho acuerdo con otros grupos de comerciantes y les ha permitido estar laborando en el centro, y solamente a los grupos indígenas son a los que no quieren ver ahí. Platicando con algunas autoridades anteriores me han dicho, que no es tanto el hecho de que sean indígenas, sino la cantidad que está llegando y la manera en que lo están haciendo, incluso ellos han tomado para no asumir un papel discriminatorio la bandera de la defensa de sus derechos, han dicho que hay gente que los está explotando y que los trae aquí para obligarlos a trabajar como te digo, no hay un reconocimiento, hay una acción velada y justificada pero se da cierta duda cuando estas acciones van exclusivamente hacia estos grupos.

Hay antecedentes de este rechazo, por eso te digo que se usa como una forma maniquea de la política pública porque desde otras administraciones ya se hablaba del control del ambulante, se hablaba ya de limpiar del primer cuadro de la ciudad del comercio informal, y se escuda en que para el comercio formal local en que es una competencia visual y ambiental a partir de grupo se empieza a hacer significativo es que empiezan a arremeter en contra ellos y hay etapas, por ejemplo, con la administración de Roberto Bueno Campos, estaba en función

una persona que le llamaban “El Químico”, y esta persona se dedicó a perseguirlos con la única finalidad de regresarlos a su pueblo porque como no eran veracruzanos no tenían derecho de estar aquí, y entonces deberían de regresar a sus comunidades a tratar de sobrevivir y luchar allá, desgraciadamente este personaje tampoco era de Veracruz y el alcalde era de Coatepec, por eso te digo que hay un maniqueo de la política porque las excusas que usan no se las aplican ellos mismos.

El rechazo hacia la población indígena es algo que no se reconoce por parte de la ciudadanía pues es difícil siempre asumir que uno lo hace, incluso para mí pero es algo que tenemos intrínsecamente en la cultura, incluso cuando queremos ofender a alguien le decimos indio o pata rajada, es muy comparativo, entonces es parte ya del folclor popular, es algo que está muy arraigado aunque a veces no lo hace uno conscientemente, a veces lo hace uno desde el inconsciente pero en el inconsciente si está claro que se tiene animadversión por este tipo de gente porque cuando quieren ensalzar a alguien no le dicen indio, solamente cuando quieren ofender o humillar a alguien, y es muy recurrente no tienen que buscar mucho, si quieren ofender a alguien le pueden decir indio o le pueden decir puto cualquiera de las dos palabras, no será lo mismo pero las dos por igual duelen.

Para mí este rechazo es general, no hay ningún sector de la sociedad en particular que no lo haga, incluso se replica porque son cuestiones que se replican dentro de los mismos sectores, no he vivido en una comunidad indígena como tal, entonces pues no sabría si los indios les dicen indios a los indios, pero si he conocido gente que viene de congregaciones o etnias y que reniegan de ellas y que su propia gente la menosprecia, entonces ¿si se da desde este mismo punto? entonces para mí si es general, no conozco a alguien que cuando quiere ofender a otra persona no le diga indio o indígena o algo parecido.

Si nos damos cuenta, la mayoría de la gente de aquí de Veracruz es migrante, viene de familias de migrantes, yo en lo personal vengo de otra localidad, tengo más de treinta años de vivir aquí pero no soy de Veracruz y eso de alguna forma queda. Si reconocemos, la sociedad como tal ya excluyéndome de ella como persona pero incluyéndome en ella como parte de reconocemos el derecho que tienen a estar aquí como mexicanos que son, sin embargo, cuando lo llevan a lo individual les afecta, los comerciantes del malecón no tienen nada contra ellos como seres humanos pero les afecta porque les hacen un comercio desleal, el Ayuntamiento dice no tener nada contra ellos como seres humanos pero les echa a perder su trabajo de embellecimiento del primer cuadro de la ciudad, el resto de la ciudadanía no tiene nada en contra de ellos como seres humanos pero van en contra de sus formas y estilos de vida, unos dicen que son sucios, otros dicen que viven aglomerados, otros dicen que no mandan a sus hijos a las escuelas, entonces siempre tienen un por qué criticarlos, cómo justificarse. Finalmente, esto se traduciría en que no es que tengan nada contra ellos como seres humanos pero no son buenos seres humanos para ellos, y esto es por eso que lo llevo al terreno sobre lo que trabajamos porque lo mismo dicen de los homosexuales: “no tenemos nada contra ellos, mi mejor amigo es un gay, pero no me gusta que ande de puto”. Entonces es lo mismo, no tenemos nada en contra de ellos como seres humanos pero no nos gusta cómo viven, cómo son, cómo se visten, cómo trabajan, cómo conviven, ¡nada nos gusta de ellos!, son humanos pero no son humanos como nosotros.”

(Entrevista a Juan Cárdenas, activista social, 42 años, Veracruz, mayo 2007).

En esta serie de testimonios, hemos podido conocer y contrastar la diversidad de opiniones en torno a la forma en la que están estructuradas las relaciones interétnicas en la ciudad de Veracruz entre la sociedad receptora y la población indígena migrante.

Lo que se desprende de estos testimonios, nos permite identificar los procesos a través de los cuales los migrantes recrean sus vidas y su sentido de pertenencia como miembros activos de sus comunidades locales en contextos diferentes, y en los que se ponen de manifiesto negociaciones cotidianas entre los migrantes y la sociedad de acogida, tomando forma a través de las relaciones interétnicas las cuales, contienen una buena dosis de conflictividad debido a que los migrantes son estereotipados y estigmatizados por ser indígenas y pobres y ser foráneos. A partir de los discursos y las prácticas sociales de un grupo social con relación a otro grupo, podemos hablar de procesos estereotipantes del “otro” con el propósito de crear diferencia y una distancia con ese otro al cual, se le considera como una amenaza por el simple hecho de ser “extraño”, “extranjero” y detentar una cultura diferente a la del otro grupo.

Cabe destacar, que estos procesos estereotipantes toman forma a partir de los discursos hegemónicos, aparatos ideológicos que influyen en la creación y recreación de la “diferencia”, sin embargo, partiendo también de la ubicación de los actores sociales dentro de la jerarquía social y de clase, esto les facilita apropiarse de dichos discursos de manera diferenciada, permitiéndoles posicionarse estratégicamente para la asignación de la pertenencia social, cultural o étnica y la membresía de ciudadanía con distinción de quien no cubre los requisitos necesarios para caber en ella. “El comprender cómo ciertos discursos ideológicos perpetúan los calificativos de “extranjero” o “ilegal” impuestos a individuos que endémicamente son categorizados como “patológicos” (no encajan en la norma) es importante para identificar las claves de su marginalización” (Schmidt, 2008:14).

En este sentido, esto llevaría a considerar a los migrantes indígenas como ciudadanos de segunda clase, ciudadanía basada en buena medida por las posibilidades de acceso a los recursos económicos y a los cuales están sumamente limitados, lo cual establece una noción de extranjería permanente y la racialización de sus identidades (De Genova, 2006) pues al ser considerados diferentes del resto de la sociedad local esto trae consigo desigualdad social y

económica, y por consecuencia plantea la incógnita de ¿quiénes están incluidos o no en el concepto de ciudadanos? Ya que no todos estamos ubicados en la misma relación con el poder hegemónico además, porque “ser pobre e indígena en Latinoamérica significa muchas veces no tener derechos civiles o acceso a los recursos necesarios para alcanzar una ciudadanía de primera clase” (Schmidt, 2008: 5-6).

Finalmente, por medio de este estudio de caso analizado, hemos podido conocer y explicar las relaciones de contacto entre dos grupos con patrimonios culturales diferentes a partir del contexto en el que se desarrollan, lo que se traduce en entender las causas de marginalización, discriminación y rechazo de la población indígena migrante en la ciudad, y a su vez, identificar los procesos y estrategias con las que éstos se valen para crear cierto sentido de ciudadanía (una ciudadanía cultural que es construida desde abajo y que nada tiene que ver con el discurso del Estado-nación), el cual crea a su vez espacios políticos nuevos que les permiten expresar quiénes son, dónde pertenecen y qué derechos tiene como contribuyentes a la viabilidad económica de las ciudades que los albergan (Oboler, 2006: 5-13).

CONCLUSIONES

La presencia indígena en las ciudades es un fenómeno creciente que, de acuerdo con la dinámica que se ha presentado en las últimas décadas, habrá que pensar en nuevos paradigmas de interpretación de la diversidad. Concluyendo, esta investigación tuvo como propósito conocer y caracterizar las relaciones interétnicas entre migrantes tzotziles y la sociedad porteña veracruzana.

La aportación de este trabajo intenta venir a enriquecer el conocimiento, aun incipiente, que se tiene sobre la presencia de indígenas inmigrantes en las ciudades mexicanas, considerando que el 40% de la población indígena, según cifras oficiales, ya vive en ciudades.

Tratando de responder a las preguntas iniciales de esta investigación, y con las cuales decidí abordar el fenómeno de la migración y las relaciones interétnicas, partí de considerar los factores que me permitieran explicar, por un lado, la presencia de indígenas en la ciudad de Veracruz, así como su interacción con la sociedad receptora en el contexto urbano veracruzano. Para ello trabajé con un grupo de inmigrantes tzotziles, ya que su presencia en la ciudad era no sólo visible, sino también motivo de conflicto con la sociedad receptora.

Para esto, fue necesario profundizar por medio del análisis etnográfico, en el estudio de dicho contexto, ya que es en éste donde las relaciones sociales y económicas establecidas por los actores sociales involucrados, derivan en una constante confrontación y conflicto la cual, podemos definir como “fricción interétnica” en el sentido planteado por Cardoso de Oliveira.

Estos conflictos y confrontaciones entre indígenas y no indígenas, se producen como consecuencia de la apropiación física y simbólica de los espacios en la ciudad para el ejercicio del comercio ambulante, principal actividad que desempeñan los migrantes sujetos de mi estudio, y que los distingue del resto de la población, lo que ha ocasionado disputas con el gobierno municipal y con un sector del comercio establecido.

Se pudo observar que la presencia de los tzotziles motivaba una mayor percepción de “extranjería” que otros migrantes indígenas, ya que para la sociedad veracruzana, existe la distinción entre “nuestros indígenas” y los que son externos. Así, la presencia de migrantes temporales de origen totonaco o nahua eran considerados por la sociedad local como “nuestros indígenas” y, al parecer, recibían un trato diferente, sí discriminatorio, pero no tan excluyente como en el caso de los inmigrantes indígenas procedentes de Chiapas. Ello

nos hace pensar en diferentes niveles de identidad/alteridad, a partir de los cuales la pertenencia regional es también una delimitación cultural de fronteras. En efecto, los indígenas inmigrantes procedentes del estado de Veracruz que llegan a mostrar indicios de su pertenencia étnica, constituyen una alteridad para la sociedad porteña. Sin embargo, los indígenas inmigrantes que llegan de Chiapas, son para ellos una alteridad aún más distante, por lo que podemos hablar de niveles de “extranjería”, con el que son percibidos y tratados los indígenas. Por ello, no basta con enfocar la relación indomestiza como un patrón invariable: dependiendo de los contextos, así como la percepción que socialmente se construye de cada uno de los grupos, es el tipo de interacción.

Conviene también enfatizar en el hecho de que existen diversos grados de “extranjería”. Esta distinción que ellos, la sociedad porteña, hace entre “nuestros indígenas” al referirse a los totonacos y nahuas, de los inmigrantes tzotziles, puede derivar como afirma Castellanos (2003) en la naturalización de sus diferencias de origen para justificar acciones de agresión, persecución, violencia y expulsión, puesto que el extranjero pertenece a otro espacio social al cual puede ser retornado. Esto se constató cuando los tzotziles de este estudio manifestaron ser objeto de comentarios por parte de las autoridades locales y de algunos sectores de la población que les decían que “regresaran a Chiapas ya que no tenían nada que hacer en Veracruz”. En este sentido, la extranjerización y exteriorización funciona como recurso que se le puede atribuir al indígena, al migrante interno que amenaza el *statu quo* y una supuesta unidad cultural urbano-regional (Castellanos, 2003:42).

Sumado a lo anterior, este tipo de interacciones provoca un distanciamiento y delimitación de fronteras étnicas y de clase, que produce un estigma negativo y un estereotipo en la imagen de lo que personifica e identifica a lo “indio” o “indígena” a partir de determinadas características culturales y fenotípicas que conforman un esquema y un patrón de acción y comportamiento contenido en las prácticas sociales de los porteños, estableciendo así nuevas relaciones de etnicidad. En la construcción del estigma interviene la sociedad local, pero también sus instituciones del Estado. Es notable observar la manera en que los agentes gubernamentales, con sus discursos y sus prácticas, conducen a fortalecer los procesos de exclusión social. Más allá de las reformas constitucionales sobre derecho y cultura indígena que se han venido promoviendo y aprobando en la última década, el reconocimiento pluricultural de la nación mexicana queda, en la práctica, como una mención meramente conmemorativa. Hasta hoy, la legislación nacional no contempla

normas explícitas sobre los derechos indígenas en las ciudades, y mucho menos, una política social que tenga como eje la interculturalidad.

Debido a las prácticas discriminatorias, herencia del colonialismo, en las ciudades se tiende a reproducir la segregación laboral y espacial. Este es el caso de los tzotziles. Esto ocurre de manera similar en varias ciudades mexicanas, como en el caso de Chihuahua estudiado por Servin y González (2003), donde se analizan las formas en las que se expresan las relaciones y discursos que tiene a sociedad civil sobre la población indígena de la Sierra Tarahumara en particular con los rarámuri quienes también padecen un proceso de exclusión y marginación, o en el caso de los otomíes en Guadalajara abordado por Martínez Casas (1998) quien estudia los mecanismos y estrategias de significación cultural utilizados por éstos como mecanismos de negociación con la sociedad receptora, o bien como ocurre con la población migrante mazahua en la Ciudad de México en donde Oehmichen (2005), analiza los procesos de continuidad y cambio cultural que sobrevienen con la migración rural-urbana. La pertinencia de revisar estos trabajos y otros más, me permiten ahora establecer una continuidad en los estudios que se han realizado en torno a la presencia indígena en las ciudades y a su vez, encontrar esquemas similares con el fin de poder comparar lo que abordé en el contexto urbano veracruzano.

Los indígenas migrantes interactúan con la sociedad de acogida en diferentes espacios, siendo éstos donde se estructura un tipo de relación, y en donde la jerarquía está claramente marcada. Considero que las relaciones interétnicas más conflictivas, se dan en aquellos espacios donde se da la competencia por el espacio entre indígenas migrantes y no indígenas. Este es el caso de los espacios comunes, donde se atenta de alguna manera contra un orden jerárquico, y con base en el cual, se altera cierto orden que tiende a colocar a los indígenas fuera de la sociedad, es decir, en los márgenes.

En el caso de los tzotziles, los espacios de interacción interétnica se centran, fundamentalmente, en el uso que ellos hacen del espacio urbano a través de dos ejes: el trabajo y la vivienda. Es en estos espacios de interacción donde emerge una y otra vez la noción de “extranjería” con la que son percibidos por la sociedad local, percepción que guía la acción de los actores sociales y que conduce, de alguna manera, a reproducir esquemas de marginalización y exclusión. Por medio de las relaciones que se construyen en torno al trabajo y la vivienda, pude aproximarme a la dinámica en la que se producen las relaciones interétnicas. En estos espacios, pude comprobar las hipótesis planteadas al inicio de la investigación. Observé que las representaciones colectivas y prácticas sociales de la sociedad porteña con la que interactúan los inmigrantes tzotziles, conllevan una

visión negativa de la presencia indígena en la ciudad y puerto de Veracruz. Su presencia activa y actualiza todo un conjunto de estereotipos negativos, que se traducen, en la práctica, en acciones discriminatorias y aún racistas. Dichas representaciones y prácticas muestran que el rechazo hacia la presencia tzotzil en la ciudad y puerto de Veracruz va a estar presente en los discursos y la prácticas sociales. Los refranes, los dichos comunes, forman parte de ese universo de significaciones. Así por ejemplo, cuando se dice: “Veracruz no es un lugar para andar como indios”, se está expresando la no aceptación de la alteridad. Ello conduce a prácticas que se verán reflejadas en la prensa, en las conversaciones cotidianas y en las políticas gubernamentales.

Desde mi punto de vista, considero que existen ciertas sutilezas con las cuales ciertos sectores de la sociedad porteña (incluyendo funcionarios públicos), disfrazan y ocultan el rechazo, la discriminación y el racismo hacia la presencia indígena en Veracruz (el cual también está plagado de ciertas contradicciones tal y como se vino repitiendo en algunas de las respuestas de los entrevistados).

En una ciudad que es visualizada como “moderna” por sus habitantes, y que tradicionalmente ha estado inserta en los procesos globales, la imagen de lo que se considera étnico o autóctono, no tiene cabida en ella, salvo en contextos en que lo “autéctono” se resignifica para darle una utilidad mercantil. Este sería el caso, por ejemplo, de la explotación del exotismo folclórico, el cual llega a resultar útil como estrategia mercadotécnica para atraer al turismo nacional e internacional hacia la ciudad y la entidad. Esto se puede corroborar tan sólo con los promocionales que el Gobierno del Estado, a través de la Secretaría de Turismo, promueve con “La Cumbre Tajín” que se realiza durante el mes de marzo en la región de Papantla y cercana a la zona arqueológica del Tajín, evento al que se considera como el “Festival de la Identidad”. En dicho festival, la imagen de los indígenas totonacos, sus festividades, su indumentaria, su gastronomía y sus danzas, son parte del atractivo para argumentar que Veracruz se distingue por las culturas indígenas con que cuenta y que otorgan de identidad a todos los veracruzanos. Posiblemente, ello está contribuyendo a un trato diferenciado entre indígenas “autéctonos”, es decir, veracruzanos y los alienígenas, que no lo son.

Por otro lado, tomando en consideración los antecedentes históricos de esta ciudad-puerto, puedo afirmar que Veracruz sigue manteniéndose como una “ciudad hecha por migrantes” si resaltamos las diversas procedencias, orígenes étnicos y culturales de éstos, además de su participación activa en el ámbito socioeconómico y político y en la

conformación de la identidad del jarocho o veracruzano, lo que nos permite distinguirla como una urbe multicultural y pluriétnica que justifica a su vez, que se le pretenda insertar en el esquema económico global.

Al tratar de definirse como una ciudad cosmopolita gracias a su puerto marítimo con el cual ha sido posible la conexión al mercado económico mundial, ésta se ha vuelto un espacio flexible para la circulación de mercancías y de inversión de capitales financieros, aunque no de personas, sobre todo tratándose la población indígena migrante.

Con el propósito de hacer de Veracruz no sólo uno de los puertos más importantes del país, sino también una ciudad que cuente con una infraestructura hotelera, comercial y turística que atraiga mayor capital foráneo, la ciudad se perfila como una ciudad moderna como considera la mayoría de sus habitantes. Ello choca contra otras manifestaciones de la realidad socioeconómica del país y de la entidad: los índices de pobreza en que viven gran parte de sus habitantes, incluyendo entre ellos, a los inmigrantes indígenas.

La pretendida modernización de Veracruz contrasta con la estratificación y jerarquización que la misma sociedad establece, y que es posible visualizarse en el espacio urbano a través de la mínima interacción entre algunos grupos sociales de los cuales, la población indígena migrante es invisibilizada y estigmatizada. Ello acarrea como resultado procesos de marginalización que provoca que la población indígena inmigrante ocupe los estratos más bajos de la sociedad y que siga manteniéndose como una minoría segregada.

Se registra así, un segundo proceso de etnicización en los términos desarrollados por Oehmichen, en el sentido de que las clasificaciones sociales forman parte de condiciones históricas y sociales ligadas a la construcción histórica de la nación (Oehmichen, 2005: 158).

No dudamos que la migración sea una consecuencia de la situación económica y laboral en los lugares de salida de donde provienen dichos migrantes. Sin embargo, considero que ésta se relaciona también con condiciones históricas, socioculturales y medioambientales que obligan a los sujetos a desplazarse. De ahí que a la ciudad se le siga vislumbrando como un lugar de oportunidades, tomando en cuenta las experiencias de amigos, familiares y paisanos que ahora residen en ella. No es de extrañar que muchos quieran intentar también llegar a ésta con el propósito de mejorar sus condiciones de vida y la de sus familias.

Aunque se debe destacar también que a pesar de los constantes conflictos y competencias que son ocasionados principalmente por los espacios de trabajo en la vía pública, la permanencia y el aumento de los flujos migratorios hacia Veracruz se debe

en gran parte a la presencia de liderazgos entre los migrantes toztziles, quienes en el establecimiento de negociaciones con el gobierno municipal y sus instituciones, han ejercido un papel de intermediarios y representantes para el beneficio de sus intereses tanto individuales como de grupo, además de conformar redes sociales que se componen de familiares, paisanos y amigos, y también por la organización de asociaciones civiles, lo que les ha permitido ampliar la ayuda para los migrantes recién llegados a Veracruz, sin embargo, otros más han optado por adherirse a organizaciones de carácter partidista en la búsqueda de mejorar su situación de una forma más rápida con el fin de minimizar supuestamente los conflictos que pudieran ocurrir con las autoridades locales para la obtención de un espacio o un permiso para el ejercicio del comercio ambulante, no obstante, los comentarios de los propios entrevistados demuestran lo contrario.

Las comunidades étnicas, por su parte, se incorporan a las ciudades de distintas maneras. Algunos terminan por disolver sus identidades étnicas y al paso de una o dos generaciones, se incorporan a la corriente predominante del mestizaje. Otros, en cambio, refuerzan sus pertenencias étnicas y paradigmas tradicionales, tal y como analiza Oehmichen con los mazahuas argumentando que un grupo étnico puede actuar como un grupo de interés (sea como comerciantes o demandantes de vivienda, etcétera), y aunque éstos han llegado a transformar diversos elementos de su cultura, esto no ocurre de manera absoluta ni en todos sus aspectos. Muchos cambios son añadiduras, no sustituciones de los elementos de significación (Oehmichen, 2005: 347). Este es el caso de los tzotziles.

Todos estos aspectos, pudieran considerarse como parte de las estrategias adaptativas que los migrantes utilizan para adecuarse al contexto urbano, en donde también la lengua y la vestimenta, en el caso de las mujeres, resultan ser elementos con los cuales reafirman y resignifican su identidad étnica con el fin de unificarse como grupo a pesar de la diversidad de orígenes comunitarios de donde proceden: el hecho de asumirse como tzotziles por hablar la misma lengua, les permite adherirse como miembros pertenecientes a un grupo étnico con el propósito de enfrentar los conflictos y las competencias que pudieran generarse ante la sociedad local, y también como medio de salvaguardar sus intereses individuales y colectivos.

Por otro lado, las consecuencias de esta “inmigración de la miseria”, como definiera Widmer (1992), siguen teniendo su origen en las condiciones de pobreza extrema en la que se encuentran inmersas la mayoría de las comunidades indígenas en buena parte del país, de ahí que la población porteña tenga como referente simbólico la imagen del “indio” como sinónimo de pobreza y atraso.

Tomando particularmente en cuenta el rezago histórico y las transformaciones socioeconómicas y demográficas que ha padecido la población indígena en el estado de Chiapas como resultado de los cacicazgos, la depauperización y erosión de las tierras de cultivo, la diversificación de las actividades laborales que se complementaron con el trabajo agrícola, así como por la violencia ocasionada por los conflictos armados y religiosos que trajeron consigo los desplazamientos de una numerosa población en diversas regiones del estado pero principalmente en los Altos de Chiapas, podemos entender y explicar con claridad cuales han sido los factores que han motivado la migración de la población indígena de esta región, primero como una migración básicamente intermunicipal e intramunicipal, que gradualmente fue convirtiéndose en interestatal para dar paso a una migración de tránsito hacia los Estados Unidos pero que en nuestro caso, se concentró en la situación de quienes migran hacia la ciudad de Veracruz.

Finalmente, al identificar y caracterizar las prácticas racistas de exclusión y discriminación de un importante sector de la sociedad porteña de Veracruz a través del establecimiento de las relaciones interétnicas con indígenas migrantes, es como podemos ampliar los referentes en torno a la condición (económica, social, cultural y política) de los indígenas en las ciudades con el fin de pensar en la posibilidad de crear políticas públicas que contemplen su situación, a la vez de generar una discusión renovada en torno a la problemática del racismo hacia los pueblos indígenas en nuestro país y de América Latina y con esto contribuir a su análisis.

Bibliografía.

Aguirre Beltrán, Gonzalo.

Regiones de refugio: El desarrollo de la comunidad y el proceso dominical en Mestizoamérica, FCE, México, 1991.

Angulo, Jorge.

Población y migraciones campesino-indígenas de los Altos de Chiapas, en: *Actas Latinoamericanas de Varsovia*, tomo 17, Facultad de Geografía y Estudios Regionales, Universidad de Varsovia, Varsovia, 1994.

Arizpe, Lourdes.

Indígenas en la ciudad de México: El caso de las Marías. SEP, México, 1975.

— *Migración, etnicismo y cambio económico: Un estudio sobre migrantes campesinos a la ciudad de México*, El Colegio de México, 1978.

— *La migración por relevos y la reproducción social del campesinado*. Centro de Estudios Sociológicos del Colegio de México, CES, Vol. 28, 1980.

Asakura, Hiroko.

Cambios y continuidades: el empoderamiento de las mujeres mixtecas en la sexualidad y la maternidad en el contexto migratorio internacional, Tesis de Doctorado en Antropología Social, CIESAS, México, 2005.

Báez Landa, Mariano.

Modernización y cambio social. Una perspectiva de escenarios y actores sociales en: Imágenes de la modernización. Una perspectiva de escenarios y actores del sector social cafetalero en Veracruz, Tesis de maestría en Antropología Social. Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social, Xalapa, Veracruz, 1993.

Bauman, Zygmunt.

Modernidad Líquida, Fondo de Cultura Económica, Argentina, 2002.

— *La sociedad sitiada*, Fondo de Cultura Económica, Argentina, 2004.

Barth, Frederick.

Los grupos étnicos y sus fronteras. La organización social de las diferencias culturales, FCE, México, 1976.

Bartolomé, Miguel Alberto.

Gente de costumbre y gente de razón. Las identidades étnicas en México, Ed. Siglo XXI, INI, México, 1997.

— *Procesos Interculturales, Antropología política del pluralismo cultural en América Latina*, Ed. Siglo XXI, México, 2006.

Benítez, Fernando y José Emilio Pacheco.

Crónica del puerto de Veracruz, Gobierno del estado de Veracruz, México, 1986.

Betancourt Aduen, Darío.
Bases regionales en la formación de las comunas rurales-urbanas en San Cristóbal de las Casas, Chiapas, Tuxtla Gutiérrez, Chiapas, UNACH, 1997.

Blázquez Domínguez, Carmen.
Breve historia de Veracruz, El Colegio de México-Fondo de Cultura Económica, México, 2000.

Bonfil Batalla, Guillermo.
La teoría del control cultural en el estudio de los procesos étnicos, Ed. Universidad de Brasilia- Anuario Antropológico, 1986.

— *México profundo. Una civilización negada*, Ed. Grijalbo-CONACULTA, 1990, México.

Camacho Velazquez, Dolores y Arturo Lomelí González.
Procesos migratorios de chiapanecos hacia el norte: causas y consecuencias, en: De crianzas, jaibas e infecciones. Indígenas del sureste en la migración, Graciela Freyermuth Enciso y Sergio Meneses Navarro (Coord.), CIESAS, 2008 (en prensa).

Cardoso de Oliveira, Roberto.
Problemas e hipóteses relativos a fricção interétnica, en: *A sociología do Brasil indígena*, Biblioteca Tempo Universitário, 31, Universidade de Brasilia, Río de Janeiro, Brasil, 1978.

— *Etnicidad y estructura social*, CIESAS, Ediciones de la Casa Chata, México, 1992.

Carton de Grammont, Hubert.
Programa de la materia: *Migración y mercado de trabajo rural (México y Estados Unidos)*, Unidad de Estudios sobre Empresas, Migración y Empleo (UESEMEC), IIS-UNAM, 2007.

Castellanos Guerrero, Alicia.
Notas para estudiar el racismo hacia los indios de México, en: revista *Papeles de población*, CIEAP-UAEM, Año. 7, No. 28, abril-junio, 2001.

Castellanos Guerrero, Alicia y Dolores Paris Pombo.
Emigración, identidad y exclusión económica y regional en la ciudad de Cancún, en: *Etnopolíticas y racismo/Conflictividad y desafíos interculturales en América Latina*, Carlos Vladimir Zambrano, Universidad Nacional de Colombia, Bogotá, 2002.

Castellanos Guerrero Alicia, Jorge Gómez Izquierdo y Francisco Pineda.
El discurso racista en México, en: *Racismo y discurso en América Latina*, Teun A. Van Dijk (Coordinador), Ed. Gedisa. Barcelona, 2007.

Castillo Gómez, Amaranta Arcadia.
El papel de los estereotipos en las relaciones interétnicas: mixtecos, mestizos y afromestizos en Pinotepa Nacional, Oaxaca, Tesis de licenciatura en antropología social, ENAH-SEP, 2000.

Castles, Stephen y Raúl Delgado Wise.
Migración y desarrollo: Perspectivas desde el sur, Universidad Autónoma de Zacatecas-Porrúa, México, 2007.

Castles, Stephen y Mark Miller.
The age of migration. International population movements in the modern world, Guilford Publications, New York, EEUU, 1993.

Consejo Nacional de Población (CONAPO), *La situación demográfica en México. La población indígena*, 2002.

Chávez, A., C. Rosas y P. Zamudio.
“El fenómeno migratorio en el Estado de Veracruz: transformaciones, consecuencias y retos”, en: Ángeles Cruz (comp.), *La población del sureste de México*, Sociedad Mexicana de Demografía (SOMEDE)/ El Colegio de la Frontera Sur (ECOSUR), México, 2005.

De Genova, Nicholas.
The Legal Production of Mexican/Migrant “Illegality”, en: *Latinos and Citizenship: The Dilemma of Belonging*, Palgrave, 2006.

De la Fuente, Julio.
Relaciones interétnicas, Instituto Nacional Indigenista, México, 1965.

_____*Ethnic and Comunal Relations*, en: Tax, Sol, *Heritage of Conquest. The Ethnology of Middle America*, The Press Publishers, Glencoe Illinois.

De Lameiras, Brigitte, B.
Indios de México y viajeros extranjeros, SEPSETENTAS, México, 1973.

Elizaga, Juan Carlos y John Macisco jr.
Migraciones internas: Teorías, métodos y factores sociológicos, Centro Latinoamericano de Demografía (CELADE), Santiago de Chile, 1975.

Encuesta Nacional sobre Discriminación en México, 2005.

Estrada Martínez, María Isabel.
El problema de las expulsiones en las comunidades indígenas de los Altos de Chiapas, Segundo Informe, México, Comisión Nacional de los Derechos Humanos (CNDH), 1995.

Flores Martos, Juan Antonio.
Portales de múcara. Una etnografía del puerto de Veracruz, Universidad Veracruzana, Xalapa, Veracruz, 2004.

Gamio, Manuel.
Mexican Immigration to the United States, The University of Chicago Press, 1930.

_____*Forjando patria*, Ed. Porrúa, México, 1992.

García Aguilar, Genaro.
Los usos del espacio nocturno en el puerto de Veracruz, Universidad Cristóbal Colón, Veracruz, 2001.

García Díaz, Bernardo.
Veracruz de los inmigrantes, en: *Puerto de Veracruz. Veracruz: Imágenes de su historia*, Archivo General del Estado de Veracruz, México, 1992.

_____*Dinámica y porvenir del puerto de Veracruz*, en: *Veracruz, Primer puerto del continente*, Gobierno del Estado de Veracruz-Fundación ICA, 1999.

García Ortega, Martha.
Experiencia migratoria y vivencias rituales entre las comunidades nahuas del Alto Balsas, Guerrero, Tesis de Doctorado, Colegio de la Frontera Norte (COLEF), México, 2007.

Geertz, Clifford.
Descripción densa: hacía una teoría interpretativa de la cultura, en: *La interpretación de las culturas*, Ed. Gedisa, México, 1987.

Goffman, Erving.
Estigma e identidad social, en: *Estigma. La identidad deteriorada*, Ed. Amorrortu, Argentina, 1980.

Harris, Marvin.
Antropología cultural, Alianza Editorial, México, 2003.

Hannerz, Ulf.
La educación de un antropólogo urbano, en: *Exploración de la ciudad. Hacia una antropología urbana*, Fondo de Cultura Económica, México, 1986.

Hjorth Boisen, Susann Vallentin.
Migración, globalización y flujos transregionales. Etnografía del proceso migratorio del sur de Veracruz a la frontera norte, Tesis de Doctorado, IIA-UNAM, México, 2007.

Igreja, Rebeca.
Derecho y diferencia étnica: La impartición de justicia hacia los indígenas migrantes en la ciudad de México, CIESAS, Tesis de Maestría en Antropología Social, México, 2000.

INEGI.

Anuario Estadístico del Estado de Chiapas, Edición Aguascalientes, 1996.

Censo General de Población y Vivienda 2000, Instituto Nacional de Estadística Geografía e Informática, México.

II Censo de Población y Vivienda 2005, Instituto Nacional de Estadística Geografía e Informática, México.

- Instituto Nacional Indigenista (INI).
La migración indígena en México, México, 2000.
- Lara Flores, Sara y Hubert C. de Grammont.
Encuesta a hogares de jornaleros migrantes en regiones hortícolas de México: Sinaloa, Sonora, Jalisco y Baja California Sur, IIS-UNAM, Cuadernos de Investigación Ciclos migratorios, 2005.
- Lestage, Françoise.
Apuntes sobre los mecanismos de reconstrucción de la identidad entre migrantes. Los mixtecos en las californias, en: *Encuentros Antropológicos: Power, American Studies*, V. Napolitano, X. Leyva Solano (Coord.), Universidad de Londres, 1998.
- ___ *Manejar la complejidad del transnacionalismo: a propósito de algunas de las redes de los migrantes oaxaqueños*, mecanoscrito, 1999.
- Levitt, Peggy y Nina Glick Schiller.
Perspectivas internacionales sobre migración: conceptualizar la simultaneidad, en revista: *Migración y desarrollo*, segundo semestre, 2004.
- Manual de Información Básica Municipal, Gobierno del Estado de Veracruz-Llave, Xalapa-Enríquez, Veracruz, 2002.
- Martínez Casas, Regina.
Vivir invisibles. La migración otomí en Guadalajara, Tesis de Maestría, Guadalajara, CIESAS Occidente, 1998.
- Martínez Casas, Regina y De la Peña, Guillermo.
Migrantes y comunidades morales: Resignificación, etnicidad y redes sociales en Guadalajara, en: *Ciudad, pueblos indígenas y etnicidad*, Pablo Yanes, Virginia Molina, Óscar González (coordinadores), UACM, México, 2004.
- Martínez Velasco, Germán.
Desarrollo regional y sociodemografía de la población chamula: cambios de vida de la población inmigrada a San Cristóbal de Las Casas, en: revista, *Papeles de Población*, CIEAP-UAEM, Año. 8, No. 34, octubre-diciembre, 2002.
- Martínez, Miguel Ángel, Juan Enrique García y Patricia Fernández.
La situación demográfica en México. Indígenas en zonas metropolitanas, CONAPO (Consejo Nacional de Población), México, 2003.
- Massey, Douglas S; Joaquín Arango; Hugo Graeme; Ali Kouaoci; Adella Pellegrino y J.E. Taylor.
Teorías sobre la migración internacional: una reseña y una evaluación, en: *Revista Trabajo: migraciones y mercados laborales*, Año. 2, No. 3, enero-junio, 2000, Plaza y Valdés, México, 2000.
- Münch Galindo, Guido.
Etnología del Istmo Veracruzano, Instituto de Investigaciones Antropológicas, UNAM, México, 1983.

____ *Una semblanza del carnaval de Veracruz*, IIA-UNAM, México, 2005.

Navarrete, Federico.

Las relaciones interétnicas en México, UNAM, México, 2006.

Oboler, Suzanne.

Redefining Citizenship as a Lived Experience, en: *Latinos and Citizenship: The Dilemma of Belonging*, Palgrave, 2006.

Oehmichen Bazán, Cristina y Lucrecia Hernández.

Instituto Nacional Indigenista 1988-1994, SEDESOL-INI, México, 1994.

Oehmichen Bazán Cristina.

Reforma del Estado. Política Social e Indigenismo, IIA-UNAM, México, 1999.

____ *Espacio urbano y segregación étnica en la ciudad de México*, en: revista *Papeles de población*, CIEAP-UAEM, Año. 7, No. 28, abril-junio, 2001.

____ *Relaciones interétnicas en la ciudad de México*, en: *Imágenes del racismo en México*, Alicia Castellanos (coordinadora), Ed. Plaza y Valdés-UAM, México, 2003.

____ *Identidad, género y relaciones interétnicas. Mazahuas en la ciudad de México*, IIA-UNAM, Programa Universitario de Estudios de Género, México, 2005.

____ *La multiculturalidad de la ciudad de México y los derechos de los indígenas*, en: *Urbi indiano: La larga marcha a la ciudad inversa*, Universidad Autónoma de la Ciudad de México, Departamento General de Equidad y Desarrollo Social, México, 2005.

Pacheco, José Emilio.

La reina del carnaval, en: *El viento distante* (cuentos), Ed. Era, México, 1963.

____ *El principio del placer*, en: *El principio del placer* (cuentos), Ed. Era, México, 1973.

Paris Pombo, Dolores.

Discriminación laboral y segregación espacial en ciudades del sureste mexicano, en: *Imágenes del racismo en México*, Alicia Castellanos Guerrero (Coordinadora), Plaza y Valdés-UAM, México, 2003.

Pérez Enríquez, María Isabel.

Expulsiones indígenas. Religión y migración en tres municipios de los Altos de Chiapas, Chenalhó, Larrainzar y Chamula, Claves Latinoamericanas, México, 1994.

Pérez Ruiz, Maya Lorena.

La identidad entre fronteras, en: *Nuevas identidades culturales en México*, Guillermo Bonfil Batalla (Coord.), Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, México, 1993.

Pineda, Francisco.

La representación del "indígena". Formaciones imaginarias del racismo en la prensa, en: *Imágenes del racismo en México*, Alicia Castellanos (coordinadora), Ed. Plaza y Valdés-UAM, México, 2003.

Portes, Alejandro, Luis Guarnizo y Patricia Landolt (Coordinadores).

El estudio del transnacionalismo: peligros latentes y promesas de un campo de investigación emergente, en: *La globalización desde abajo. Transnacionalismo inmigrante y desarrollo. La experiencia de Estados Unidos y América Latina*, Ed. Porrúa-FLACSO, México, 2003.

Pozas, A. Ricardo.

El trabajo en las plantaciones de café y el cambio sociocultural del indio, en: *Revista Mexicana de Estudios Antropológicos*, tomo XIII, No. 1, México, 1952.

Rebón, Julián.

Conflicto armado y desplazamiento de población en Chiapas 1994-1998, FLACSO-Porrúa, México, 2001.

Redfield, Robert.

The folk culture of Yucatán, Chicago, University of Chicago Press, 1941.

Robledo Hernández, Gabriela.

Disidencia y religión: Los expulsados de San Juan Chamula, Facultad de Ciencias Sociales, Universidad Autónoma de Chiapas, 1997.

Rocha V, Alberto.

Gobierno y gobernabilidad globales, en: Revista electrónica *Theorethikos*, Año 3, No. 0007, enero-marzo, 2000, pp. 2-3, <http://www.ufg.edu/theorethikos/cientifico7.htm>

Rodríguez, Hipólito.

La antropología urbana y los estudios de migración en: *La palabra y el hombre*, revista de la Universidad Veracruzana, octubre- diciembre, No. 4, 1992.

_____*Movilidad y espacio urbano en dos ciudades del Golfo de México*, Tesis de doctorado CIESAS/Universidad de Guadalajara, 1996.

_____*Veracruz. Del puerto de la conquista al de la independencia y la modernidad*, en: *La Habana/Veracruz. Veracruz/La Habana. Las dos orillas*, Universidad Veracruzana, Xalapa, Veracruz, México, 2002.

Romer, Marta.

Persistencia y pérdida de la identidad étnica, en: *Urbi indiano: La larga marcha a la ciudad inversa*, Universidad Autónoma de la Ciudad de México, Departamento General de Equidad y Desarrollo Social, México, 2005.

_____*¿Quién soy? La identidad étnica en los hijos de migrantes indígenas en la zona metropolitana de la ciudad de México*, Tesis de doctorado, INAH-SEP, México, 2003.

Rosas Mújica, Carolina Alejandra.
Varones al son de la migración. El papel de la migración internacional en la configuración de la/s masculinidades. Estudio cualitativo en una localidad veracruzana y en Chicago, Tesis de Doctorado, Colegio de México (COLMEX), México, 2006.

Rubio, Miguel Ángel, Millán, Saúl y Gutiérrez, Javier
La migración indígena en México, Instituto Nacional Indigenista, México, 2000.
Sánchez, Martha Judith.
La importancia del sistema de cargos, en: *El país transnacional. Migración mexicana y cambio social a través de la frontera*, Marina Ariza y Alejandro Portes (Coord.), Instituto de Investigaciones Sociales (IIS)-UNAM, México, 2007.

Schmidt, Ella.
¿Marginales o ciudadanos? El caso de los Hñahñu en Clearwater, Florida, (trabajo en progreso), University of South Florida, St. Petersburg, 2008.

Sefchovich, Sara.
Puerto de entrada, puerto de salida, en: *Veracruz. Puerto de llegada*, Carlos Martínez Assad (Coordinador), H. Ayuntamiento de Veracruz, México, 2007.

Servin Herrera, Loreley e Isela González, Aída.
Visiones y discursos sobre los rarámuri en la ciudad de Chihuahua, en: *Imágenes del racismo en México*, Alicia Castellanos (coordinadora), Ed. Plaza y Valdés-UAM, México, 2003.

Van Dijk, Teun A.
Racismo y discurso en América Latina, Ed. Gedisa, Barcelona, 2007.

Verduzco, Gustavo.
Campesinos itinerantes. Colonización, ganadería y urbanización en el trópico petrolero de México, El Colegio de Michoacán, México, 1982.

Widmer, S. Rolf.
Comercio y éxodo rural. Patrones migratorios en la ciudad de Veracruz en el último siglo colonial (1680-1820): algunos aspectos de la historia demográfica portuaria, en: revista, *La palabra y el hombre*, Universidad Veracruzana, No. 83, julio-septiembre, 1992, Xalapa, Veracruz.

Yanes, Pablo.
Los indios de la capital: ¿qué derechos, qué políticas? en: revista *Ojarasca*, agosto, No.64, 2000.

Páginas de internet.

www.ciesas.edu.mx (Proyectos especiales: Perfil indígena en México)

www.indigenasdf.org.mx